GENTE DE LA EDAD MEDIA

EILEEN POWER





EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA CULTURAL COLECCION LECTORES

CAPITULO I

EL CAMPESINO BODO

CÓMO SE VIVIA EN UN FUNDO CAMPESINO EN TIEMPOS DE CARLOMAGNO

Tres cosas delgadas que proveen óptimamente al mundo: el delgado flujo de leche que desde la ubre de la vaca cae en el cubo; la delgada brizna de verde cereal en el suelo; la delgada hebra en manos de una mujer hacendosa.

Tres sonidos que indican prosperidad: el mugido de una vaca lechera; el estrépito de una fragua; el crujido de un arado.

The Triads of Ireland (Los juicios de Irlanda), siglo IX.

La historia económica, tal como la conocemos, es la más reciente de las ramas de la historia. Hasta mediados del siglo pasado, todo el interés, tanto del historiador como del público, se centraba en los acontecimientos de índole político-constitucional, en las guerras y dinastías, en las instituciones políticas y en su desarrollo. Por lo tanto, la historia se refería, sustancialmente, a las clases gobernantes.

"Alabemos a los varones gloriosos", era el lema

del historiador, que se olvidaba de agregar "y a nuestros padres que nos engendraron." No le preocupaba escudriñar las oscuras vidas y las actividades de la gran masa de la humanidad —merced a cuya lenta faena prosperó el mundo—, que constituyen el oculto cimiento del edificio político y constitucional erigido por los gloriosos varones a quienes él ensalzaba. Hablar de la gente común hubiera sido rebajar la dignidad de la historia. Carlyle puso de manifiesto un significativo tono revolucionario: "Lo que yo deseo ver —afirmó— no son nóminas del Libro Rojo,* ni Calendarios de la Corte,** ni Archivos Parlamentarios, sino la Vida del Hombre en Inglaterra: lo que los hombres hicieron, pensaron, sufrieron y gozaron ... En verdad es deplorable considerar qué continúa siendo, en estos tiempos tan cultos e ilustrados, eso que se denomina 'Historia'. ¿Podéis obtener de ella, aunque leáis hasta quedaros sin ojos, la más leve sombra de respuesta a ese fundamental interrogante que inquiere cómo vivían los hombres y cómo se desarrollaba su existencia, aun cuando esta pregunta solo se refiera al aspecto económico, por ejemplo, qué salarios percibían y qué compraban con ellos? Desgraciadamente no podéis ... La Historia, tal como está constreñida en dorados volúmenes, es apenas más instructiva que las inexpresivas piezas de un chaquete".

Carlyle fue una voz clamando en el desierto. Pero hoy ha surgido la nueva historia, cuya senda él desbrozó: la época actual difiere de los siglos

* Se llama Libro Rojo (*Red Book*) al registro donde se hallan incluidos los miembros de la nobleza y de la aristocracia británicas. (*N. del R.*)

** Calendario de la Corte (*Court Calendar*) es el nombre que recibe en Inglaterra la publicación anual donde se registra la nómina de las familias reales y de los integrantes de sus respectivas cortes. (*N. del R.*)

anteriores por su vívida comprensión de ese individuo tan relegado antes, que es el hombre de la calle o (más a menudo en las épocas pasadas) el labriego. Al presente, el historiador también se interesa en la vida social del pasado y no solamente en las guerras e intrigas palaciegas. Para el escritor moderno, el siglo XIV, por ejemplo, no es meramente el siglo de la Guerra de los Cien Años y del Príncipe Negro y Eduardo III: para él —y esto es mucho más significativo— es la época de la lenta decadencia del sistema de vasallaje en Inglaterra, hecho más trascendental a la larga que la lucha por las provincias francesas pertenecientes a la corona inglesa. Sin embargo, ensalzamos a los varones gloriosos, porque sería un triste historiador aquel que dejara a un lado a alguna de las grandes figuras cuyo halo glorioso o romántico se ha proyectado sobre las páginas de la historia, pero al honrarlos aclaramos debidamente que no solo han participado en la historia los individuos notables, sino también el pueblo en su totalidad, masa anónima e indiferenciada, que descansa en tumbas ignoradas. Al fin han obtenido lo que es suyo nuestros padres que nos engendraron; como dijo Acton, ahora el gran historiador paladea sus comidas en la cocina.

El presente libro se ocupa sobre todo de las cocinas en la Historia, y lo que visitaremos en primer lugar es una finca de campo a comienzos del siglo IX. El caso es que disponemos de una sorprendente cantidad de datos acerca de una propiedad de esa índole, en parte porque Carlomagno mismo promulgó una serie de reglamentos con el objeto de aleccionar a los administradores reales que se ocupaban en el gobierno de sus tierras. En esos reglamentos el emperador se refería a todo lo que ellos necesitaban saber, inclusive a las hortalizas que debían sembrar en la huerta. Nuestra prin-

cipal fuente de información, empero, es un maravilloso catastro que redactó Irminon, abad de Saint-Germain des Prés, en las inmediaciones de París, para que los miembros de la abadía supieran exactamente qué tierras pertenecían a la comunidad y quiénes las habitaban. Algo muy similar hizo en Inglaterra Guillermo el Conquistador, quien también compiló un catastro de su reino y lo denominó *Domesday Book.**

En el catastro de Irminon se consigna el nombre de cada fundo (o *fisc* como lo llamaban) perteneciente a la abadía, con la descripción tanto de las tierras cuyo aprovechamiento vigilaba el administrador de la comunidad religiosa en beneficio de ésta, como de las que eran ocupadas por arrendatarios; figuraban en dicho catastro los nombres de esos arrendatarios y los de sus esposas e hijos, así como también los servicios y arrendamientos exactos —sin excluir del cálculo ni un tablón ni un huevo— que debían pagar por sus tierras.

En la actualidad sabemos no solo el nombre de casi todos los hombres, mujeres y niños radicados en esos *fiscs* pequeños en la época de Carlomagno, sino también innúmeros detalles sobre su vida cotidiana.

Veamos cómo estaba organizado el fundo en que vivían. Las tierras de la abadía de Saint-Germain estaban divididas en una cantidad de fundos llamados *fiscs*, de extensión adecuada como para que pudiera estar a cargo de ellos un administrador. Cada uno de estos *fiscs* estaba subdividido en tierras señoriales y tierras tributarias: las primeras eran administradas por los monjes, quienes delegaban esa tarea en un administrador o en algún otro

* Nombre con que es conocido el registro del gran catastro que organizó en Inglaterra Guillermo el Conquistador en el año 1086. (*N. del R.*)

funcionario, y las demás por distintos arrendatarios que las recibían de la abadía y las usufructuaban. Estas tierras tributarias se dividían en muchas alquerías pequeñas llamadas mansos, ocupadas por una o más familias. Si se hubiera visitado el manso principal o señorial que los monjes retenían en su poder, se habría encontrado una casita de tres o cuatro habitaciones (edificada probablemente con piedra) que daban a un patio interior, y a un costado se habría visto un grupo especial de casas, rodeadas por setos, en las que vivían y trabajaban las siervas del manso; también se habrían visto en torno a las casitas de madera donde vivían los siervos, los talleres, una cocina, un horno, graneros, establos y otros edificios característicos de una granja, y en derredor un seto de árboles cuidadosamente dispuestos de modo que encuadraran una especie de recinto o patio. Este manso señorial tenía asignada una extensión considerable de terreno: labrantíos, tierras de pastoreo, viñedos, huertas y casi todas las arboledas o forestas del fundo. Por cierto, el cultivo de estas tierras debe de haber insumido mucho trabajo: en parte, lo hacían trabajadores serviles asignados al manso señorial que vivían en el recinto cercado; pero ellos ni por asomo podían desempeñar todas las tareas requeridas por las tierras que los monjes se reservaban para sí en su economía. La mayor parte de las labores tenía que ser realizada mediante un régimen de servicios que era cumplido por quienes usufructuaban el resto del fundo.

Además del manso señorial había varios mansos pequeños dependientes; pertenecían a hombres y mujeres que disfrutaban de diversos grados de libertad, excepto por el hecho de que todos por igual debían trabajar en la tierra del manso señorial. No hay necesidad de preocuparse por las distintas clases sociales, pues de hecho había muy poca

diferencia entre ellas, y al cabo de dos siglos se fusionaron en una sola clase de villanos medievales. Los más importantes eran los llamados *coloni*, quienes, aunque personalmente libres (es decir considerados hombres libres por la ley), estaban ligados a la tierra, de modo que nunca podían abandonar sus alquerías y eran transferidos junto con el fundo cuando éste era vendido. Cada uno de los mansos dependientes era ocupado por una, dos o tres familias que se asociaban para trabajar; comprendía una o más casas y los edificios que se necesitan en una granja, semejantes a los del manso señorial, aunque más modestos y construidos con madera; tenía tierras labrantías y un prado y, quizás, un viñedo pequeño. En retribución por ese usufructo, el o los propietarios solidarios de cada manso debían trabajar alrededor de tres días por semana en el fundo de los monjes. La función primordial del administrador era cuidar que todos hicieran correctamente sus tareas, y tenía derecho a exigir a cada uno de los arrendatarios dos clases de trabajo. La primera era el *trabajo de campo*: todos los años, cada hombre estaba obligado a arar una determinada porción del labrantío señorial y a otorgar, además, una *corvée*, es decir una proporción indeterminada de labranza que el administrador podía exigir todas las semanas si era necesario; la diferencia corresponde a la distinción establecida en la baja Edad Media entre "trabajo semanal" y "trabajo de favor". La segunda clase de tarea que todo arrendatario de una alquería debía cumplir en las tierras de los monjes se denominaba trabajo manual, y consistía en ayudar a reparar edificios, talar árboles, recoger fruta, hacer cerveza, transportar cargas; de hecho, cualquier tarea que fuera necesaria y dispuesta por el administrador. Gracias a estos servicios, los monjes lograban que su manso señorial estuviese cultivado. Los de-

más días de la semana, estos esforzados arrendatarios estaban en libertad para cultivar sus propios labrantíos, y podemos estar seguros de que lo hacían con el doble de empeño y dedicación.

Pero sus obligaciones no terminaban allí, pues no solamente debían prestar servicios, sino que además tenían que pagar determinados tributos a la casa grande. En aquellos días no había impuestos estatales, pero cada individuo tenía que pagar un tributo con destino al ejército, tributo que Carlomagno exigía a la abadía y que ésta, a su vez, imponía a sus arrendatarios; se hacía efectivo mediante la entrega de un buey y de determinada cantidad de ovejas o su equivalente en dinero; la frase "pagar al ejército dos chelines de plata" figura en primer término en la lista de obligaciones de todo hombre libre. Los labriegos también debían retribuir cualquier privilegio especial concedido por los monjes: para que se les permitiera recoger leña en los montes, celosamente reservados para uso de la abadía, tenían que acarrear madera a la casa grande; para apacentar sus cerdos en esos mismos valiosos montes debían entregar varios toneles de vino, y cada tres años tenían que dar una de sus ovejas a cambio del derecho a utilizar los prados de pastoreo del manso señorial, lo que equivalía a una especie de impuesto de capitación que ascendía a cuatro peniques. Además de estas rentas especiales, cada labriego debía pagar otros tributos en provisiones: todos los años debía suministrar a la casa grande tres pollos, quince huevos y gran cantidad de tablones, que servían para reparar los edificios; a menudo proveía un par de cerdos, y algunas veces maíz, vino, miel, cera, jabón o aceite. Si además el labriego era artesano, debía pagar con productos manufacturados por él mismo: un herrero haría lanzas para equipar el contingente que la abadía proporcionaba al ejér-

cito: un carpintero haría barriles, aros y puntales para las viñas, un aperador haría una carreta. Hasta las esposas de los labriegos, si eran siervas, siempre estaban atareadas, pues todos los años tenían obligación de hilar paños o de hacer una prenda de vestir con destino a la casa grande.

Todas estas cosas eran exigidas y reunidas por el administrador, a quien llamaban *villicus* o *major* (intendente); era un hombre muy activo y, cuando leemos los setenta mandatos, distintos y minuciosos, que Carlomagno dirigió a sus administradores no podemos dejar de compadecerlo: debía obtener todos los servicios de los arrendatarios, indicarles cada semana su tarea y, asimismo, vigilar que la cumplieran; cuidar de que entregaran la cantidad exacta de huevos y cerdos a la casa grande y de que no lo engañaran con tablones doblados o mal cepillados. Además debía vigilar a los siervos de la casa y hacerlos trabajar. Debía hacerse cargo del almacenamiento, la venta o el envío al monasterio de los productos del fundo y de las rentas pagadas por los arrendatarios. Todos los años debía presentar al abad un informe completo y detallado de su administración; disponía de un manso propio por el que, a su vez, tenía que pagar servicios y tributos, y Carlomagno exhortaba a sus administradores a que fueran puntuales en sus pagos a fin de que dieran el ejemplo.

Probablemente, sus obligaciones oficiales le dejaban muy poco tiempo libre para trabajar en su alquería y, en ese caso, tal vez se veía obligado a emplear a otro hombre en esas tareas, tal como el mismo Carlomagno aconsejaba que se hiciera. No obstante, a menudo el administrador solía contar con funcionarios subordinados, llamados *deans* y algunas veces la responsabilidad de recibir y cuidar de las provisiones de la casa grande corría por

cuenta de un despensero que se dedicaba exclusivamente a esa tarea.

En pocas palabras, ésta era la forma en que administraban sus propiedades los monjes de Saint-Germain y los demás terratenientes francos de la época de Carlomagno. Tratemos de examinar ahora esos fundos desde un punto de vista más humano, y veamos qué clase de vida llevaban los labriegos. La abadía poseía una finca pequeña, Villaris, cerca de París, en el lugar ocupado al presente por el Parque de Saint-Cloud. Al hojear las páginas del catastro de Villaris descubrimos que vivía allí un hombre llamado Bodo[1] Su esposa se llamaba Ermentrude y sus tres hijos Wido, Gerbert e Hildegard; poseía una alquería pequeña con tierras labrantías, prados y algunas viñas. Acerca de la actividad de Bodo sabemos casi tanto como acerca del trabajo que cumple un pequeño propietario de la Francia actual. Tratemos ahora de imaginarnos un día de su vida. A fines del reinado de Carlomagno, una hermosa mañana de primavera, Bodo se levanta muy temprano porque es el día que le corresponde trabajar en las tierras de los monjes y no se atreve a llegar tarde por temor al administrador. Probablemente para mayor seguridad la semana anterior le ha regalado huevos y legumbres a fin de que esté de buen talante; pero los monjes no permiten que sus administradores acepten sobornos (como a veces sucede en otros fundos) y Bodo sabe que no le ha de tolerar que llegue tarde al trabajo. Como es el día que le corresponde arar se pone en marcha con su gran buey y con su pequeño Wido, para que corra junto al animal con una picana, y se reúne con camaradas de algunas de las alquerías cercanas que también van a trabajar a la casa grande. Todos se congregan —algunos provistos de caballos y bueyes, otros de zapapicos, azadones, palas, hachas y guadañas— y luego

se alejan en grupos para trabajar en los sembrados, prados y montes del manso señorial de acuerdo con las órdenes impartidas por el administrador. El manso vecino al de Bodo está ocupado por un grupo de familias: [illegible], Ermoin y Ragenold con sus mujeres e hijos; Bodo les da los buenos días al pasar; Frambert ha de construir una cerca alrededor del monte para evitar que los conejos salgan y se coman las mieses tiernas, a Ermoin le han ordenado que acarree una gran carga de leña a la casa y Ragenold debe reparar un boquete en el techo de un granero. Bodo se aleja silbando y tiritando de frío con su buey y su muchachito y no vale la pena acompañarlo porque ara todo el día y merienda debajo de un árbol con los otros labradores, y todo ello es muy monótono (véase fig. 1).

Regresemos y veamos qué hace Ermentrude, la mujer de Bodo; también ella está atareada, pues es el día señalado para pagar el tributo en aves de corral, que consiste en una polla gorda y cinco huevos. Deja a su hijita Hildegard al cuidado de su segundo hijo, de nueve años de edad, y se encamina a la morada de una vecina que también tiene que ir a la casa grande. La vecina es una sierva y debe entregar al administrador una pieza de paño de lana, que será enviada a Saint-Germain para hacer un hábito monacal. Su marido ha de trabajar todo el día en los viñedos del amo, pues en este fundo por lo general los siervos cuidan de las viñas, en tanto que los hombres libres se ocupan de la labranza. Ermentrude y la mujer del siervo van juntas a la casa señorial; allí reina gran actividad; en el taller de los hombres se hallan varios diestros operarios: un zapatero, un carpintero, un herrero y dos plateros; no hay más porque los mejores artesanos de los fundos de Saint-Germain viven junto a los muros de la abadía, a fin de trabajar para los monjes allí mismo ahorrándose los inconvenientes

del acarreo. No obstante en todos los fundos siempre había algunos artesanos, sea que fueran siervos dependientes de la casa grande, sea que vivieran en mansos arrendados por ellos mismos; y los terratenientes hábiles trataban de disponer de tantos operarios diestros como fuera posible. Carlomagno ordenó a sus administradores que tuvieran en su jurisdicción "buenos operarios, es decir herreros, orfebres, plateros, zapateros, torneros, carpinteros, pescadores, espaderos, operarios que sepan hacer láminas de metal, jabón, cerveza, sidra, sidra de peras y otras bebidas; panaderos que hagan pasteles con destino a nuestra mesa, rederos que sepan fabricar redes para pescar y para cazar aves, y otros que sería demasiado largo enumerar".[2] Algunos de estos operarios sin duda estaban trabajando para los monjes en el fundo de Villaris.

Pero Ermentrude no se detiene en el taller de los hombres, va al encuentro del administrador, lo saluda con respeto, le entrega el ave y los huevos y luego se dirige apresuradamente hacia el sector de la casa destinado a las mujeres, para charlar con las siervas. En aquella época los francos —al igual que los griegos en la Antigüedad— tenían por costumbre instalar a las mujeres de la servidumbre en un sector aislado donde realizaban las tareas que consideraban adecuadas para ellas. Si en la casa grande hubiera vivido un noble franco, su esposa habría vigilado el trabajo de sus siervas, pero como en la casa de piedra de Villaris no vivía ninguno, el administrador debía ocuparse en esas tareas de inspección. El sector destinado a las mujeres estaba formado por un grupito de casas y un taller, rodeados por un espeso seto que tenía un portón provisto de un sólido cerrojo —al igual que un harén— para que nadie pudiera entrar sin autorización. Los talleres eran sitios cómodos, caldeados con estufas. Allí Ermentrude (a quien por ser

mujer se le permitía entrar) encontró a una docena de siervas hilando y tiñendo telas y cosiendo prendas de vestir; todas las semanas, el fatigado administrador les traía materia prima para su trabajo y se llevaba lo que habían hecho. Carlomagno impartía a sus administradores diversas instrucciones con respecto a las mujeres asignadas a sus mansos, y podemos estar seguros de que lo mismo hacían los monjes de Saint-Germain en sus fincas ejemplares. "En lo que toca al trabajo de nuestras mujeres —dice Carlomagno— en el momento oportuno es menester proporcionarles los implementos necesarios, esto es, hilo, lana, gualda, bermellón, rubia, peines para lana, cardas, jabón, grasa, vasijas y otros objetos, y haced de modo que el sector destinado a nuestras mujeres esté bien cuidado, que tenga casas y habitaciones provistas de estufas y bodegas que estén rodeadas por un buen seto, y cuidad de que las puertas sean sólidas a fin de que las mujeres puedan hacer adecuadamente los trabajos que se les encomienden."[8] Pero Ermentrude, después de haber charlado, tiene que marcharse apresuradamente, y lo mismo debemos hacer nosotros. Retorna a su alquería y comienza a trabajar en el viñedito; después de una hora o dos, regresa para preparar la comida de sus hijos y luego pasa el resto del día tejiéndoles abrigadas prendas de lana. Todas sus amigas están trabajando en las alquerías de sus respectivos maridos: algunas se ocupan del gallinero, otras cuidan las legumbres, otras cosen en sus casas puesto que en una alquería las mujeres tienen que trabajar a la par que los hombres: en tiempos de Carlomagno, por ejemplo, en la práctica, esquilar las ovejas era una tarea casi exclusivamente femenina. Por fin, Bodo regresa a la hora de la comida y, tan pronto como se pone el sol, se acuestan, pues sus velas fabricadas a mano dan solo una luz vacilante y,

además, ambos deben levantarse temprano por la mañana. En cierta oportunidad, de Quincey señaló con su inimitable estilo cómo los antiguos "como chicos buenos se acostaban entre las siete y las nueve". "En aquellas épocas, el hombre se acostaba temprano simplemente porque la benemérita Madre Tierra no podía proporcionarle velas; ella, la buena anciana . . . se habría estremecido, sin duda, si alguno de sus pueblos le hubiera pedido candelas. ¡Nada menos que velas! —habría exclamado—, ¿quién oyó jamás semejante despropósito? ¡y con tanta excelente luz solar que se desperdicia durante el día y que yo proveo gratuitamente! Después de esto, ¿qué no pretenderán estos desnaturalizados?" [4] En parte esta situación aún prevalecía en tiempos de Bodo.

Así es, entonces, cómo pasaban habitualmente sus jornadas de trabajo Bodo y Ermentrude. Sin embargo se podría hacer una objeción; todo esto está muy bien, de acuerdo: tenemos datos sobre los fundos en que vivían esos labriegos, sobre los arrendamientos que tenían que pagar y sobre los servicios que debían prestar; pero, ¿cómo sentían, pensaban y se divertían cuando no estaban trabajando? Los arrendamientos y los servicios son solo elementos superficiales, un catastro donde se asientan los fundos solo describe lo rutinario; sería inútil tratar de bosquejar la vida de una universidad sobre la base de la lectura de su lista de cursos, y es igualmente inútil tratar de describir la vida de Bodo por medio del inventario de los fundos de sus amos. En verdad no está bien que comáis en la cocina si nunca habláis con los servidores. Por ende para comprender los pensamientos, sentimientos y diversiones de Bodo, debemos despedirnos del catastro del abad Irminon y atisbar en rincones que son, ciertamente, bastante oscuros, pues el material es escaso en el siglo IX —y por ello es

imprescindible acudir al secreto de la tinta simpática—, aunque con la ayuda de Chaucer y de Langland y de unos cuantos archivos oficiales es posible tener una idea bastante exacta de los sentimientos de cualquier campesino que haya vivido seis siglos más tarde. Los sentimientos de Bodo, por cierto, eran muchos y muy intensos. Cuando alguna fría mañana se levantaba para arar los acres del abad, en medio de la escarcha —en tanto que sus propias tierras reclamaban su trabajo— a menudo tiritaba, se sacudía la escarcha de la barba y deseaba que la casa del abad y todas sus tierras se fueran a pique al fondo del océano (al que, en realidad, nunca había visto y no podía imaginar). O quizá deseaba ser el cazador del abad y estar cazando en la foresta, o un monje de Saint-Germain y estar cantando melodiosamente en la iglesia de la abadía, o un mercader y estar acarreando fardos de mantos y cintos a lo largo de la carretera a París: en una palabra, deseaba ser cualquier cosa, excepto un pobre labriego que ara la tierra ajena. Un escritor anglosajón ha imaginado un diálogo con él: "Bien, labrador, ¿cómo marcha tu trabajo?" "¡Oh, señor, trabajo rudamente: salgo al amanecer, llevo los bueyes al campo y los unzo al arado. Pese a que el invierno nunca ha sido tan riguroso, no me atrevo a quedarme en casa, por temor a mi señor; debo arar, cada día, un acre íntegro o más, después de uncir los bueyes y de unir la reja al arado!" "¿Tienes algún compañero?" "Tengo un muchacho, que azuza los bueyes con una picana y que ahora está ronco de frío y de tanto gritar." (¡Pobrecito Wido!) "Bien, bien, ¿es un trabajo muy duro?" "Sí, por cierto, es un trabajo muy duro."[4]

No obstante, a pesar de lo rudo que era su trabajo, Bodo cantaba con fuerza para animarse a sí mismo y para animar a Wido, pues ¿no se ha narrado acaso que cierta vez, mientras un funciona-

rio entonaba el aleluya en presencia del emperador, Carlomagno se volvió hacia uno de los obispos diciéndole: "Mi funcionario canta muy bien", a lo que el grosero obispo replicó: "En nuestra campiña cualquier rústico zumba tan bien como ése cuando guía sus bueyes en la labranza."[6] También es indudable que Bodo aprobaba los nombres que Carlomagno daba a los meses del año en su propia lengua franca, pues llamaba a enero "mes del invierno", a febrero "mes del barro", a marzo "mes de la primavera", a abril "mes de la Pascua florida", a mayo "mes de la alegría", a junio "mes de la labranza", a julio "mes del heno", a agosto "mes de la cosecha", a setiembre "mes del viento", a octubre "mes de la vendimia", a noviembre "mes del otoño" y a diciembre "mes santo".[7]

Y Bodo era un ser supersticioso. Ya hacía muchos años que los francos eran cristianos, pero así y todo, el labriego, pese a su cristianismo, se aferraba a viejas creencias y supersticiones: en las fincas de los santos monjes de Saint-Germain hubierais comprobado que los campesinos recitaban antiquísimos conjuros, añejados por el tiempo, trozos de las canciones que musitaban los labradores francos cuando sus tierras estaban hechizadas —mucho antes de avanzar en dirección al sur adentrándose en el Imperio Romano— o jirones de los hechizos practicados por los apicultores cuando cuidaban sus enjambres en las playas del Mar Báltico. El cristianismo le ha conferido su matiz distintivo a estos ensalmos, pero no ha borrado su origen pagano y, como el cultivo del suelo es la actividad humana más antigua e inalterable, las viejas creencias y supersticiones se adhieren a ella, y los antiguos dioses, desalojados desde tiempo atrás de casas y caminos, todavía deambulan, furtivamente, en los morenos surcos. Y así en las tierras del abad Irminon, los labriegos musitaban ensalmos desti-

nados al ganado enfermo (y también a sus hijos enfermos) y recitaban palabras mágicas para lograr que sus campos fueran fértiles. Si hubierais caminado detrás de Bodo cuando roturó su primer surco, probablemente lo habríais visto sacar de su chaquetón un pastelito hecho por Ermentrude con distintas sustancias alimenticias, detenerse, enterrarlo en el surco y canturrear:

¡Tierra, Tierra, Tierra! ¡Oh, Tierra, madre nuestra!
Quiera el Señor Eterno y Todopoderoso otorgarte
acres fértiles que crezcan con pujanza, grávidos
de frutos y pletóricos de vigor;
legiones de espigas y resplandecientes cañas,
el florecer de la cebada y la fecundidad del trigo
de toda la tierra la cosecha...
¡Acre, grávido de riqueza, haz que surja alimento para el
 hombre!
¡Vuélvete bendito, floreciendo brillantemente!
Y Dios que dio forma a la Tierra nos conceda
la dádiva de la fertilidad,
de modo que cada espiga pueda proveernos
la necesidad.[6]

Y luego habríais visto que Bodo comenzaba a arar.

Prudentemente, la Iglesia no se opuso a estos antiguos ritos. Enseñó a Bodo a rezar al Padre Eterno en lugar de hacerlo al Padre Cielo y a la Virgen María en remplazo de la Madre Tierra, y con estos cambios le permitió que continuara utilizando el antiguo conjuro que había aprendido de sus antepasados. Le enseñó, por ejemplo, a invocar a Cristo y a María en los ensalmos que se aplicaban a las abejas: cuando Ermentrude advertía que sus abejas iban a formar un enjambre, se detenía junto a su choza y recitaba este breve ensalmo:

Cristo, hay un enjambre de abejas fuera,
vuela hacia acá, rebañito mío,

en paz bendita, protegido por Dios
retorna al hogar sano y salvo
Detente, detente, abeja
Santa María te lo ordena,
tú no debes partir,
ni volar al bosque.
Tú no debes huir
ni alejarte de mí,
quédate quietecita,
sométete a la voluntad de Dios.[9]

Si al ir hacia su casa Bodo se detenía y veía una de sus abejas prendida en un zarzal, inmediatamente expresaba un deseo tal como aún en la actualidad hacen algunas personas cuando pasan debajo de una escalera. La Iglesia también enseñó a Bodo a agregar las palabras "así sea, Señor" a su ensalmo contra el dolor. Durante sucesivas generaciones, sus antepasados habían creído que si se tenía una punzada en un costado o un dolor en cualquier parte, la causa era un gusano que estaba en la medula de los huesos devorándolo a uno, y que la única forma de librarse de él era colocar un cuchillo, la punta de una flecha o cualquier otro objeto de metal en el lugar dolorido y luego, mediante un ensalmo, lograr que el gusano pasara a la hoja de metal. El ensalmo que siempre habían recitado sus antepasados paganos —y que Bodo continuaba diciendo cuando su hijito Wido tenía un dolor— era: "Sal, gusano, con nueve gusanillos, pasa de la medula al hueso, del hueso a la carne, de la carne a la piel y de la piel a esta flecha", y luego, obedeciendo a la Iglesia agregaba: "Así sea, Señor".[10] Sin embargo, los actos de Bodo no siempre tenían significado cristiano: a veces visitaba a algún hombre que gozaba de reputación mágica o reverenciaba supersticiosamente algún árbol retorcido del que se contaban viejas historias, nunca olvidadas por completo. En esos casos, la Iglesia era severa. Cuando Bodo se con-

fesaba, el sacerdote solía preguntarle: "Has consultado a magos y hechiceros, has hecho promesas solemnes a árboles y fuentes, has bebido algún filtro mágico?",[11] y Bodo se veía obligado a confesar lo que había hecho la última vez que su vaca estuvo enferma. Pero, aunque la Iglesia era severa, también actuaba con bondad. "Cuando los siervos acuden a vosotros —decía un obispo a sus sacerdotes— no debéis hacerlos ayunar tanto como a los ricos; dadles solamente la mitad de la penitencia."[12] La Iglesia sabía muy bien que Bodo no podría arar todo el día con el estómago vacío; en cambio, los nobles francos, cazadores, bebedores y comilones, podían arreglárselas sin una comida.

Fue esta severa y al mismo tiempo bondadosa Iglesia la que concedió a Bodo sus momentos de descanso, ya que gracias a su mediación el piadoso emperador dispuso que los domingos y fiestas de guardar no se hiciera ningún trabajo servil o de otra especie. El hijo de Carlomagno reiteró el edicto de su padre en el año 827; decía así: "De acuerdo con la ley de Dios y con lo ordenado en sus edictos por nuestro padre, de memoria bienaventurada, decretamos que ningún trabajo servil se ejecute en día domingo: sea cumplir labores rústicas, sea cuidar las viñas, sea arar los campos, sea cosechar granos, sea segar heno, sea plantar setos o construir cercas de madera, sea talar árboles, sea trabajar en las canteras o edificar casas; no se debe tampoco trabajar en la huerta ni acudir a los tribunales de justicia ni cazar. En domingo, empero, es lícito hacer tres clases de servicios de transporte, a saber: acarrear para el ejército, transportar alimentos o llevar el cuerpo de un señor a su tumba, si fuera necesario. Item, las mujeres no harán sus trabajos textiles, ni cortarán [illegible], ni los coserán, ni cardarán lana, ni batirán cáñamo, ni lavarán ropa en público, ni esquilarán ovejas; y así ha

de haber descanso en el día del Señor. Mas permitidles que acudan de todos los confines a fin de asistir a la misa que se celebra en la Iglesia y a ensalzar a Dios por todo lo bueno que ha hecho por nosotros en este día".[13] Sin embargo, en las fiestas de guardar, Bodo, Ermentrude y sus camaradas por desgracia no se contentaban con ir apaciblemente a la iglesia y regresar también apaciblemente a sus casas. Tenían la costumbre de pasar los días feriados bailando, cantando y bromeando, como lo ha hecho siempre la gente de campo hasta nuestros tiempos, más lóbregos y demasiado conscientes de sí mismos. Eran muy alegres y nada refinados, y el lugar que siempre elegían para sus danzas era el camposanto parroquial. Lamentablemente lo que entonaban mientras bailaban en corro eran antiguas canciones paganas de sus antepasados —restos de las ceremonias con que se celebraba la llegada de la primavera y que no podían olvidar— o lascivas canciones de amor que disgustaban a la Iglesia. Los concilios se quejaban reiteradamente de que los campesinos (y algunas veces también los sacerdotes) cantaran "canciones impías con un coro de danzarines" o de que disfrutaran con "coplas, danzas y canciones lascivas y pervertidas y similares tentaciones del demonio".[14] Una y otra vez los obispos prohibieron esas canciones y danzas, pero en vano; en todos los países europeos, desde la Edad Media hasta la época de la Reforma y aun después de ella, los campesinos continuaron cantando y bailando en los camposantos. Doscientos años después de la muerte de Carlomagno se originó la leyenda de los bailarines de Kolbigk: a pesar de las admoniciones del sacerdote, en la Nochebuena danzaron en el cementerio parroquial y echaron raíces en ese lugar durante un año, hasta que el arzobispo de Colonia los liberó. Algunos afirmaban que no quedaron inmóviles, sino que tu-

vieron que seguir bailando en el transcurso del año íntegro y que cuando los liberaron estaban enterrados hasta la cintura. La gente solía repetir la coplita latina que cantaban los bailarines de Kolbigk:

Equitabat Bovo per silvam frondosam
Ducebat sibi Merswindem formosam.
Quid stamus? Cur non imus? * [15]

En la actualidad aún se cuenta otra leyenda posterior, cuyo protagonista es un sacerdote de Worcestershire, quien no pudo dormir en toda la noche porque la gente, reunida en el camposanto de su iglesia, bailaba y cantaba una canción con el estribillo: "Amada, ten piedad", de modo que esas palabras quedaron grabadas en su mente y a la mañana siguiente, en la misa, en lugar de decir: *Dominus vobiscum*, exclamó: "Amada, ten piedad", y se produjo un tremendo escándalo que fue registrado en una crónica.[16]

Algunas veces, aunque Bodo no bailaba, sino que escuchaba las canciones de los juglares vagabundos; los sacerdotes no aprobaban en absoluto a estos juglares, pues decían que todos se irían al infierno porque, en lugar de entonar himnos cristianos, cantaban profanas canciones seculares cuyo tema eran las notables hazañas de los héroes paganos de estirpe franca. Pero a Bodo le agradaban, y a la gente que socialmente estaba por encima de Bodo también; incluso los concilios de la Iglesia algunas veces habían tenido que amonestar a abades y abadesas porque prestaban atención a los trovadores, pero lo más grave era que el mismísimo emperador, el bueno de Carlomagno, también era muy aficionado a esos cantares. El monarca siempre estaba dispuesto a escuchar a un juglar, y Eginardo, su biógrafo, nos dice: "Anotaba los cantares bárbaros y antiguos, en los que se cantaban los hechos y las guerras de los reyes, y los aprendía de memoria".[17] Por lo menos se ha conservado una de esas antiguas sagas —que tanto le complacía que quedaran asentadas por escrito— en la cubierta de un manuscrito latino, garabateada por un monje en sus ratos de ocio. Luis el Piadoso, hijo de Carlomagno, fue muy distinto. Desechó los poemas nacionales que había aprendido en su juventud y no quiso que fueran leídos, recitados ni enseñados; no permitió que se hiciera justicia a los juglares en los tribunales y prohibió las danzas, canciones y relatos triviales en sitios públicos y en día domingo; pero también arrastró el reino de su padre a la desgracia y a la ruina. Los juglares retribuyeron a Carlomagno la bondad que les demostró dándole fama imperecedera, pues durante la Edad Media se difundieron las leyendas del Emperador, quien comparte con el rey Arturo la gloria de ser el héroe de uno de los más importantes ciclos romancescos del período medieval. Cada siglo lo vestía con las ropas de la época y le cantaba nuevas baladas. Lo que los monacales cronistas recluidos en sus celdas nunca pudieron hacer por Carlomagno, lo hicieron estos despreciados y execrados juglares: le dieron algo que acaso sea más deseable y más duradero que un lugar en la historia: un sitio en la leyenda. No cualquier emperador gobierna al mismo tiempo en los reinos del mundo y en aquellos reinos áureos de que habló Keats,* y en los áureos, Carlomagno impera junto al rey Arturo, y sus pares compiten en justas

* Cabalgaba Bovo por el bosque frondoso
Conduciendo junto a sí a la linda Merswindem.
¿Por qué nos detenemos? ¿Por qué no seguimos?

* Alusión al primer verso del soneto de Keats *On first looking into Chapman's Homer*. (N. del R.)

con los Caballeros de la Mesa Redonda. Sea como fuere, Bodo se benefició con el entusiasmo de Carlomagno por los juglares, y es probable que ya en vida del emperador haya escuchado los primeros gérmenes de esas leyendas que posteriormente se vincularon al nombre del monarca. Podemos imaginar a Bodo en el camposanto de la iglesia escuchando absorto los fabulosos relatos de la Marcha de Hierro de Carlos hacia Pavía, tal cual la reprodujo más tarde en su crónica un viejo monje chismoso de Saint-Gall.[18]

Es muy probable que tales leyendas le hayan proporcionado a Bodo el conocimiento más aproximado que pudo alcanzar acerca del emperador, de quien estaban orgullosos hasta los pobres siervos que nunca tuvieron ocasión de acompañarlo en la corte ni en el campo de batalla. Pero Carlos era un gran viajero: al igual que todos los monarcas de la temprana Edad Media, cuando no estaba en guerra, pasaba el tiempo recorriendo su reino. Se detenía en alguno de sus fundos y cuando él y su séquito lo habían literalmente "devorado", se trasladaba a otro. A veces cambiaba de método y visitaba los fundos de sus obispos o de sus nobles, quienes lo agasajaban como correspondía a su real investidura. Acaso algún día, cuando se encaminaba a París, haya visitado de paso a los amos de Bodo hospedándose en la casa grande, y entonces nuestro labriego quizá lo haya visto de cerca, pues es probable que Carlomagno llegara cabalgando, vestido con su chaquetón de piel de nutria y su sencillo manto azul. (Eginardo refiere que al emperador no le agradaban las prendas suntuosas y que los días comunes se vestía como la gente del pueblo);[19] es posible que detrás del emperador avanzaran sus tres hijos y su guardia de corps, y luego sus cinco hijas. Eginardo nos dice, asimismo, que el emperador "cuidaba tanto la educa-

ción de sus hijos e hijas que jamás comía sin ellos cuando estaba en su casa y nunca viajaba sin su compañía. Sus hijos cabalgaban junto a él y sus hijas lo seguían más atrás; alguno de sus guardias seleccionados con ese propósito, vigilaban la retaguardia del grupo formado por el séquito de sus hijas. Eran éstas muy hermosas y muy queridas por su padre, y en consecuencia es extraño que no les haya buscado marido, sea entre sus allegados, sea en un país extranjero. Al contrario, hasta su muerte las retuvo a todas en el hogar afirmando que no podría prescindir de su compañía".[20]

Entonces, con un poco de suerte, Bodo quizás haya contemplado tembloroso un portento absolutamente nuevo para él: el elefante del emperador. Harum al-Raschid, el gran sultán de *Las mil y una noches*, se lo había enviado a Carlos, quien lo llevaba consigo en todos sus viajes; su nombre era "Abu-Lubabah", expresión árabe que significa "el padre de la inteligencia",* y murió como un héroe en una expedición contra los daneses, en el año 810.[21] Sabemos de buena tinta que mucho después, cuando su hijito Gerbert hacía una travesura, Ermentrude lo amenazaba diciéndole: "Vendrá Abu-Lubabah con su larga trompa y te llevará", pero Wido, que tenía ocho años y ya se ganaba la vida, sostenía que no tendría miedo de enfrentar al elefante. Sin embargo, cuando lo apremiaban, admitía que lo atraía mucho más el otro regalo ofrecido al emperador por Harum al-Raschid: el cariñoso perro que respondía al nombre de "Becerrillo".**

Sin duda, cuando arribaban esos personajes tan importantes, Bodo debía de estar muy atareado,

* *Abu-Lubabah*: es muy interesante el hecho de que el nombre no se haya corrompido al pasar a las crónicas.

** En español en el original. (*N. del R.*)

pues antes de que llegaran había que limpiar todo, reunir a los reposteros y a quienes se ocupaban de los embutidos y preparar un gran banquete; y, aunque la mayor parte del trabajo la hacían los siervos, es probable que Bodo tuviera que dar una mano. El anciano monje chismoso de Saint-Gall nos ha transmitido algunos divertidos episodios del revuelo que se producía cuando Carlos visitaba sin previo aviso a sus vasallos:

"Había cierto obispado por el cual Carlos debía pasar necesariamente cuando viajaba, y por cierto le hubiera sido muy difícil eludirlo; el obispo de ese lugar, siempre ansioso de complacerlo, ponía todo lo que tenía a disposición del emperador. Pero una vez el monarca llegó inesperadamente y el obispo tuvo que revolotear de acá para allá como una golondrina, y lograr que barrieran y limpiaran no solo palacios y casas, sino también patios y cuadras; luego, cansado y exasperado, fue a recibir al emperador. Carlos, el muy piadoso, lo advirtió, y después de examinar todo detalladamente dijo al obispo: 'Gentil huésped mío, cada vez que yo llego disponéis que todo se limpie a la perfección'; entonces, el obispo, como si recibiera inspiración divina, inclinó la cabeza, tomó la nunca vencida mano derecha del rey y, ocultando su exasperación, la besó y dijo: 'Es muy justo, mi señor, que, dondequiera que vayáis, todas las cosas queden limpias por completo'. Entonces Carlos, el más prudente de los reyes, advirtió cuál era la situación y le dijo: 'Así como vacío, también puedo llenar'. Y añadió: 'Podéis quedaros con el fundo que limita con vuestro obispado, y todos vuestros sucesores pueden disponer de él hasta el fin de los tiempos'. En ese mismo viaje también visitó a un obispo por cuyas tierras debía necesariamente pasar. Era el sexto día de la semana y por lo tanto el emperador no deseaba comer carne

de animales ni de aves, y, como a causa de la naturaleza del lugar no era posible conseguir pescado con premura, el obispo ordenó que se ofreciera al emperador un queso excelente, rico y cremoso. Carlos, el muy sobrio, con la buena voluntad que demostraba en todas partes y en toda ocasión, le ahorró un bochorno al obispo y no solicitó manjares más suculentos; por el contrario, tomando su cuchillo, sacó la cáscara —que según supuso sería insípida— y comenzó a comer la parte blanca del queso. Al punto, el obispo, que estaba de pie junto a él como si fuera un servidor, se aproximó y le dijo: '¿Por qué hacéis eso, señor emperador? Desperdiciáis la mejor parte'. Entonces, Carlos, que no engañaba a nadie y no creía que nadie pudiera engañarlo, siguiendo el consejo del obispo se llevó a la boca un trozo de cáscara, lo masticó y se lo tragó lentamente como si fuera manteca. Luego, aprobando el consejo del obispo, replicó: 'Muy cierto, mi amable huésped'. Y añadió: 'No os olvidéis de enviarme a Aix, todos los años, dos carretadas de este mismo queso'. Se alarmó el obispo ante las dificultades que ofrecía la empresa y, temeroso de perder su jerarquía y su cargo, respondió: 'Señor, yo puedo conseguir los quesos, pero me es imposible decir cuáles son de esta calidad y cuáles de otra. Temo que acaso incurra en vuestra censura'. Entonces Carlos, a cuya penetración y sutileza nada podía escapar —por nuevo y extraño que fuera— dijo así al obispo, quien conocía esos quesos desde niño y, sin embargo, todavía no era capaz de distinguirlos: 'Cortadlos en dos; unid luego con una brocheta aquellos que consideréis de buena calidad y, después de conservarlos algún tiempo en vuestra bodega, enviádmelos. El resto podéis guardarlo para vos, vuestra clerecía y vuestra familia'. Esto se hizo por espacio de dos años y el rey ordenó que el presente de queso se reci-

biera sin formular reparos: el tercer año el obispo en persona trajo los quesos tan laboriosamente reunidos. Entonces Carlos el muy justo se compadeció de sus fatigas y de su ansiedad y agregó a su obispado un excelente fundo, que proporcionaba trigo y vino al obispo y a sus sucesores".[22] Podemos compadecer sin duda al pobre y aturdido obispo que tuvo que reunir dos carretadas de queso, pero es posible que el verdadero acreedor a nuestra simpatía sea Bodo, quien probablemente fue obligado a pagar un tributo adicional en quesos para satisfacer el paladar del emperador, aunque sin recibir, como recompensa, ningún excelente fundo.

Una visita del emperador, empero, sin duda debe de haber sido un acontecimiento extraordinario en su vida, digno de ser comentado durante años y narrado a sus nietos. Pero había otro acontecimiento que sucedía anualmente, y que Bodo y sus amigos esperaban con ansiedad: una vez al año, los jueces ambulantes del rey —los *missi dominici*— instalaban sus tribunales en la comarca a fin de verificar si los condes locales habían administrado justicia con equidad. Solían llegar dos, un obispo y un conde, y quizás esa noche se alojaban en la casa grande en calidad de huéspedes del abad; al día siguiente proseguían rumbo a París donde administraban justicia frente a la iglesia, al aire libre, y de toda la comarca llegaban hombres importantes y humildes, nobles, individuos libres y *coloni*, quienes exponían sus agravios y solicitaban reparación. Bodo, si alguien lo había injuriado o robado, sin duda acudía y daba cuenta del hecho a los jueces. Pero, si era sagaz, no se presentaba con las manos vacías confiando solo en la justicia. Carlomagno era muy severo, pero a menos que los *missi* fueran excepcionalmente honestos y piadosos, no solían ser remisos para aceptar

sobornos. Teodulfo, obispo de Orléans, que fue uno de los *missi* del emperador, nos ha dejado un poema en latín muy divertido en el que describe las tentativas hechas por clérigos y laicos que se apiñaban ante su tribunal como un rebaño para comprar justicia.[23] Cada uno ofrecía lo que le permitían sus recursos: el rico regalaba dinero, piedras preciosas, valiosos presentes, alfombras de Oriente, armas, caballos, vasos antiguos de oro y de plata cincelados con imágenes de [illegible] les; el pobre ofrecía odres de cuero de Córdoba, curtidos y sin curtir, telas y lienzos excelentes (¡la pobre Ermentrude debe de haber estado muy atareada todo el mes que precedió a la llegada de los jueces!), cofres y seda. "Con este alud de regalos —exclama el escandalizado obispo Teodulfo— confiaban en derribar la muralla de mi conciencia, pero no habrían creído que podían conmoverme a mí si no lo hubieran hecho antes con otros jueces." Por cierto, si esta pintura es veraz, los jueces reales deben de haber viajado seguidos por una verdadera caravana —habitualmente de carretones y caballos— destinada a transportar sus regalos. Hasta Teodulfo mismo tiene que admitir que para no herir los sentimientos de la buena gente se vio obligado a aceptar ciertas bagatelas sin importancia, tales como huevos, pan, vino, pollos y avecillas, "cuyos cuerpos —dice relamiéndose los labios— son pequeños pero muy sabrosos". A nosotros nos parece que detrás de esas avecillas y de esos huevos asoma la ansiosa cara de Bodo.

Una vez por año Bodo disfrutaba de otro esparcimiento, pues regularmente el nueve de octubre, cerca de las puertas de París, se inauguraba la gran feria de San Dionisio que duraba un mes íntegro.[24] Una semana antes de la fecha indicada comenzaban a brotar tiendecillas y cobertizos, en cuyos frentes abiertos los mercaderes podían exhi-

bir sus productos; y la abadía de San Dionisio, que tenía el derecho de cobrar una tasa a todos los mercaderes que acudían a vender a la feria, cuidaba de que ésta estuviera bien cerrada con cercos y de que todos entraran por las puertas y pagaran la correspondiente tasa, pues era notorio que algunos mercaderes astutos solían deslizarse por debajo de las cercas o saltar por encima de ellas para eludir el impuesto. Entonces, las calles de París se atestaban de mercaderes que transportaban sus productos en carros y en caballos y bueyes; desde el día de la inauguración, en París se interrumpían las transacciones corrientes durante un mes y todos los negociantes instalaban puestos en algún lugar de la feria y trocaban el trigo, el vino y la miel de la región por mercaderías más raras procedentes de comarcas extranjeras. La abadía de Bodo probablemente tendría algún puesto en la feria y allí se vendería parte de los paños tejidos por las siervas en el sector de las mujeres, los quesos y la carne salada preparados en las alquerías, o el vino suministrado por Bodo y sus compañeros en calidad de tributo. Seguramente Bodo se tomaba vacaciones y concurría a la feria. En verdad, ese mes al administrador le debe de haber costado mucho trabajo retener a los hombres en sus tareas; Carlomagno se vio obligado a promulgar una ordenanza especialmente dedicada a sus administradores indicándoles: "Debéis cuidar de que nuestros siervos cumplan correctamente las tareas que es lícito exigirles sin perder el tiempo en correrías por mercados y ferias". Pero Bodo, Ermentrude y sus tres hijos, engalanados con sus mejores atavíos, no creían que ir a la feria hasta dos o tres veces fuera perder el tiempo. Alegaban que les era imprescindible comprar sal para sazonar la carne que se consumía en invierno o tintura bermellón para teñir una blusa de niño, pero lo que en realidad

deseaban era deambular entre las filas de puestos y contemplar los insólitos objetos reunidos allí, pues los mercaderes acudían a San Dionisio a fin de vender suntuosos productos del lejano Oriente a los superiores de Bodo; y los acaudalados nobles francos regateaban el precio que habrían de pagar por mantos de seda y de púrpura con guarniciones anaranjadas, por justillos de cuero labrado, por plumas de pavo real y por el plumaje escarlata de los flamencos (que llamaban "piel de fénix"), por perfumes, perlas y especias, almendras y pasas de uva y por monos para que sus mujeres se entretuvieran.[29] Esos mercaderes solían ser venecianos, aunque con mayor frecuencia se trataba de sirios o astutos judíos, y Bodo y sus compañeros se rieron ruidosamente cuando se les relató de qué manera un mercader judío había embaucado a cierto obispo —que siempre andaba en busca de novedades— rellenando un ratón con especias y ofreciéndoselo en venta, mientras aseguraba que "había traído de Judea este inapreciable animal nunca visto antes" y se negaba a aceptar menos de una medida de plata por él.[30] A cambio de esos lujosos productos, los mercaderes se llevaban telas de frisa —que eran muy estimadas—, trigo y perros de caza, y a veces un delicado trabajo de orfebrería, cincelado en un taller monástico, y Bodo solía escuchar cientos de lenguas y dialectos, pues en las callejuelas se codeaban individuos procedentes de Sajonia y Frisia, de España y Provenza, de Ruan y Lombardía y quizá también uno o dos de Inglaterra; asimismo de vez en cuando se hacía presente un erudito irlandés con el propósito de vender un manuscrito, llevando a flor de labios las dulces y extrañas canciones de Irlanda:

Un seto de árboles me circunda,
su canción un mirlo canta para mí;

... encima de las pautas d- mi cuadernillo
las aves gorjeac... cantan para mí.
Desde lo alto de los arbustos,
con su manto gris, el cuclillo canta.
... Señor me ampare—
En verdad ... ...
bien escribo en la foresta ...

Además siempre había ... malabaristas y titiriteros, juglares y hombres con osos acróbatas que sonsacaban a Bodo las pocas monedas que tenía en el bolsillo. Y, por cierto, sin duda sería una familia muy cansada y muy feliz aquella ... que dando tumbos en el carromato, regresaba al hogar y al instante se iba a la cama. Pues, al fin y al cabo, en la cocina no se está del todo mal, y cuando ya nada queda por hacer con el emperador "Carlomagno y todos sus nobles",* realmente vale la pena pasar unos minutos con Bodo en su pequeño manso. En gran parte, la historia está integrada por hombres como Bodo.

* Referencia ... Milton *Paradise Lost* ("El Paraíso perdido"), 1. 588. (*N. del R.*)

CAPITULO II

MARCO POLO

UN VIAJERO VENECIANO DEL SIGLO XIII

Et por ce, veul je que un et autre sachent a tos jors mais les euvres des Veneciens, et qui il furent, et dont il vindrent, et qui il sont, et comment il firent la noble Cite que l'en apele Venise qui est orendroit la plus bele dou siecle . . . La place de Monseignor Saint Marc est orendroit la plus bele place qui soit en tot li monde; que de vers li soleil levant est la plus bele yglise qui soit el monde, c'est l'Yglise de Monseignor Saint Marc. Et de les cele Yglise est li paleis de Monseignor li Dus, grant e biaus a merveilles.

MARTINO DA CANALE

Y Kinsai [Hangchow] es la ciudad más grande del mundo, tan grande que por cierto no me aventuraría a hablar de ella si no hubiera encontrado en Venecia mucha gente que ha estado allí. Y opino que si alguien quisiera evocar la amplitud y las grandes maravillas de la ciudad, una buena resma de papel no bastaría para agotar el asunto, pues es la ciudad más grande y más noble y la más apropiada para el comercio de todas cuantas existen en el mundo.

ODORICO DE PORDENONE

Retrocedamos con la mente —tal como lo haríamos, si pudiésemos, con el cuerpo— al año 1268: nos resultará muy útil, aunque en los textos de historia no se le da mucha importancia. En aquellos días, al igual que en los nuestros, Venecia se erguía entre sus lagunas, y la ciudad más orgullosa de todo el mundo occidental parecía —tal como antaño la vio Casiodoro— el nido de un ave marina que flota sobre olas poco profundas, una ciudad similar a un barco anclado en tierra firme, pero cómodo solamente en el mar.

Basta con que tengamos presente su ubicación: Venecia estaba situada en el extremo del mar Adriático, a mitad de camino entre Oriente y Occidente, sobre una de las principales rutas marítimas del comercio medieval, y era asimismo un puerto del mar Mediterráneo, pero tan septentrional que se hallaba casi en el corazón de Europa; en el puerto de Venecia convergían todas las rutas comerciales terrestres y marítimas transitadas por bestias de carga y surcadas por naves; hasta Venecia llegaban mercaderes que transportaban seda y especias, alcanfor y marfil, perlas, perfumes y alfombras del Levante y de las tierras cálidas más lejanas. El destino natural de todos ellos era Venecia, sea que llegaran por la ruta de Egipto navegando entre los bajíos del Nilo y que traquetearan luego en camellos hasta Alejandría, sea que alcanzaran la meta después de atravesar las tierras fértiles y placenteras de Persia y el desierto de Siria, en dirección a Tiro y Antioquía, sea que lentamente se hubiesen abierto camino, en largas y cimbreantes caravanas, a través de las mesetas del Asia Central y el sur del mar Caspio en dirección a Trebisonda, navegando luego por el mar Negro y los Dardanelos. Solo Constantinopla hu-

* *Hic vobis, aquatilium avium more, domus est.*

biera podido rivalizar con Venecia, pero Venecia sojuzgó a Constantinopla. El botín del Oriente convergía en Venecia como si lo hubiera atraído un imán, y desde ella pasaba a lomo de caballo a Alemania y a Francia a través de los Alpes por desfiladeros del Brenner y del San Gotardo o en galeras, por el estrecho de Gibraltar, a Inglaterra y a Flandes.[1] Las galeras y las acémilas retornaban a Venecia, cargadas con los metales de Alemania, las pieles de Escandinavia, las magníficas lanas de Inglaterra, las telas de Flandes y el vino de Francia.

Y si bien es cierto que la geografía confirió a Venecia una situación de privilegio, fueron los venecianos quienes hicieron el resto. En los primeros años de su historia desafiaron, en el este a Constantinopla, y en el oeste al Papa y al Santo Emperador Romano, apoyándose alternativamente en uno y en otro, pero manteniendo con tenacidad su independencia; cuando se los invitaba a convertirse en subditos, respondían: "Dios, que es nuestro amparo y nuestro protector, nos ha preservado a fin de que habitemos en estas aguas. Esta Venecia, que hemos erigido en las lagunas, es nuestra fortaleza: ningún poder de emperador o de príncipe puede alcanzarnos"; si eran amenazados, estaban en condiciones de replegarse en sus islas y desde allí, en son de burla, podían cañonear con balas de pan a las tropas apostadas en tierra firme que trataban de rendirlos por hambre.[2] Siempre tuvieron conciencia de que su porvenir estaba en el agua y en ese Oriente cuyo colorido se había deslizado en su civilización y había caldeado su sangre: los venecianos eran orientales y occidentales a un tiempo, corazones ardientes para el amor y las conquistas, cabezas serenas para planear y para gobernar. Gradualmente se fueron adueñando del círculo de tierra firme que tenían a sus espaldas; asimismo, acorralaron a los piratas

sarracenos y eslavos cuyos barcos sembraban el terror en el Mediterráneo; marcharon luego contra los piratas dálmatas que hostigaban a sus naves de comercio y se apoderaron de toda la costa dálmata. El dux de Venecia se convirtió en duque de Dalmacia.

"Es muy cierto —afirma el cronista— que el mar Adriático está en el ducado de Venecia",[3] y llamaban a ese mar "golfo de Venecia." En esa época se instituyó por primera vez la magnífica ceremonia simbólica de contraer nupcias con el mar; en dicha ceremonia se pronunciaban las altivas palabras: *¡Desponsamus te mare in signum veri perpetuique dominii!*[4]

> Era una ciudad doncella, hermosa y libre,
> ningún engaño la sedujo, ninguna fuerza pudo violarla
> y cuando tomaba para sí un compañero
> debía desposar al eterno mar.*

Y realmente parecía que el mar mismo le había jurado honrarla y obedecerla.

Entonces se iniciaron las Cruzadas, y Europa olvidó sus controversias arrojándose sobre los infieles que retenían los Santos Lugares de su fe. Hombres de todas las comarcas marcharon tras el estandarte de la Cruz y las torres de Jerusalén fueron más reales que la torre de Babel. Por fin Venecia tuvo sus sueños al alcance de la mano; fue ella la que proporcionó galeras y convoyes, jefes militares y soldados, recibiendo a cambio crecidas sumas de dinero. Cuando llegó el momento de repartir el botín, Venecia solicitó, en cada ciudad capturada de Palestina y Siria, una iglesia,

* Cita tomada del poema de William Wordsworth *On the extinction of the Venetian Republic* incluido en *Poems dedicated to national independence and liberty.* (*N. del R.*)

una casa de cambio y el derecho a comerciar sin pagar impuestos. La Cuarta Cruzada le brindó la gran oportunidad: Enrico Dandolo, su anciano y ciego dux (cuya ceguera tenía aire nelsoniano) con el pretexto de que los cruzados no podían pagar el dinero convenido para solventar los gastos de transporte, puso la Cruzada íntegra al servicio de Venecia y derrotó primero Zara —que se había atrevido a sublevarse contra Venecia— y luego la inmortal Bizancio, su antigua —su única— gran rival. Es cierto que el Papa excomulgó a los venecianos cuando lograron que los ejércitos atacaran Zara, pero, ¿qué importaba? Saquearon Constantinopla y se llevaron los cuatro grandes caballos dorados a San Marcos, sitio que ha sido comparado con la cueva de un ladrón, atestado con el botín del Levante, y donde se atesoraba el sagrado cuerpo del santo, que casi cuatro siglos antes los venecianos habían sacado a hurtadillas de Alejandría escondido en un tonel de cerdo en salmuera a fin de eludir a los musulmanes. Después de la Cuarta Cruzada era un patriarca veneciano quien decía misa en Santa Sofía. Venecia recibió el altivo título de "Señora de las tres cuartas partes del Imperio Romano" (*quartae partis et dimidiae totius imperii Romaniae*); (las palabras resuenan como clarinadas) y el dux, calzado con borceguíes escarlatas —como los antiguos emperadores romanos— era el amo absoluto de cuatro mares: el Adriático, el Egeo, el mar de Mármara y el mar Negro. Las factorías venecianas estaban diseminadas en las costas del Levante, en Trípoli y Tiro, en Salónica, Adrianópolis y Constantinopla, en Trebizonda —sobre el mar Negro— y aun en Cafa —en la lejana Crimea—, desde donde partía la misteriosa ruta que se internaba en Rusia. Creta, Rodas y Chipre eran suyas; sus galeras limpiaron de piratas los mares y no toleraron rival al-

guno; todo el comercio con el Oriente tenía que pasar por Venecia y solo por Venecia. Las otras ciudades comerciales de Italia lucharon contra ella, y Genova estuvo a punto de ser su rival, pero en 1258 y nuevamente en 1284 Venecia pudo derrotar por completo la flota genovesa.[7] No sería la ciudad "de mar sin peces, montañas sin bosques, hombres sin fe y mujeres sin pudor" la que sofrenara sus cabalgaduras en San Marcos.[8] En 1268, Venecia, aparentemente había llegado a su apogeo; podía bañarse en Bizancio y arrojar sus botas en el Levante. Con razón escribió su cronista:

"Dalmacia, Albania, Rumania, Grecia, Trebizonda, Siria, Armenia, Egipto, Chipre, Candia, Apulia, Sicilia y otras comarcas, reinos e islas fueron los fructíferos jardines, los orgullosos castillos de nuestro pueblo, donde volvió a encontrar placer, ganancias y seguridad. Los venecianos recorrían el mar en todas direcciones y todos los lugares bañados por las aguas, y compraban mercancías y las llevaban a Venecia, luego venían a Venecia germanos y bávaros, franceses y lombardos, toscanos y húngaros y todos aquellos que viven del comercio y se llevaban los productos a sus comarcas." Apenas asombra —como observó un viajero posterior— que los venecianos se enorgullecieran de su inmenso poderío, ni tampoco asombra el hecho de que, cuando un veneciano tenía un hijo, los demás comentaran: "en el mundo ha nacido un *signor*".

No es lícito afirmar que Venecia era la ciudad más altiva de la tierra, *la noble cite que l'en apele Venise, qui est orendroit la plus bele dou siecle?*[9] En el año de gracia de 1268, la vida era algo bello y espléndido para esos príncipes mercaderes que tenían el magnífico Oriente en calidad de feu-

do".* Aquel año, en grandes casas de cambio construidas con piedra y lamidas por el agua de los canales, los mercaderes, con el inventario en la mano, verificaban sus sacos de especias, macis y nuez moscada, canela y jengibre de las Indias, piezas de ajedrez de ébano procedentes de Indochina, ámbar gris de Madagascar y almizcle de Tibet; ese año los traficantes en joyas tasaban diamantes de Golconda, rubíes y lapislázuli de Badakhshan y perlas de las pesquerías de Ceilán; los mercaderes almacenaban fardos de seda, muselina y brocado de Bagdad, Yezd, Malabar y China. Ese año, los donceles del Rialto (galanes perfumados, pero, cada uno, al igual que el Antonio de Shakespeare, propietario de un barco que, en algún lugar del Levante, trataba de llegar a puerto) se codeaban con hombres de todas nacionalidades, escuchaban relatos narrados por viajeros de todos los países y al amanecer se deslizaban por los canales en góndolas (que no eran negras en ese entonces, pues estaban pintadas de colores y adornadas con colgaduras de seda) saludando a la mañana con canciones; y las damas pelirrojas de Venecia —a quienes siglos más tarde, el Ticiano tanto se complacía en reproducir— ascendían y descendían los peldaños de mármol de sus palacios llevando todos los brocados de Persia en sus espaldas y las manos pequeñitas suavizadas por todos los perfumes de Arabia. Fue también ese año cuando Martino da Canale, escribiente de la aduana, comenzó a preocuparse —al igual que Chaucer tiempo después— no tanto por sus transacciones como por escribir una crónica de Venecia en la agradable lengua francesa *por ce que lengue françaïse cort parmi le monde, et est la plus delitable a lire et a oïr que nule*

* Ibíd. (*N. del R.*)

autre). Es una crónica acerca del mar, marina como la endecha de Ariel;* Canale tenía, ciertamente, "esa intensidad de sentimiento que parece fundirse en los elementos que contempla"; no hay aquí, sin duda, ni rastros del "oleaje y del estrépito de la Odisea",** pero las encantadoras palabras centellean como el sol sobre las aguas del Mediterráneo; y como un estribillo que resuena dentro y fuera de la narración, se repite la frase: *Li tens estoit clers et biaus . . . et lors quant il furent en mer, li mariniers drecerent les voiles au vent, et lesserent core a ploine voiles les mes parmi la mer a la force dou vent;*[7] pues gran parte de la historia de Venecia se desarrollo sobre la cubierta de los barcos. Es también una crónica sumamente altiva, pues Canale pertenecía a una ciudad nada desdeñable y él, por cierto, no lo ignoraba.

"Ahora es mi deseo —dice— que todos y cada uno conozcan por siempre las obras de los venecianos, quiénes fueron, de dónde vinieron y qué son, y cómo erigieron la noble ciudad llamada Venecia, que es en este día la más hermosa del mundo. Deseo que las generaciones actuales y las venideras sepan en qué forma está construida esta noble ciudad y en qué medida abundan en ella las cosas buenas, que tengan noticias de cuánto poder tiene el señor de los venecianos, el noble Dux, y que sepan qué noble es este pueblo y cuáles son sus hazañas. Deseo que sepan, asimismo, que todos son perfectos en la fe de Jesucristo y sumisos a la Santa Iglesia y que jamás desobedecen los mandamientos de la Santa Igle-

* Alusión a la canción de Ariel, el espíritu arbóreo en *The Tempest* de Shakespeare. (*N. del R.*)

** Referencia a un verso de Andrew Lang, de su composición *As One that for a Weary Space has Lain.* (*N. del R.*)

sia. En esta noble Venecia no se atreven a habitar herejes, usureros, asesinos ni ladrones. Quiero deciros los nombres de todos los dux con que contó Venecia, uno tras otro, y lo que hicieron para honra de la Santa Iglesia y de la noble ciudad a la que pertenecían; asimismo, quiero deciros también los nombres de los nobles capitanes a quienes en su época los nobles dux confiaron la misión de abatir a sus enemigos; y, en cuanto a las victorias que obtuvieron, deseo que las conocáis, pues es conveniente... En el año MCCLXVII de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, en tiempos de mi señor Renier Zeno, el gran dux de Venecia, trabajé y me esforcé hasta que averigüe la historia antigua de los venecianos, de dónde vinieron por primera vez y cómo erigieron la noble ciudad llamada Venecia, que es hoy en día la más hermosa y agradable del mundo, pletórica de belleza y de toda suerte de cosas buenas. Las mercancías pasan por esta noble ciudad como fluye el agua de las fuentes, y el agua salada corre a través, alrededor de ella y en todas partes, salvo en casas y calles. Cuando los habitantes se trasladan a otra comarca, pueden regresar a sus hogares por tierra o por mar, según lo deseen. De todas partes afluyen mercancías y mercaderes que compran todas las mercancías que quieren y las llevan de regreso a sus países. En esta ciudad podéis hallar alimentos en abundancia, pan y vino aves terrestres y acuáticas, carne fresca y salada, pescado de mar y pescado de río... Podéis encontrar en esta hermosa ciudad muchas personas de noble cuna, muchísimos hombres ancianos y jóvenes *damoisaus*, y mercaderes que compran y venden, cambistas, artesanos de todo tipo, marineros de todas clases y naves que pueden llevarlos a todas las comarcas y galeras para abatir a los enemigos. En esta hermosa ciudad habitan tam-

bién numerosas damas, damiselas y doncellas, muy lujosamente ataviadas."[9]

Sucedió que en nuestro año de 1268 asumió el poder Lorenzo Tiépolo, el nuevo dux, y para celebrar su ascenso hubo un gran desfile de guildas frente al palacio ubicado en la plaza de San Marcos. Martino da Canale presenció esa ceremonia y la describió íntegramente en su crónica. En primer término llegó la armada, que se desplazó en el puerto; cincuenta galeras y otras naves, cuyas tripulaciones aplaudían y proferían vivas en cubierta; luego se presentaron las guildas a pie: en primer término los maestros forjadores, coronados con guirnaldas y portando estandartes y trompetas, a continuación pasaron los peleteros, ataviados con seda escarlata y capas de armiño y marta; luego los tejedores, ricamente adornados, y después los diez maestros sastres ataviados de blanco con estrellas de color carmesí. Pasaron a continuación los maestros pañeros que llevaban ramas de olivo y coronas (también de olivo) en la cabeza; los seguían los fabricantes de pana, vestidos con ropas forradas de piel y tejidas por ellos mismos; los tapiceros llevaban guirnaldas de cuentas doradas y capas blancas bordadas con flores de lis, avanzaban de dos en fondo, precedidos por niñitos que cantaban *chansonettes y cobles*. Después llegaron los fabricantes de paños de oro (vestidos todos con esas telas) y sus servidores ataviados con telas de púrpura y de oro; luego se presentaron los fabricantes de sedas, ataviados con sedas, y los carniceros, vestidos de escarlata; los vendedores de pescado, cuyos trajes, pieles y guirnaldas eran magníficos; los maestros barberos, acompañados por dos jinetes engalanados a la usanza de los caballeros andantes y por cuatro damiselas cautivas, con extraños atuendos. Enseguida pasaron los artesanos vidrieros, vestidos de es-

carlata, con guarniciones de marta, caperuzas orladas de oro y valiosas guirnaldas de perlas (exhibían recipientes y vasos fabricados con el famoso cristal veneciano); los fabricantes de peines y linternas llevaban un fanal lleno de pájaros que habrían de ser soltados en presencia del dux; los orfebres lucían coronas y collares de oro y cuentas de plata y zafiros, esmeraldas, diamantes, topacios, circones, amatistas, rubíes, jaspe y carbunclos. Maestros y criados estaban suntuosamente vestidos y casi todos lucían orlas de oro en las caperuzas y guirnaldas de cuentas doradas. Cada profesión estaba acompañada por su banda integrada por diversos instrumentos y llevaba copas de plata y botellas de vino; avanzaban en orden perfecto, cantando baladas y cantos de salutación, y sucesivamente saludaban al Dux y a la Dogaresa exclamando: "¡Dios salve a nuestro señor, el noble dux Lorenzo Tiépolo!" Nimbada de esplendor pasó guilda tras guilda —espectáculo encantador para quienes miraban y escuchaban— y transcurrió una semana antes de que finalizaran los festejos después de que todos hubieron desfilado. En este pasaje Canale se supera a sí mismo, pues las ceremonias oficiales le agradaban sobremanera; consagra un párrafo al paso de cada guilda, a su saludo y a su alejamiento, y el efecto reiterativo de todos los párrafos es encantador: se asemejan a una balada en prosa con un estribillo que se repite al finalizar cada estrofa.[9]

Y bien, ¿entonces era así como se vivía en Venecia, donde
los mercaderes eran los reyes,
donde está San Marcos, donde los dux acostumbraban a
desposar el mar con anillos?

¿Quién que escuchara la imponente bienvenida de los sacerdotes de San Marcos al Dux (*Criste vince, Criste regne, Criste impere. Notre signor*

Laurens Teuples, Des gracie, inclit Dus de Venise, Dalmace atque Groace, et dominator de la quarte partie et demi de tot l'enmire de Romanie, sauvement, honor, vie, et victoire. Saint Marc, tu le aie), [10] podía dudar de que Venecia, rival de Roma y vencedora de Constantinopla, era la ciudad más hermosa, rica y poderosa del mundo? Pero ¿lo era? Escuchad y juzgad. A miles de kilómetros de distancia de Venecia a través de las tierras y mares de Asia, un poco al sur del río Yang-tsé y cerca del mar, se erguía la ciudad de Kinsai o Hangchow, capital de los emperadores Sung, quienes gobernaban en la China meridional, que aún no había sido conquistada —en el año 1268— por los tártaros. [11] Kinsai, al igual que Venecia, se erguía entre sus lagunas y estaba surcada por innumerables canales. Su perímetro medía alrededor de doscientos kilómetros —sin contar los suburbios que se extendían en torno— y no había un solo palmo de terreno que no estuviera bien poblado. Tenía doce puertas inmensas y cada uno de los doce barrios de intramuros era más grande que Venecia íntegra. Su calle principal medía unos setenta metros de ancho, corría de un extremo a otro de la ciudad y estaba interrumpida, cada siete kilómetros, por una plaza muy amplia bordeada por casas, jardines y palacios y por las tiendas de los artesanos, que eran regidos por doce grandes guildas. Paralelo a la calle principal corría el canal más importante, en cuyas orillas se levantaban los depósitos, construidos de piedra, de los mercaderes que comerciaban con la India. Doce mil puentes de piedra franqueaban los cursos de agua, y los que estaban sobre el canal principal eran lo bastante altos como para permitir que por debajo de ellos navegaran barcos de afilados mástiles, en tanto que por sus calzadas circulaban carromatos y caballos. En los mercados de Kinsai

se traficaba con piezas de caza, melocotones, peces de mar y vino de arroz y de especias; en la planta baja de las casas circundantes había tiendas y allí se vendían especias y narcóticos, sedas, perlas y toda suerte de artículos manufacturados. Por las calles de Kinsai transitaban nobles y mercaderes vestidos de seda, y las mujeres más hermosas del mundo pasaban meciéndose lánguidamente en literas recamadas, luciendo alfileres de jade en el negro pelo y aros centelleantes de piedras preciosas que rozaban sus suaves mejillas.[13]

Junto a la ciudad había un lindísimo lago —famoso en la historia china y que es aún uno de los panoramas más bonitos de la tierra—, tachonado de islas boscosas en las que se erguían pabellones con nombres encantadores: "Panorama del lago", "Cámaras de bambú", "La casa de los ocho genios" y "Deleite puro". Allí los habitantes de Kinsai, al igual que los venecianos, se paseaban en barcazas lujosamente tapizadas y ornamentadas, en cuyas cámaras relucían pinturas de flores y de paisajes montañosos; en una dirección los paseantes podían ver la ciudad en toda su amplitud, sus palacios, templos, conventos y jardines, y en la otra se contemplaba la extensión de agua cristalina, colmada de coloreadas barcas de paseo, por encima de las que resonaban las voces claras y estridentes y los tintineantes instrumentos musicales de los juerguistas. No hay espacio que alcance para describir el palacio real, con sus jardines y huertos, sus pabellones pintados y sus bosquecillos, en donde las damas de palacio cazaban con perros, hasta que cansadas de ese pasatiempo se despojaban de sus ropas y corrían al lago en cuyas aguas jugueteaban como si fueran un banco de peces plateados. Pero también debemos hablar de los juncos (que llegaban al puerto ubicado a unos cuarenta kilómetros de distancia y que desde allí

remontaban el río hasta alcanzar la ciudad) y de la gran cantidad de barcos que arribaba a Zaiton (tal vez la moderna Amoy), el puerto de la provincia. En Zaiton cada año se almacenaba una cantidad de pimienta cien veces mayor que la recibida por la Cristiandad íntegra por medio de los puertos levantinos. De Indochina y de las Indias llegaban especias, áloe, sándalo, nuez moscada, nardo, ebonita y riquezas sin cuento. Grandes juncos cargaban estos productos, junto con almizcle del Tibet y fardos de seda de todas las ciudades de Mansi,* y zarpaban rumbo al archipiélago de las Indias Orientales las velas hinchadas por las brisas perfumadas de especias hasta llegar a Ceilán. Allí, los mercaderes de Malabar y de las grandes ciudades comerciales de la India meridional embarcaban sus cargas y luego las vendían a los mercaderes árabes, quienes a su vez las transferían a los venecianos en algunos de los puertos levantinos. Los europeos que visitaron Zaiton y los otros puertos marítimos chinos en años posteriores solían decir que nadie, ni siquiera un veneciano, podía imaginar la multitud de bajeles comerciales que surcaban esos mares del Oriente y que colmaban aquellos puertos chinos.[1] También estaban de acuerdo en afirmar que Kinsai era, sin lugar a dudas, la ciudad más bella, rica y noble del mundo. Para los habitantes de Kinsai, Venecia habría sido un mero suburbio, y el Levante, un corral. El Oriente íntegro era su ámbito comercial, y su riqueza y su civilización ya eran viejas cuando Venecia era apenas un puñado de chozas de barro habitado por pescadores.

* Mansi o Manji era China meridional y Catay era China septentrional; el límite entre ambas corría a lo largo del río Hoang-Ho al este y por el límite meridional de Shen-si al oeste.

Pero las maravillas y bellezas de Kinsai no eran únicas ni se hallaban exentas de rivales, pues a tres días de camino —también sobre el gran canal— estaba emplazada Sugui que ahora se llama Suchow, con su perímetro de alrededor de cuarenta kilómetros, con sus enormes multitudes arremolinándose en las calles, sus médicos, sus filósofos y sus magos; Sugui, donde el jengibre era tan abundante que podrían haberse comprado cuarenta libras de esa especia por una moneda de plata veneciana, y donde la seda se manufacturaba en cantidades tan grandes que alcanzaba para vestir a todos los ciudadanos y, aun para abarrotar naves que zarpaban con destino a otras regiones; Sugui, en cuya jurisdicción se hallaban dieciséis ricas ciudades en las que florecían el comercio y el arte. Si no hubiérais conocido Hangchow, habríais dicho que ninguna ciudad del mundo, ni siquiera Venecia o Constantinopla, merecía ser nombrada a la par de Sugui. Por cierto, hasta los chinos mismos, al contemplar las riquezas y la hermosura de esas dos ciudades dudaban de que inclusive las placenteras cortes celestiales pudieran igualarlas, y citaban orgullosamente el proverbio:

Shang yeu t'ien t'ang,
*Hia yeu Su Hang.** [18]

En el año 1268, Kinsai presumiblemente no se preocupaba por los venecianos, y Venecia ignoraba por completo que existiera semejante ciudad más allá de donde sale el sol. Sin embargo, ese año se hallaba en la ciudad de las lagunas, presenciando el mismo desfile de las guildas que

* Es verdad que hay un Paraíso en lo alto,
pero aquí abajo tenemos a Hang y a Su.

contemplaba Canale, un muchacho destinado a vincularlas para siempre en la mente de los hombres: era un adolescente delgado, de catorce años, llamado Marco Polo, que no cesaba de gastar sus suelas en los muelles y de importunar a los navegantes extranjeros para que le narraran historias de comarcas lejanas; escuchaba con ansiedad todo cuanto podían decirle y lo retenía en su activa memoria, pues su curiosidad era insaciable; pero las narraciones que siempre escuchaba con más atención eran las que se referían a los tártaros.

En esa época, los tártaros estaban en el apogeo de su poderío tanto en el oeste como en el este: desde Pekín gobernaban todo el norte de China, Corea, Mogolia, Manchuria y Tibet, y recibían tributos de Indochina y Java. Se habían extendido en el Asia Central y dominaban en Turquestán y en Afganistán. La Horda de Oro imperaba en el Cáucaso, en gran parte de Rusia y en algunas zonas de Siberia; había tártaros en el gobierno de Persia, de Georgia, de Armenia y de parte del Asia Menor. En el año 1259, cuando murió el Gran Kan Mangu, un imperio se extendía en Asia y Europa, desde el río Amarillo hasta el Danubio. Con anterioridad, en el mundo no hubo nada igual, y posteriormente tampoco volvió a existir nada comparable hasta que se estableció el Imperio Ruso de la época moderna. Hacia 1288 ya estaba comenzando a dividirse en los cuatro reinos de China, Asia Central, Rusia y Persia, pese a que aún estaba integrado por un único pueblo.

Ahora bien, en aquella época, la actitud del Occidente respecto a los tártaros era muy sugestiva. Al principio los temía, pues los consideraba un nuevo azote de Dios, similar a Atila y sus hunos: los tártaros arrollaron Polonia, saquearon

Hungría y aparentemente estaban a punto de irrumpir en Occidente como en una inmensa marea y de anegarlo por completo. Luego el flujo retrocedió, gradualmente el Occidente perdió su asombro y su terror y, lleno de esperanzas, comenzó a considerar a los tártaros posibles aliados contra los musulmanes, sus inveterados enemigos. Los cristianos del Occidente sabían que los tártaros habían abatido el poder musulmán a lo largo y a lo ancho de Asia, y sabían, asimismo, que no tenían creencias religiosas bien definidas y que se interesaban en todas las doctrinas que les salieran al paso. El Occidente poco a poco se convenció de que era posible convertir a los tártaros al cristianismo y de que podían luchar unidos en torno de la Cruz, contra la odiada Media Luna. En aquella época comenzó a difundirse la extraña leyenda del Preste Juan, un rey - sacerdote cristiano, que gobernaba en alguna región ubicada en el corazón del Asia; y por cierto, en aquel tiempo subsistían en el Asia Oriental unos pocos y reducidos grupos de cristianos nestorianos.[14] Los monarcas del Occidentes y los Kanes tártaros empezaron a intercambiar embajadas; además, en esa época también se inició una notable serie de misiones integradas por frailes franciscanos, cuya meta era Tartaria; en realidad estos sacerdotes no solo eran misioneros sino también etnólogos y geógrafos natos, y nos han dejado inapreciables informes sobre las comarcas que visitaron. En el año de gracia de 1268 se conocían muchos pormenores sobre el Asia Central, pues en 1245 el Papa había enviado a esas tierras al fraile italiano Juan de Plano Carpini, y en 1251, Luis, el Santo, rey de Francia, había enviado a otro fraile, un flamenco francés llamado Guillermo de Rubruck.

Ambos llegaron hasta un punto tan distante como Karakorum, campamento tártaro ubicado en

los confines de la China septentrional; aunque sin internarse en la China misma. A su regreso pudieron contar innúmeros relatos sobre los conquistadores nómades, que transportaban sus tiendas en carromatos y bebían leche fermentada de yegua; también estuvieron en condiciones de referirse a la grandeza del Kan, a la bienvenida que tributó a los extranjeros que procedían del Occidente y al interés con que escuchó sus prédicas.[18] Esas narraciones ya estaban muy difundidas y Marco Polo tiene que haberlas escuchado.

Marco Polo siempre estaba hablando de los tártaros, siempre estaba solicitando informes acerca de ellos y, por cierto, su interés estaba justificado. Esto —como ya hemos dicho— sucedía en el año de gracia de 1268, y ocho años antes —quince según algunos— Nicolo Polo, su padre, y su tío Maffeo habían desaparecido en Tartaria. Eran ricos mercaderes que contaban con un barco propio para comerciar con Constantinopla, y en esa ciudad habían decidido correr una aventura comercial en el territorio de la Horda de Oro, que se extendía hacia el Norte del Mar Negro. Por lo tanto, habían navegado hasta Crimea, donde tenían una casa de cambio —en Soldaia—, llevando consigo valiosas joyas —pues se dedicaban a ese comercio—, y desde Soldaia habían partido a caballo con el propósito de visitar al Kan de los tártaros occidentales. Eso era todo cuanto sabían los venecianos, porque desde Soldaia habían llegado noticias de tal empresa; pero los aventureros nunca habían regresado. Y Marco, cuando correteaba por los muelles, tomaba de la manga a los marinos y les hacía preguntas sobre aquellos jinetes salvajes que bebían leche de yegua y tenían magos y hatos de ganado; entretanto, se preguntaba qué habría sido de su padre y de su tío, y si estarían muertos y perdidos para siempre en la

desolada Tartaria. Pero, mientras Marco inquiría y gastaba sus suelas en los muelles, mientras el dux Tiépolo presenciaba el desfile de las guildas y Canale, el escribiente, sumaba el dinero que había ingresado en concepto de impuestos aduaneros o escribía la historia antigua de los venecianos, en ese mismo momento los dos Polo marchaban lenta y trabajosamente, a través de las montañas del Asia Central, con una caravana de mulas y camellos, y se acercaban a la dorada Samarcanda con sus bazares rebosantes, aproximándose más y más al Occidente: al año siguiente —1269— llegaron a Acre; ahí se embarcaron rumbo a Venecia y por fin estuvieron de regreso.

Los viajeros estaban en condiciones de contar una historia insólita, mucho mejor y más insólita que cualquiera de las narraciones que el muchacho delgado y curioso escuchaba en los muelles.

Los Polo habían vendido con rapidez sus joyas y habían pasado un año en el campamento del Kan de la Horda de Oro en Kipchak, a orillas del caudaloso río Volga; pero luego estalló una guerra entre ese jefe y el Kan que gobernaba en el Kanato persa, y esa circunstancia les cortó el camino de regreso. Pero evidentemente la curiosidad de Marco era hereditaria: y jamás un veneciano fue remiso para conocer tierras extrañas y para buscar nuevas posibilidades comerciales; así pues, los Polo decidieron seguir avanzando y visitar al Kan de Asia Central o Chagatai, y regresar, tal vez, a Constantinopla por alguna ruta poco frecuentada. Marcharon trabajosamente a través de llanuras solo pobladas por los tártaros nómades y sus rebaños, hasta que, por último, llegaron a la noble ciudad de Bucara. Deben de haber seguido el curso del río Oxo y, si invertimos la maravillosa descripción que del curso de

ese río hizo Matthew Arnold en *Sohrab y Rustum*, tendremos un esquema del viaje de los Polo:

Pero el majestuoso río proseguía su curso
más allá de la niebla y del susurro de esa tierra baja
penetrando en la helada luz de las estrellas: se movía
alegre a través de las calladas soledades de Chorasmian
bajo la luna solitaria; fluía en dirección a
la estrella polar, más allá del Orgunje,
desbordante, luminoso y plateado; entonces
las arenas comenzaron a rodear su trayecto líquido
y estancaron su curso y dividieron sus corrientes,
pues por espacio de muchas leguas
el obstaculizado e interrumpido Oxo lucha
a través de bancos de arena e islas de arbustos espinosos . . .
y, olvidando la radiante presteza que tenía
en su elevada cuna montañosa del Pamir,
se convierte en embotado vagabundo sin destino,
hasta que por fin
se escucha el ansiado estruendo de las olas, y ancho
se abre su luminoso aposento de aguas,
y las estrellas que acaban de bañarse en él
emergen y brillan sobre el mar de Aral.

Tres años permanecieron los Polo en Bucara, hasta que sucedió que un día llegó a la ciudad, en su viaje de regreso, una embajada que después de cumplir una misión en el Kanato de Persia, retornaba a la sede del Gran Kan Kublai, que gobernaba en la lejana China y a quien todos los jefes tártaros debían fidelidad. Al jefe de la embajada le asombraron el talento y la simpatía de los hermanos (quienes se expresaban ya con bastante soltura en la lengua tártara) y los convenció para que lo acompañaran en su trayecto de regreso a fin de presentarlos al Gran Kan, quien nunca había puesto los ojos en un hombre del Occidente y que —según aseguró el legado— los recibiría magnánimamente. No habrían sido venecianos si hubieran rechazado tal oportunidad y, llevando consigo a sus servidores venecianos, durante un año viajaron con la embajada tártara a

través del corazón de Asia, hasta llegar a la corte del Gran Kan Kublai. Muchos años más tarde, el mismo Marco describió la recepción que les tributaron, tal como la había recogido de labios de los viajeros:

"Al ser presentados al Gran Kan Kublai, los viajeros fueron recibidos por él con la condescendencia y afabilidad propias de su carácter y, como eran los primeros latinos que hacían su aparición en aquella comarca, fueron agasajados con banquetes y honrados con otras muestras de deferencia. Afablemente el Gran Kan Kublai entabló conversación con ellos, demostró interés en informarse sobre las comarcas occidentales del mundo, sobre el emperador de los romanos y sobre los demás reyes y príncipes cristianos... y, en especial, les formuló preguntas sobre el Papa, sobre los asuntos de la Iglesia y sobre el culto y las doctrinas religiosas de los cristianos. Como eran hombres instruidos y discretos, los Polo respondieron a todas sus preguntas con conceptos muy acertados y, además, como estaban muy familiarizados con la lengua tártara, siempre se expresaban correctamente, de modo que el Gran Kan llegó a profesarles gran estima y a menudo solicitaba su presencia."[18]

Por fin, el Gran Kan decidió enviar de regreso a su patria a estos dos inteligentes extranjeros a fin de que se desempeñaran como embajadores personales suyos ante el Papa; el Gran Kan deseaba que cien eruditos predicaran e instruyeran a sus tártaros; además, quería un poco de aceite sagrado de la lámpara que ardía sobre el sepulcro de Cristo, en Jerusalén. El Gran Kan entregó a los Polo una tablilla honorífica de oro, a modo de pasaporte, que les aseguraría hospedaje y facilitaría su itinerario de ciudad en ciudad en todos sus dominios; iniciaron así, una vez más, el

viaje de regreso rumbo a su patria. Pero se retrasaron a causa de los peligros y las dificultades del viaje, "el frío intenso, la nieve, el hielo y las inundaciones de los ríos", de modo que transcurrieron tres años antes de que pudieran llegar a Acre, en abril de 1269. En esa ciudad se enteraron de que el Papa había muerto el año anterior y de que aún no se había elegido a quien habría de sucederle; por eso, como no podían cumplir su misión inmediatamente, decidieron visitar su hogar; en consecuencia, regresaron a Venecia. Allí supo Nicolo que su mujer —que aún estaba encinta cuando él partió— había muerto, dejando un hijo, Marco, nuestro joven frecuentador de los muelles.

Esta es la maravillosa historia que Marco recibió de labios de su padre y de su tío, recién recuperados; no obstante, aún habrían de suceder nuevos prodigios. Los venecianos permanecieron dos años en su ciudad, aguardando que se eligiera un nuevo papa a fin de entregarle las cartas del Gran Kan; pero la elección no se efectuaba y, por último, como temían que Kublai pudiera sospechar que lo habían engañado, los Polo resolvieron regresar al Oriente, y en esa oportunidad llevaron consigo a Marco, que era ya un fornido muchacho de dieciséis o diecisiete años, más lúcido y serio de lo que suelen ser los jóvenes a esa edad y cuyos ojos brillantes todo lo observaban y al mismo tiempo lo comprendían todo. Pero cuando llegaron a Ayas, en el golfo de Scanderoom, recibieron la noticia de que se acababa de elegir Papa a Teobaldo de Piacenza, quien ascendió al trono pontificio con el nombre de Gregorio X; y como Teobaldo ya se había interesado en la misión de los Polo, los venecianos regresaron aprisa a Acre, donde obtuvieron cartas del Supremo Pontífice destinadas al Kan; ya habían vi-

sitado Jerusalén y se habían procurado un poco de aceite sagrado y, si bien no pudieron reunir los cien eruditos solicitados por el Kan, el Papa por lo menos les facilitó dos frailes dominicos, "hombres sabios y letrados y teólogos profundos", y así, en noviembre de 1271, volvieron a partir de Acre. Los dominicos quizá hayan sido teólogos profundos pero, como aventureros, eran un tanto pusilánimes, y cuando les llegó el rumor de que la región de Armenia —por la que tenían que pasar— estaba en guerra, transfirieron prontamente sus cartas a los venecianos, solicitaron protección a los templarios y corrieron hacia la costa y hacia la seguridad tan rápido como les fue posible, dejando que los Polo, "firmes frente al peligro y las dificultades, a las que estaban avezados desde hacía tiempo", prosiguieran el viaje solos. Sin duda San Francisco canta victoria ante Santo Domingo en algún lugar de la Corte Celestial; sus frailes nunca se preocupaban por sus pellejos cuando viajaban alegremente soportando los calores de la India o el frío del Asia Central, y es fácil imaginar los comentarios del obeso Guillermo de Rubruck con respecto a la huida de los dos profundos teólogos.

El relato de este segundo viaje de los Polo puede leerse en el admirable libro que Marco compuso posteriormente para describir las maravillas del mundo. Partieron de Lajazzo, atravesaron Turcomania, dejaron atrás el Monte Ararat, donde Marco oyó decir que estaba el Arca de Noé y donde también tuvo noticias, por primera vez, de los manantiales de petróleo de Bakú y de la existencia de un gran mar interior, el Caspio. Pasaron por Mosul y Bagdad, atravesaron Persia, donde se tejían brocados y adonde los mercaderes llevaban caravanas y caravanas cargadas de tesoros, y llegaron a Ormuz, sobre el golfo Pérsico, a cuyo

puerto arribaban los navíos de la India, abarrotados de especias, drogas, maderas perfumadas, joyas, telas de oro y colmillos de elefante. Tenían intención de embarcarse en ese punto, pero desistieron de hacerlo porque acaso los débiles y desguarnecidos navíos con que los árabes desafiaban los peligros del océano Índico no les inspiraron excesiva confianza. Así, pues, volvieron a encaminarse hacia el norte, dispuestos a proseguir por vía terrestre. Atravesaron el desierto de sal de Kermán por Balk y Khorassan hasta llegar a Badakhshan, donde había caballos que descendían de Bucéfalo, el corcel de Alejandro Magno, y minas de rubíes y lapislázuli. Es una comarca singularizada por hermosas montañas y extensas llanuras, que posee excelente caza y cursos de agua que abundan en truchas; en esa región los hermanos Polo permanecieron casi un año, pues el joven Marco se había enfermado al pasar por las calurosas planicies; un soplo de aire de montaña alienta en el paisaje en que describe cómo el aire puro le hizo recobrar la salud. Cuando estuvo restablecido, prosiguieron el viaje y, remontando el curso superior del Oxo, llegaron a la meseta de Pamir —"el techo del mundo", como se la llama actualmente— en donde reina un frío glacial; allí Marco vio y describió los grandes carneros con cuernos que los cazadores y hombres de ciencia aún llaman en su honor Ovis Poli; esta región no volvió a ser descrita por ningún otro viajero —excepto Benedict Goes, hacia 1604— hasta 1838, año en que fue recorrida por el teniente John Wood, de la marina de la India.

Los Polo luego descendieron hasta Kashgar, Yarkand y Khotan, zonas ricas en jade que ningún viajero volvió a visitar hasta 1860. Desde Khotan se abrieron camino hasta las inmediaciones del Lago Lob, que no fueron holladas nuevamente

hasta 1871, año en que llegó a ellas un explorador ruso

Los Polo hicieron alto en ese punto para cargar asnos y camellos con provisiones, y luego, con el corazón en la boca, iniciaron el terrible itinerario de treinta días a través del desierto de Gobi

Marco nos ofrece una vívida descripción de los espantosos prodigios que le salieron al paso: voces que parecen llamar al viajero por su nombre, cabalgatas fantasmas que de noche lo perturban para desviarlo del camino, espíritus que pueblan el aire con rumores de música, tambores gongos y entrechocar de armas; en una palabra todos los espejismos que los seres humanos han escuchado, visto y temido en todos los desiertos y en todas las épocas.

Esto, ¿qué puede ser? Mil fantasías
llegan a agolparse en mi recuerdo,
formas que llaman, espantosas sombras que hacen señas,
y lenguas etéreas que silabean los nombres de los hombres
en arenas y costas y en el desierto erial.*

Por último, llegaron sanos y salvos a Tangut, en el confín noroeste de China, y costearon la frontera a través de las grandes estepas de Mogolia; allá les dio la bienvenida la gente del Kan que había sido enviada para recibirlos a una distancia de hasta cuarenta días de viaje; por fin se presentaron ante el Kan en mayo de 1275, al cabo de tres años y medio de viaje.

El Gran Kan los acogió amablemente, escuchó con atención el informe que le presentaron sobre su misión, elogió su celo y fidelidad y recibió con reverencia el aceite sagrado y los presentes del Papa. Luego advirtió la presencia de

* Cita tomada del *Comus* de John Milton. (*N. del R.*)

Marco —quien sin duda ya era un "joven cortés y bastante bien parecido— y preguntó quién era; respondió Nicolo: "Señor, éste es mi hijo, vuestro servidor", a lo que el Kan replicó: "Sea bienvenido, esto me complace mucho", e incluyó a Marco en su séquito personal. Fue ese el punto de partida de una larga y estrecha vinculación, pues Kublai Kan pronto descubrió que Marco Polo era discreto e inteligente y empezó a encomendarle diversas misiones. Marco, por su parte, advirtió que el Gran Kan siempre estaba deseoso de conocer las modalidades y costumbres de las muchas tribus sobre las que ejercía su Imperio.

Kublai disponía en grado sumo de esa noble curiosidad que es el germen de la sabiduría, y le fastidiaba sobremanera que sus legados, hombres excelentes y muy escrupulosos, se dedicaran solo a los asuntos que les habían encomendado, sin mirar a derecha ni a izquierda y sin haber observado nunca, probablemente, que entre las tribus aborígenes llamadas Miaotzu que habitaban en las colinas del interior prevalecía la interesante y singular costumbre de la *couvade:*

> Los chinos van a acostarse
> Y yacen en el lecho en lugar de sus mujeres[18].

"El príncipe, por consiguiente —dice Marco—, consideraba que sus legados eran necios y tontos, y solía exclamar: 'Me complacería mucho más oíros hablar de las modalidades y rarezas de las diferentes comarcas que habéis visto en lugar de que me habléis solo de los asuntos que habéis ido a resolver' ". Pero el veneciano, que desde niño había escuchado a los atezados marinos del Rialto, estaba habituado a proceder de modo muy distinto. Aprendió con suma rapidez varias de las lenguas que se hablaban habitualmente en el imperio del Gran Kan. Veamos cómo describe Mar-

co Polo los procedimientos que utilizaba cuando cumplía misiones en territorios extranjeros:

"Como sabía que al Gran Kan le complacía escuchar informes en los que se expusieran aspectos nuevos y desconocidos de las costumbres y modalidades de los pueblos y de [illegible] des de comarcas distantes, tra[illegible] dondequiera que iba, de obtener informes verídicos sobre esos asuntos y tomaba nota de to[illegible] lo que [illegible] escuchaba a fin de satisfacer la [illegible] de su amo. En resumen, durante lo[s] diecisiete años que estuvo a su servicio llegó a ser tan útil que le fueron encomendadas misiones confidenciales en todo el Imperio y en sus dependencias; algunas veces viajaba también por cuenta propia, pero siempre con el consentimiento del Gran Kan y con la ratificación de su autoridad. En tales circunstancias fue cuando Marco Polo tuvo oportunidad de enterarse —ya sea que recogiera sus datos personalmente, sea que los obtuviera de otras personas— de muchísimas cosas hasta entonces desconocidas, con respecto a las regiones orientales del mundo, informes que diligente y habitualmente asentaba por escrito . . . Y así obtuvo tantos honores que provocó los celos de otros funcionarios de la corte." [19]

No es extraño entonces que, cuando el muchacho regresó por vez primera con sus informes, el Gran Kan y sus cortesanos se maravillaran y exclamaran: "Si este joven vive, sin duda ha de llegar a ser una persona de gran mérito y habilidad".

En el transcurso de sus varias misiones oficiales, Marco Polo recorrió las provincias de Shansi, Shensi y Szechuen, costeó la frontera del Tibet hasta Yunnan y se internó en Birmania septentrional y tierras que no fueron exploradas nuevamente por los occidentales hasta después de 1860

Durante tres años fue gobernador de la gran ciudad de Yangchow, que tenía veinticuatro poblaciones en su jurisdicción y estaba colmada de comerciantes y fabricantes de armas y de equipos militares.[20] Visitó Karakorum, la antigua capital tártara —en Mogolia— y pasó tres años en Tangut con su tío Maffeo. En otra oportunidad se trasladó a la Cochinchina en cumplimiento de una misión y viajó por mar hasta los estados meridionales de la India; nos ha dejado una vívida descripción de las grandes ciudades comerciales de Malabar. Por cierto, podría haber reflexionado como Ulises:

He llegado a tener nombradía
por errar siempre con corazón hambriento.
Mucho he visto y conocido: ciudades de hombres,
costumbres, climas, gobiernos y comarcas,
Y yo mismo no inferior, sino honrado por todos.*

Marco Polo describe la gran capital Cambaluc (Pekín) en el norte y la hermosa Kinsai (Hangchow) en el sur; describe también el palacio de verano del Kan ubicado en Shandu, con sus bosques y jardines, su palacio de mármol, su pabellón de bambú que estaba suspendido —como si fuera una tienda— de doscientos cordeles de seda, su caballeriza de yeguas blancas y sus prodigiosos magos. Sin duda, el pasaje de su obra más conocido por los lectores ingleses es la descripción del palacio de verano, pues Shandu es Xanadu, que Coleridge vio en un sueño después de haber leído el libro de Marco, asimilándolo a un maravillo poema:

En Xanadu, Kublai Kan
dispuso la erección de un majestuoso palacio,
por donde corría el sagrado río Alph

* Cita tomada de *Ulysses*, θ, de Tennyson. (*N. del R.*)

a través de cavernas inconmensurables para el hombre
hasta llegar a un penumbroso mar.
Y había jardines resplandecientes con sinuosos arroyuelos
donde florecían [illegible] árboles de incienso.
y allí había bosques [illegible] como las colinas,
circundando soleados lugares cubiertos de verdor.

Pero Marco Polo no describe solo palacios; también nos habla del intercambio comercial que se desenvolvía en el gran canal y en los ríos continentales de China, de la importación y exportación en sus puertos, del papel moneda y del sistema de postas y caravaneras que unía todos los puntos del territorio. Nos proporciona una imagen insuperada de ese imperio enorme y pacífico, fértil, colmado de riquezas, de sabios y mercaderes, y también nos habla de su gobernante Kublai Kan, uno de los monarcas más nobles entre los que se han sentado alguna vez en un trono y quien, puesto que "la China es un mar que sala todos los ríos que desembocan en él", [illegible] ra mucho más que un bárbaro Kan mogol, pues fue, en verdad, un auténtico emperador chino, cuyo linaje llamado por sus súbditos "dinastía Yuan" se cuenta entre los más notables de China.

Por cierto, lo que vio Marco Polo debe de haber superado a lo que nos cuenta. El tono impersonal de gran parte del libro es su único defecto, pues de buena gana desearíamos conocer más pormenores sobre su vida en la China; hay alguna evidencia de que frecuentó a los conquistadores mogoles más que a los chinos, y de que el chino no figuraba entre las lenguas que aprendió; no menciona algunas costumbres, muy típicamente chinas, tales como comprimir los pies de las mujeres o pescar con cormorones (ambas fueron descritas posteriormente por Odorico de Pordenone); viajó por las zonas dedicadas al cultivo del té en Fo-Kien, pero nunca menciona esta

bebida e inclusive no dice ni una palabra sobre la Gran Muralla.[22] Y, sin embargo, en cierto sentido, qué típicamente europeo es el lucido interés que despierta en él todo lo nuevo e insólito Cuando se refiere a los pacíficos mercaderes y eruditos de Suchow, declara: "Es una casta de individuos pusilánimes, ocupados solamente en su comercio y en sus manufacturas; en estas actividades sin duda despliegan considerable habilidad, y si fueran tan emprendedores, varoniles y belicosos como ingeniosos, su cuantía sería tan prodigiosa que podrían dominar no solo su provincia íntegra, sino también extender su predominio aun más lejos".[23] Casi quinientos años mas tarde encontramos idéntico juicio expresado con otras palabras: "Más valen cincuenta años de Europa que un ciclo íntegro de Catay".* La respuesta es una pregunta: ¿preferiríais ser el chino pusilánime que pintó un paisaje o el europeo audaz, varonil y belicoso del mismo período, cuya empresa más notable en el arte pictórico es un cuadro en el que se reproduce el momento en que Marco Polo se dispone a embarcarse? ¿Qué es la civilización y qué es el progreso? Sin embargo, en su libro se advierte que Marco Polo distaba mucho de tener lucidez solo para captar los cánones de su propia patria y de su propia religión, pues dice refiriendose al Buda Sakyamuni: "si hubiera sido cristiano, habría sido un gran santo de Nuestro Señor Jesucristo"; asimismo, pudo honrar a Kublai como el Gran Kan merecía.

No obstante, aunque Marco Polo demuestra un conocimiento de los chinos más limitado que el que podría esperarse del extraordinario detallis-

* Cita tomada de *Locksley Hall*, 184, de Tennyson. (*N. del R.*)

mo y fidelidad que evidencia en otros aspectos, sin duda debe de haber conocido a muchos integrantes de este encantador y cultivado pueblo en Kinsai, en Cambaluc o en la ciudad a la que gobernó. Entre otros, tiene que haber conocido a Chao Meng-Fu, el gran artista que pintó el paisaje antes mencionado, y a quien los chinos llamaban *Sung hsüeh Tao fen*, o sea "Apóstol de los pinos y de la nieve". Era descendiente directo del fundador de la dinastía Sung y funcionario hereditario. Cuando esa dinastía fue derrotada por los tártaros, él y su amigo Ch'ien Hsüan ("el hombre del Estanque de Jade y del Torrente Bramador") se retiraron a la vida privada. Pero en 1286. Chao Mêng-Fu fue llamado a la corte por Kublai Kan y, con gran indignación de su amigo, regresó y aceptó la secretaría del ministerio de guerra. Mientras desempeñaba ese cargo invertía su tiempo (¡qué habrá pensado de él Marco Polo!) en pintar sus maravillosos cuadros. Llegó a ser uno de los favoritos del Kan y siempre frecuentaba la corte, de modo que Marco Polo debe de haberlo conocido muy bien y acaso lo haya observado cuando pintaba esos incomparables paisajes y esas imágenes de caballos y hombres que le dieron precisamente tanta fama. Marco tenía predilección por los caballos y, por cierto, era aficionado a toda suerte de deportes (disponía de múltiples oportunidades para practicarlos, pues el Kan era gran cazador y halconero); sus palabras nos proporcionan una descripción verbal de las blancas yeguas de cría de Shansi que puede parangonarse con el cuadro de Chao Mêng-Fu *Ocho caballos en el parque de Kublai Kan.*[24] Quizá Marco Polo conoció también a la esposa de Chao Mêng-Fu, la señora Kuan, que pintaba en forma exquisita el grácil bambú y la peonía —que tanto atraían a los artistas chinos— y de quien se

aseguraba que "solía observar las movedizas sombras del follaje dibujadas por la luna en las ventanas de papel y luego transfería al papel los huidizos rasgos con unos cuantos trazos de su flexible pincel, de modo que hasta los fragmentos más diminutos de sus obras eran colocados en álbumes y servían de modelo para que otros los copiaran".[25] Chao Meng-Fu y la señora Kuan tenían un hijo, llamado Chao Yung, que nos interesa especialmente, pues reprodujo en un cuadro a un cazador de Tangut, y Marco Polo también nos proporciona una descripción de los jinetes tártaros y de la provincia de Tangut, donde vio y describió el almizclero y el yak.[26]

Pero debemos volver a la historia de los Polo en China. De vez en cuando, en su libro Marco Polo también nos habla de su padre y de su tío, quienes recorrían el imperio enriqueciéndose gracias a sus transacciones comerciales y acumulando gran cantidad de esas joyas cuyo valor eran capaces de estimar con tanta exactitud.

Inclusive a veces ayudaban al Kan a someter a alguna ciudad rebelde, y con ese fin construían máquinas de sitio según el modelo europeo, pues los Polo por algo eran venecianos habilidosos y se daban maña para hacer cualouier cosa. [27] Indudablemente estaban orgullosos de su Marco, el jovenzuelo preguntón que se había transformado en un hombre tan prudente y observador y que había alcanzado una posición tan encumbrada. Diecisiete años permanecieron los tres Polo en China al servicio del Kan; largos meses transcurrieron hasta que por fin empezaron a sentir nostalgias y quisieron ver una vez más a Venecia y las lagunas y volver a oír misa debajo de la majestuosa cúpula de San Marcos, antes de morir. Por añadidura, el favor que siempre les dispensó Kublai Kan había suscitado celos en sus allegados y, co-

mo el monarca estaba envejeciendo, los Polo temían lo que podría suceder cuando muriera. Pero el anciano Kan se mantuvo inflexible a todos los ruegos: tendrían todas las riquezas y honores que solicitaran, pero no les permitiría que se marchasen. Sin duda podrían haber muerto en China y nosotros, los occidentales, nunca habríamos tenido noticias de Marco Polo o de Kublai Kan, si un mero azar, una circunstancia fortuita no les hubiera brindado la oportunidad que les hacía falta. En 1286 murió Bolgana, la esposa favorita de Arghun el Kan de Persia, quien, cumpliendo el último deseo de su mujer, envió embajadores a la corte de Pekín, para que solicitaran otra esposa de la misma tribu mogol a la que pertenecía Bolgana. Regresar por las rutas terrestres era peligroso, pues había estallado una guerra y, por consiguiente, los embajadores decidieron que retornarían por vía marítima. Precisamente en ese momento Marco Polo volvía de un viaje —que le había sido encomendado por Kublai— y se refirió con tanta decisión a la facilidad con que lo había hecho, que los tres embajadores concibieron el firme deseo de llevarse consigo a esos tres hábiles venecianos que, al parecer, sabían tanto del arte de navegar. Fue así como el Gran Kan se vio obligado, aunque de mala gana, a dejarlos partir.

A principios de 1292 y en el activo puerto de Zaiton se hicieron a la mar en catorce grandes juncos chinos (que Marco describe con tanta exactitud al tratar sobre la navegación en los mares de la India y de la China),[28] en compañía de los tres embajadores, de la princesa, hermosa muchacha de diecisiete años —*moult bele dame et avenant*, dice Marco que tenía buen ojo para las mujeres bonitas—, y de un nutrido séquito de servidores. Una de las versiones del libro de Marco

añade que también llevaron consigo a la hija del rey de Mansi, una de esas princesas Sung que en días más felices habían correteado junto al lago, en Hangchow, y que, sin duda, habían sido criadas en Cambaluc, al cuidado de Jamui, la reina favorita de Kublai Kan. El viaje fue largo y difícil. Tuvieron que soportar prolongadas demoras en Sumatra, Ceilán y la India Meridional, que Marco aprovechó para estudiar las cartas marinas de las costas de la India que le mostraron los pilotos árabes, y para ampliar sus conocimientos sobre esas regiones que ya había visitado. Por lo tanto, los juncos tardaron más de dos años en llegar a Persia; en el camino murieron dos de los tres embajadores y muchos miembros del séquito. Al arribar se enteraron de que en el ínterin también había muerto Arghun, el presunto esposo, dejando el trono a un hijo de corta edad, en cuyo nombre gobernaba un regente.

Por consejo de ese regente, los Polo solucionaron adecuadamente el problema transfiriendo a la princesa al nuevo monarca, y Marco y su tío puntualmente la entregaron al príncipe que estaba en la provincia de Timochain, donde Marco Polo observó que las mujeres eran, a su parecer, "las más hermosas del mundo", donde se erguía el famoso y solitario *arbor secco* y donde la gente todavía contaba historias del gran Alejandro y de Darío. En Timochain se despidieron de la princesa, que en el transcurso del largo viaje había llegado a quererlos como se quiere a un padre —así asegura Marco— y lloraron amargamente cuando se separaron. Cuando aún estaban en Persia (después de entregar a la princesa se quedaron nueve meses en ese país), los Polo recibieron la noticia de la muerte del Gran Kan, a quien habían servido con tanta fidelidad y durante tanto tiempo. Kublai murió a la avanzada edad de

ochenta años, y a su muerte una sombra cayó sobre el Asia Central, oscureciendo los resplandecientes techos amarillos de Cambalue.

las áridas llanuras de Sericana
por donde los chinos conducen
con velas y con viento
sus ligeros carritos de caña,*

los alminares de Persia y las tiendas de los indómitos tártaros de Kipchak que galopaban en las estepas rusas. Tanto se había extendido el poder de Kublai Kan. Una sombra cayó también sobre el corazón de Marco Polo: era como si una puerta se hubiera cerrado tras él para nunca más volver a abrirse. "En el curso de su travesía —dice— nuestros viajeros recibieron noticias de que el Gran Kan había abandonado esta vida, y ese hecho ponía fin a toda esperanza de volver a visitar aquellas regiones." Prosiguieron la marcha hacia Venecia, pasando por Tabriz, Trebizonda y Constantinopla; y allí se embarcaron rumbo a la ciudad de las lagunas a fines de 1295.

Nos ha sido transmitida una extraña y maravillosa leyenda sobre el retorno de los Polo. "Cuando llegaron allá —dice Ramusio, que editó el libro de Marco Polo en el siglo XV—, les aconteció lo mismo que a Ulises, a quien nadie reconoció cuando regresó a su nativa Itaca después de veinte años de peregrinaje." Cuando golpearon a la puerta de la casa de los Polo, vestidos con sus extraños trajes tártaros, nadie los reconoció, y ellos tuvieron gran dificultad para convencer a sus parientes y conciudadanos venecianos de que eran realmente aquellos Polo que, se-

* Citado del *Paraíso perdido*, III, 438, de Milton. (*N. del R.*)

gún se creía, habían muerto hacía tantos años. De acuerdo con el relato, demostraron su identidad en forma satisfactoria, apelando al recurso de invitar a todos sus parientes a un gran banquete: a medida que se iban sucediendo los platos, se ponían trajes progresivamente más suntuosos, hasta que, por último, trajeron sus gruesos chaquetones tártaros y, al rasgar las costuras y el forro, "se desparramaron innumerables piedras preciosas, rubíes, zafiros, carbunclos, diamantes y esmeraldas que habían sido cosidas en cada chaquetón con gran cuidado para que nadie pudiera sospechar su existencia... La exhibición de ese extraordinario e infinito tesoro de joyas y piedras preciosas que cubría la mesa asombró tanto, una vez más, que todos los presentes quedaron mudos y fuera de sí de sorpresa; y en seguida reconocieron a estos venerados y honrados caballeros, de quienes al principio habían dudado, y los recibieron con extremado honor y reverencia."[20] Desde el siglo XIII hasta la fecha muy poco ha variado la naturaleza humana. Las piedras preciosas son una leyenda, pero los Polo sin duda llevaron muchas, pues eran mercaderes de joyas; habían tenido amplias oportunidades comerciales en China y, además, el Gran Kan los colmó de "rubíes y otras joyas magníficas y de gran valor". Para llevar consigo las riquezas adquiridas lo más conveniente era convertirlas en joyas. Pero el indagador Marco también disponía de otras cosas para satisfacer la curiosidad de los venecianos, como lo insinúa de vez en cuando en su libro. Llevó, por ejemplo, muestras del sedoso pelo del yak de Tangut, que fueron muy admiradas por sus compatriotas; la cabeza y las patas disecadas de un almizclero y semillas de una planta tintórea (índigo, probablemente) de Sumatra, semillas que sembró en Venecia, pero que nunca germinaron, porque

el clima no era suficientemente cálido.[30] También llevó presentes destinados al Dux, pues el inventario, hecho en 1351, de los objetos encontrados en el palacio de Marino Faliero incluye, entre otras cosas, un anillo regalado por Kublai Kan, un collar tártaro, una espada de tres filos, un brocado de la India y un libro "manucristo del susodicho Marco", titulado *De locis mirabilibus Tartarorum*.[31]

El resto de la vida de Marco Polo puede contarse rápidamente. La leyenda refiere que todos los jóvenes venecianos tenían por costumbre acudir a la casa de Polo a fin de escuchar sus relatos, pues ni aun las fábulas que contaban los marineros extranjeros en los muelles —donde en un tiempo había vagabundeado y preguntado sobre los tártaros el adolescente Marco— podían compararse con las leyendas que él mismo narraba en persona; y como siempre estaba hablando de la grandeza de los dominios de Kublai Kan, de los millones de rentas, de los millones de juncos, de los millones de jinetes, de los millones de ciudades y de poblaciones, le pusieron un sobrenombre apodándolo en broma *Marco Milione*, o *Il Milione*, que quiere decir "Marco Millón"; este nombre se deslizó hasta en los documentos oficiales de la República, y el patio de su casa fue conocido con la denominación de *Corte Milione*. Pero debemos abandonar la leyenda y regresar a la historia: la antigua rivalidad entre Venecia y Génova se había acrecentado durante la ausencia de Marco Polo, y no siempre había prevalecido Venecia. A menudo, cuando sus galeras navegaban,

cabeceando profundamente
en dirección a Famagusta y al oculto Sol
que circunda con un lago de fuego la isla del negro
   ciprés . . .
buscando esclavos morenos o naranjas de Siria,

el pirata genovés los atizaba
el infierno hasta abarrotar la bodega
de sangre, de agua, de fruta y de cadáveres.

Por último, en 1298, tres años después del regreso de Marco, una flota genovesa al mando de Lamba Doria zarpó rumbo al Adriático con el propósito de abatir, en su propio mar, el orgullo de Venecia. Los venecianos armaron una gran flota para salir al encuentro de los genoveses, y Marco Polo, el hombre diestro y dotado de un conocimiento tan amplio sobre el arte de navegar —aunque era más hábil con los juncos chinos que con los navíos del Occidente—, fue con ellos comandando una galera. El resultado del encuentro fue una aplastadora victoria obtenida por los genoveses en las cercanías de Curzola. Ardieron sesenta y ocho galeras venecianas y fueron llevados a Génova siete mil prisioneros, entre ellos Marco Polo, quien pudo apreciar así los frutos de esa pujanza, hombría y belicosidad cuya ausencia tanto había desaprobado en los habitantes de Suchow.

Pero pronto empezó a difundirse en las calles y patios de Génova el rumor de que estaba encarcelado cierto capitán veneciano que narraba tan maravillosas leyendas para distraer los ratos de ocio que nadie podía cansarse escuchándolo; inmediatamente los galanes y sabios y las audaces damas de Génova se congregaron —como lo habían hecho antes los hombres del Rialto— para escuchar sus relatos sobre Kublai Kan:

Señor de los frutos de Tartaria
y de sus pálidos ríos argentados;
señor de las colinas de Tartaria,
de sus cañadas, espesuras, bosques y quebradas,
de sus estrellas centelleantes, de sus brisas perfumadas,
de sus lagos ondulantes, similares a mares sin espuma,
de sus toronjales, delicia de los pájaros
de cada valle purpurino.

"Encontrándose el señor Marco en esa situación —dice Ramusio al referirse a la tradición que circulaba en Venecia en su época— y teniendo en cuenta la general avidez con que se escuchaba todo lo concerniente a Catay y al Gran Kan, circunstancia que, sin duda, lo obligaba a repetir todos los días y hasta el cansancio la misma historia, le aconsejaron que la registrara por escrito, y él encontró el medio de hacer llegar a su padre, que se hallaba en Venecia, una carta en la que le solicitaba el envío de las anotaciones y apuntes que había traído consigo al regresar a su patria."

Dio la casualidad de que en la prisión, junto a Marco Polo, estuviera un paisano, autor de narraciones romancescas, llamado Rusticiano,[32] quien probablemente había sido hecho prisionero antes, acaso en la batalla de Melaria (1284), oportunidad en que se llevaron tantos paisanos cautivos a Génova que se popularizó la frase "el que quiera conocer Pisa, que vaya a Génova". Rusticiano escribía muy bien en francés, la lengua *par excellence* de esos relatos, en la que había compuesto algunas versiones de las historias de la Mesa Redonda; Marco Polo dispuso así de un diligente escriba que transcribía su relato tal cual lo contaba, rodeado por la muchedumbre de prisioneros venecianos y de caballeros genoveses que extasiados bebían de sus labios la maravillosa historia de Kublai Kan. Cuando todo estuvo escrito Rusticiano, por mero hábito y a modo de epígrafe, incluyó la misma exhortación que acostumbraba colocar al comienzo de sus leyendas de Tristán y Lancelote y del Rey Arturo, pidiendo a los señores y caballeros del mundo que prestaran atención y escucharan: "Señores míos, emperadores y reyes, duques y marqueses, condes, caballeros y burgueses, y todos aquellos que deseéis

conocer las diversas estirpes humanas y las peculiaridades de las distintas comarcas del mundo, tomad este libro y leedlo, pues en él encontraréis los más extraordinarios prodigios." Y agrega: "Marco Polo, prudente y erudito ciudadano de Venecia, distingue con claridad qué cosas vio y cuáles escuchó de labios de otros, pues este libro debe ser absolutamente verídico." Las verídicas maravillas de Marco Polo eran más asombrosas aún que las hazañas de los caballeros de Arturo y posiblemente se adecuaban mejor a la mediocre pluma de Rusticiano, pues su otro único título de prestigio a los ojos de la posteridad parece ser el hecho de haber omitido en el compendio de la historia de Lancelote el episodio (si así puede llamarse) de los amores de Lancelote y de Guinevere. "¡Desgraciadamente —observa su editor francés— el ejemplar de Lancelote que cayó en manos de la pobre Francesca de Rimini no era uno de los expurgados por Rusticiano!"[33]

Marco Polo fue puesto en libertad (mucho deben de haberlo lamentado en los palacios de Génova) y al cabo de un año regresó a Venecia. Desde entonces su nombre suele aparecer en los archivos venecianos en asuntos de índole legal,[34] en 1305 encontramos al *Nobilis Marchus Polo Milioni* en calidad de aval de un contrabandista de vinos; en 1311 denuncia a un intermediario deshonesto que le debe dinero por la venta de almizcle (él, Marco, había visto al almizclero en su cubil); y en 1323 está mezclado en un litigio por una pared medianera. Sabemos también, gracias a su testamento, que tuvo una esposa, Donata, y tres hijas, Fantina, Bellela y Moreta.

¿Había amado antes, bajo los cielos extraños donde pasó su juventud, a alguna lánguida y exquisita dama china o a alguna bravía doncella tártara? ¿Había sacado provecho de las insólitas

costumbres matrimoniales del Tibet, acerca de las que observa (en uno de sus rarísimos chispazos de humorismo: *En cele contree aurent bien aler les jeune de seize anz en vingt quatre?* ¿Fantina, Bellela y Moreta tenían medios hermanos que cazaban codornices con gerifaltes a orillas del "Lago Blanco", en donde cazaba el Kan, y que contaban leyenda del padre semilegendario, que se marchó para siempre cuando ellos aún eran adolescentes, en tiempos de Kublai Kan?

No podemos saberlo, ni tampoco podemos adivinar si Marco lamentaba que en la ciudad de las lagunas le hubieran nacido solo hijas en lugar de haber engendrado un hijo veneciano que volviera a aventurarse en esas tan lejanas comarcas donde había dejado, seguramente, buena parte de su corazón. Alguna vez, quizá, hablaría de ello con Pedro, su servidor tártaro, a quien al morir libertó "de toda esclavitud, tan completamente como ruego a Dios que libere a mi alma de todo pecado y culpa".

Algunos han supuesto que fue él mismo quien trajo consigo del Oriente a Pedro el Tártaro, y la posibilidad nos complace sobremanera; no obstante, es más probable que lo haya comprado en Italia, pues los venecianos eran inveterados poseedores de esclavos y consideraban que los cautivos tártaros eran los mejores y más vigorosos. Así transcurrió su vida, y en 1324 murió Marco Polo, muy honrado por sus conciudadanos, después de haber hecho un testamento que aún se conserva en la biblioteca de San Marcos.

Un fraile dominico —un tal Jacopo de Acqui— que escribió algún tiempo después, relata un significativo episodio acaecido en su lecho de muerte.

"Lo que contó en el libro —dice Jacopo— no fue todo lo que realmente había visto, y no contó todo a causa de las lenguas de los detractores, que,

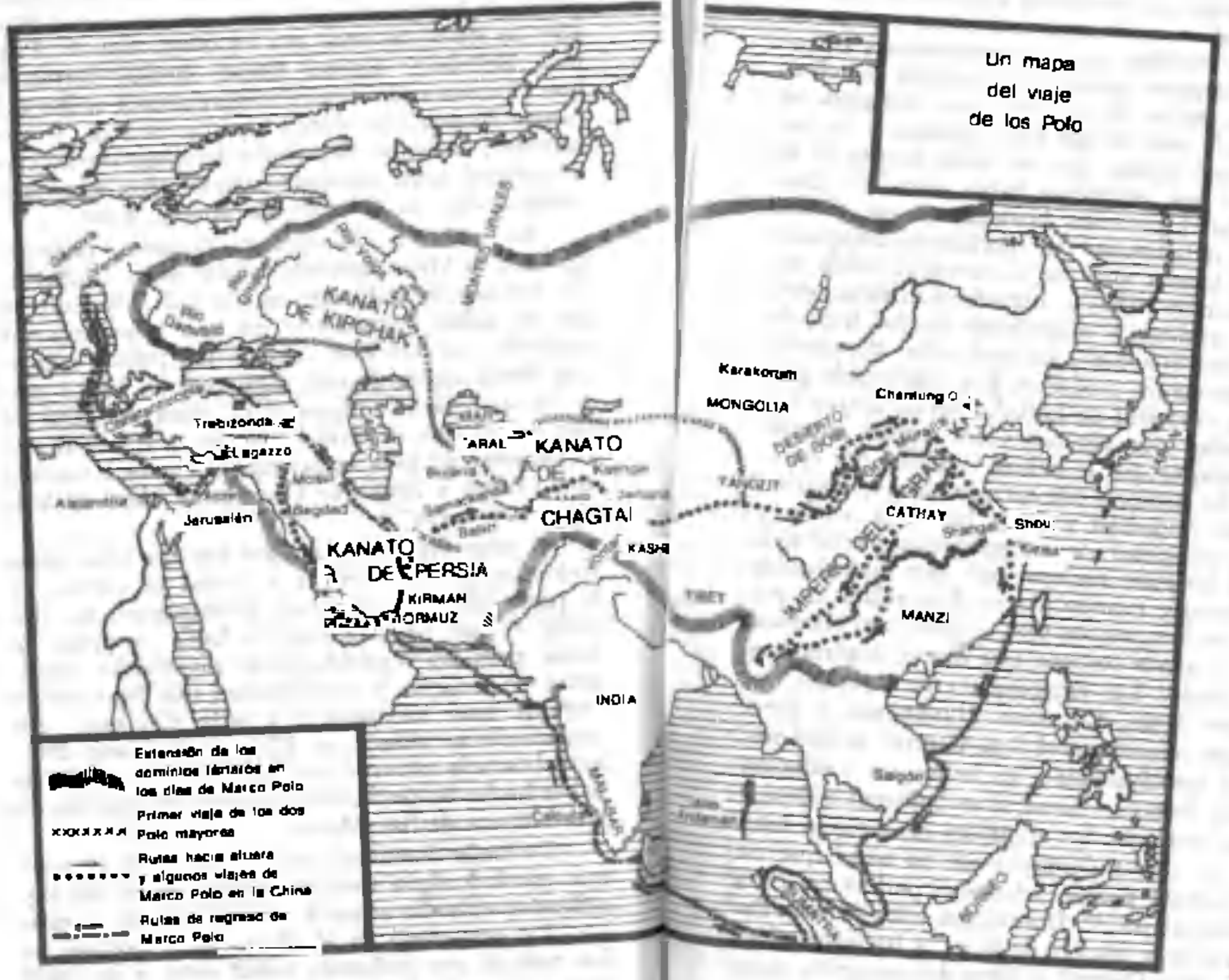

Un mapa
del viaje
de los Polo
KANATO
DE KIPCHAK
Karakorum
MONGOLIA
Chantung
Trebizonda
KANATO
DE
CHAGTAI
TANGUT
CATHAY
IMPERIO DEL GRAN KAN
KANATO
DE PERSIA
KIRMAN
ORMUZ
MANZI
TIBET
INDIA
Jerusalén
Bagdad
Alejandría
Saigón
BORNEO
Extensión de los dominios tártaros en los días de Marco Polo
Primer viaje de los dos Polo mayores
Rutas hacia afuera y algunos viajes de Marco Polo en la China
Rutas de regreso de Marco Polo

Fig. 1

como siempre, están dispuestos a mentir a los demás, se apresuran a considerar mentiras lo que en su perversidad no creen o no entienden; y como en ese libro hay muchas cosas desmesuradas y extrañas, que sobrepasan toda fe, sus amigos le solicitaron, en su lecho de muerte, que corrigiera el libro, quitando todo lo que no se ajustara a los hechos, a lo cual replicó que no había escrito *ni la mitad* de lo que realmente había visto."[35] ¡Con cuánta claridad podemos imaginamos ese último destello de indignación del moribundo indagador que en los lejanos años de su juventud había tomado notas sobre tribus y costumbres extrañas, destinadas al prudente y magnánimo Kublai Kan, de quien se atrevían a dudar los mediocres! Por cierto, los descubrimientos modernos han confirmado plenamente la exactitud de los informes de Marco Polo. Es verdad que algunas veces repetía algunas fábulas absurdas que le habían contado; por ejemplo, sobre los hombres con cara de perro que vivían en las islas Andamán y sobre las "islas macho y hembra" predilectas de los geógrafos medievales, pero tales historias no eran más que andaluzadas de marineros; y cuando Marco Polo relata lo que ha visto con sus propios ojos, lo hace con absoluta exactitud y nunca sostiene que conoce lugares que no ha visitado. Los exploradores de la época actual, Aurel Stein, Ellsworth Huntington y Sven Hedin, que recorrieron el Asia Central, lo han reivindicado triunfalmente. "Es —dice un inminente historiador francés— como si se hubieran redescubierto de improviso los originales de antiguas fotografías: las añejas descripciones de cosas que no habían variado podían adaptarse perfectamente a la realidad actual."[36] Huntington y Aurel Stein llevaron consigo a manera de guías, a las inaccesibles zonas del Asia Central, el libro del peregrino chino Hiwen Thsang (siglo VII) y la obra de Marco Polo,

y en reiteradas oportunidades pudieron comprobar la fidelidad de sus descripciones

Sin duda, es casi imposible exagerar el alcance de la hazaña cumplida por Marco Polo: pero puede apreciarse mejor a través de las palabras —citadas tan a menudo— de sir Henry Yule, cuya edición del libro del veneciano es una de las más grandes empresas de la erudición inglesa.

"Fue el primer viajero que trazó una ruta a través de la longitud íntegra del [illegible] y describiendo, reino tras reino, lo que había visto con sus propios ojos: el desierto de Persia, las mesetas florecientes y los áridos desfiladeros de Badakhshan, los ríos cuajados de jade de Khotan, las estepas mogoles, cuna de la fuerza que muy poco antes había estado a punto de destruir a la cristiandad, la nueva y brillante corte recientemente establecida en Cambaluc; Hiwen Thsang y Marco Polo fueron los primeros viajeros que descubrieron la riqueza y vastedad de la China, sus ríos caudalosos, sus enormes ciudades, sus ricas manufacturas, su población abigarrada, las flotas inconcebiblemente nutridas que animaban sus mares y sus ríos continentales; los primeros en hablarnos de los pueblos limítrofes, de sus extrañas costumbres y cultos, del Tibet y de sus sórdidos fanáticos; de Birmania, de sus pagodas doradas y de sus cúpulas tintineantes; de Laos, de Siam y de Cochinchina; de Japón, la Thule del Oriente, de sus perlas rosadas y sus palacios con techos de oro; los primeros en hablar de ese Museo de la Hermosura y Maravilla, aún imperfectamente explorado, que es el archipiélago de las Indias, fuente de esas especias tan apreciadas en aquella época y cuyo origen era tan oscuro; de Java, la Perla de las Islas; de Sumatra y de sus numerosos reyes, sus extraños y suntuosos productos y sus razas caníbales; de los salvajes desnudos de Nicobar

y Andamán; de Ceylán, la isla de las Gemas, de su Montaña Sagrada y de la Tumba de Adán; de la grandiosa India que ya no fue encarada como la comarca fabulosa de las leyendas de Alejandro, sino como un país conocido y explorado parcialmente, singularizado por sus virtuosos brahmanes, sus ascetas repulsivos, sus diamantes y las extrañas leyendas sobre su adquisición por sus bancos de perlas y su sol ardiente; los primeros que en los tiempos modernos proporcionaban información precisa sobre el apartado Imperio Cristiano de Abisinia, y los primeros que se refieren, aunque en forma vaga, por cierto, a Zanzíbar, a sus negros y a su marfil, a la inmensa y lejana Madagascar, ubicada en los confines del oscuro Océano del Sur, a su Roc y a otras monstruosidades; así mismo, aludieron a regiones situadas en los confines del mundo completamente opuestos: a Siberia y al Océano Ártico, y hablaron de trineos arrastrados por perros, de osos blancos y de tunguses que cabalgaban renos."[37]

Pues bien, los conocimientos que Marco Polo había llevado a Europa y el intercambio entre el Oriente y el Occidente, cuyas inapreciables ventajas se habían revelado gracias a su experiencia, prosiguieron acrecentándose después de la muerte del viajero veneciano. Tanto los mercaderes como los misioneros se encaminaron hacia el Oriente por mar y por tierra, en dirección a Catay.[38] Otro de esos indomables frailes franciscanos, Juan de Monte Corvino, partió a la edad de cincuenta años y llegó a ser arzobispo de Pekín. En algunas ciudades chinas se fundaron iglesias y conventos franciscanos. Odorico de Pordenone, otro fraile, amén de sagaz observador, zarpó en 1316 y navegó alrededor de la India y a través de las Islas de las Especias, siguiendo la misma ruta marítima que habían recorrido los Polo cuando condujeron a su princesa tártara a Persia; y así, Odorico llegó a Cantón,

"ciudad tan grande como tres Venecias . . . , y toda Italia no tiene la cantidad de artesanías de que dispone esta sola ciudad". Odorico nos ha dejado un magnífico relato de sus viajes por China, en el que se incluyen descripciones de Pekín y de Hangchow, y finaliza su exposición con estas palabras: "En cuanto a mí, día a día me preparo para regresar a aquellas comarcas en las que me agradaría morir, si plugiera a Aquél de quien provienen todas las cosas buenas"; sin duda había dejado allá su corazón, pero murió en Udino (Italia). Más tarde partió otro fraile, Juan Marignolli, que fue legado papal en Pekín desde 1342 hasta 1346.

Pero no solo los misioneros iban a Catay: Odorico, al referirse a las maravillas de Hangchow, para confirmar sus palabras ofrece el testimonio de los comerciantes venecianos que ya la habían visitado: "Es la ciudad más grande del mundo, tan grande, que por cierto no me aventuraría a hablar de ella si no hubiera encontrado en Venecia a mucha gente que ha estado allí"; Juan de Monte Corvino fue acompañado por Pedro de Lucolongo, "un gran mercader", y por su parte Juan Marignolli menciona un *fondaco* creado para los mercaderes cristianos, que dependía de uno de los conventos franciscanos de Zaiton. Pero sobre todo debemos mencionar a Francisco Balducci Pegolotti, ese intrépido agente que estuvo al servicio de la gran casa comercial florentina de los Bardi y que escribió, hacia 1340, un inapreciable manual para uso de los mercaderes; en ese manual da detalladas instrucciones para orientar al mercader que, partiendo de Tana, sobre el Mar Negro, desee llegar a Catay por la ruta terrestre que atraviesa Asia, y luego regresar transportando en su caravana sedas por valor de 12.000 libras esterlinas; al pasar, observa incidentalmente: "El camino que debéis recorrer de Tana a Catay es perfectamente seguro —sea que viajéis

de día, sea que lo hagáis de noche— según afirman los mercaderes que lo han utilizado": *il chanmino dandare dalla Tana al Ghattajo è sichurissimo!* [20] Pensad en lo que esto significa: Marco Polo viajando por lugares que ningún hombre volvió a hollar hasta el siglo XX; las campanas de la Iglesia cristiana tañendo melodiosamente en los oídos del Gran Kan, en Pekín; el largo trayecto a través del Asia Central perfectamente seguro para los mercaderes; la "mucha gente de Venecia" que había transitado por las calles de Hangchow. Y todo esto sucedía a fines del siglo XIII y principios del siglo XIV, en la despreciada y reaccionaria Edad Media. *È sichurissimo!* Le quita algo de su oropel a Colón, a Vasco da Gama y —¡vaya que sí!— a la edad de los "descubrimientos".

Sin embargo, todo cambió a mediados del siglo XIV: sobrevino una vez más la oscuridad y absorbió a Pekín y a Hangchow, a los grandes puertos, a los apiñados juncos y a la noble civilización. Ya no fue *sichurissima* la gran ruta comercial, y los sacerdotes cristianos ya no cantaron sus misas en Zaiton. La dinastía tártara cayó y los nuevos gobernantes de China retornaron a la antigua política antiextranjera; aún más, el Islam extendió sus conquistas en toda el Asia Central y se interpuso como una suerte de valla entre el Lejano Oriente y el Occidente, como un gran muro de intolerancia y de odio, mucho más sólido que la gran muralla de piedra construida en otro tiempo por los chinos para contener a los tártaros. Los portentos de Marco Polo se convirtieron en una mera leyenda, en la fábula de un viajero. Pero el gran aventurero aún no había finalizado su empresa. Casi un siglo y medio después de la muerte de Marco, un capitán de marina genovés se consagraba a leer detenidamente uno de esos libros que hacía tan poco habían comenzado a imprimirse y que la gente empezaba

a comprar y a pasarse de mano en mano. El texto que recorría era una versión latina de los viajes de Marco Polo. Lo estaba leyendo atentamente y, por cierto, con pasión. Mientras leía, escribía notas al margen; y puso notas a lo largo de setenta páginas.[40] De vez en cuando fruncía el entrecejo, tomaba las hojas y releía la historia de aquellos inmensos puertos de Catay y de los palacios con techo de oro de Cipango. Y siempre se preguntaba cómo podría llegarse a esas regiones, pues en ese momento un muro de oscuridad cubría el Asia Central y la anarquía bloqueaba el camino que conducía al Golfo Pérsico. Un día —¿no podemos verlo, acaso?— levantó la cabeza y golpeó con la mano sobre la mesa. Navegaré hacia el oeste —dijo—. Quizá encuentre, en el Océano Occidental, la perdida isla de Antilla y, sin duda, he de llegar a la costa más lejana de Cipango, pues la tierra es redonda y en algún lugar de esos inmensos mares, más allá de la costa de Europa, tiene que estar la rica Catay de Marco Polo. Solicitaré a los reyes de Inglaterra y de España una nave y una tripulación, y la seda, las especias y las riquezas serán de ellos. Navegaré rumbo al oeste —dijo el capitán genovés golpeándose el muslo—. ¡Navegaré rumbo al oeste, rumbo al oeste, rumbo al oeste! Y éste fue el último de los prodigios del *signor* Polo: ¡descubrió la China en el siglo XIII, cuando estaba vivo, y en el siglo XV cuando ya había muerto, descubrió América!

CAPITULO III

MADAME EGLENTYNE

LA PRIORA DE CHAUCER EN LA VIDA REAL

Había también allí una monja, una priora,
de sonrisa muy ingenua y recatada;
su mayor juramento era solo: ¡por San Eloy!
y se llamaba Madame Eglentyne.
Cantaba muy bien el oficio divino,
entonándolo con sonido nasal y muy propiamente,
y hablaba francés con corrección y elegancia,
al modo de Stratford-atte-Bowe.*
pues desconocía el francés de París.
A la hora de comer se advertía que estaba bien educada,
no dejaba caer bocado de los labios,
ni mojaba los dedos en la salsa:
sabía llevarse un bocado y cuidar
de que ni una gota le cayera en el pecho.
En la cortesía cifraba sus delicias.
Limpiaba su labio superior con tanto esmero
que en su copa, después de haber bebido,
no quedaba ninguna huella de grasa.
Muy correctamente se comportaba cuando comía,
y en realidad era muy amable y alegre,
y de agradable presencia;
y se esforzaba en imitar las maneras
de la corte y en exhibir un porte majestuoso,
y en que la consideraran digna de respeto.
En lo tocante a sus prendas morales
era tan bondadosa y compasiva

*En su traducción española de los *Cuentos de Canterbury*, Manuel Pérez y del Río-Cosa señala que en esa localidad próxima a Londres se hablaba un francés que "no era precisamente el más correcto". (*N. del R.*)

que habría llorado si hubiera visto un ratón
cogido en una trampa, muerto o desangrándose.
Tenía perritos que alimentaba
con carne asada o con leche y bollos.
Lloraba am rgamente si alguno de los perritos moría
o si alguien lo castigaba rudamente con una varilla
Era todo sentimiento y tierno corazón
Llevaba su toca plegada con gran primor;
su nariz era bien proporcionada, sus ojos pardos como el
vidrio
su boca pequeñísima, delicada y roja
tenía, por cierto, hermosa frente,
casi de un palmo de ancha, si no me engaño
y apenas llegaba a la estatura ordinaria
muy pulcro era su manto, según observé.
Arrollado al brazo llevaba
un osario d ble de cuentas de coral, con las glorias verdes,
y de él pendía un broche de oro muy brillante
en el que se veía escrita, en primer lugar una A coronada
y a continuación: *Amor vincit omnia!*

GEOFFREY CHAUCER
Prólogo de los *Cuentos de Cantórbery*.

Todos conocen la descripción que hizo Chaucer de Madame Eglentyne, aquella priora que cabalgaba en el camino a Cantórberv con un abigarrado y locuaz núcleo de compañeros. En la galería chauceriana no hay ningún otro retrato que haya dado origen a más diversas glosas de los críticos; uno lo interpreta como un mordaz ataque a la mundanalidad de la Iglesia; otro cree que Chaucer se proponía trazar una pintura encantadora y comprensiva de la gentileza femenina; éste afirma que es una caricatura, aquél que es un arquetipo, y un profesor norteamericano hasta descubre en la figura de la priora un estudio psicológico del instinto maternal reprimido, aparentemente porque a Madame

Eglentyne le gustaban los perritos, y narró un cuento cuyo protagonista es un niño en edad escolar. Al mero historiador puede dispensársele de tomar en serio tales fantasías. Para él, la priora de Chaucer, al igual que el monje o el fraile chaucerianos, debe ser, simplemente, un ejemplo más de la exactitud casi fotográfica de las observaciones del poeta. La ondulada corriente oculta de la sátira está siempre presente, pero se trata de la sátira propia y peculiar de Chaucer: apacible, divertida, sin reproches; es el tipo de sátira más sutil, que no se fundamenta en la exageración. El crítico literario para formular su juicio solo cuenta con las palabras de Chaucer y con su propio corazón, y algunas veces —esto debe decirse en voz muy baja— con su deseo de ser original. En cambio, el historiador comprende, y dispone de todas clases de fuentes para estudiar los conventos de monjas, y allí encuentra a la priora de Chaucer a cada paso. Y, sobre todo, el historiador tiene a su alcance los archivos de los obispos.

Durante mucho tiempo los historiadores supusieron neciamente que solo eran material histórico los reyes, las guerras, los parlamentos y el sistema jurídico; se contentaban con las crónicas y con las leyes del Parlamento, y ni siquiera les pasaba por la imaginación ir a buscar en los polvorientos archivos episcopales los grandes libros en donde los obispos del medioevo asentaban todas las cartas que escribían y todos los complejos asuntos que se les presentaban en el gobierno de sus diócesis. Pero cuando a los historiadores se les ocurrió acudir a esas fuentes, encontraron una mina de valiosa información sobre casi todos los aspectos de la vida social y eclesiástica. Tuvieron que excavar, por supuesto, ya que casi todo lo que vale la pena conocer debe ser extraído como se arrancan de la roca los metales preciosos, y con frecuencia para hallar

una pepita el minero debe cavar días enteros en una masa de escorias, y, cuando ha obtenido su tesoro, debe ahondar en su corazón, porque de lo contrario no lo comprendería. Una vez que se convencieron de que no rebajaban su dignidad con tales procedimientos, los historiadores hallaron oro fino escarbando en los archivos de los obispos. Encontraron descripciones de parroquias, con su moblaje y sus huertos; litigios matrimoniales; testamentos llenos de divertidos legados transmitidos a personas que murieron hace cientos de años; excomuniones; indulgencias concedidas a quienes socorrieran a los desamparados, repararan caminos y construyeran puentes (y esas indulgencias datan de tiempos muy anteriores a la promulgación de leyes de socorro a los pobres o a la creación de concejos municipales); también encontraron juicios por herejía y brujería; informes sobre milagros que se operaban en las tumbas de los santos y hasta de algunas personas muy poco santas, como Tomás de Lancaster, Eduardo II y Simón de Montfort; hallaron registros con los gastos de traslado de obispos cuando recorrían sus diócesis. En uno de esos archivos encontraron hasta una minuciosa descripción del aspecto personal de la reina Felipa en la época en que la visitó el obispo de Exeter, a quien habían encomendado la misión de comprobar si era lo bastante bella y buena como para casarse con Eduardo III —en aquel entonces aún era una niñita de nueve anos y vivía en la corte de su padre en Hainault—; el obispo dijo que el segundo diente de Felipa era más blanco que el primero, y que su nariz, aunque ancha, no era chata, rasgo éste que fue bastante tranquilizador para Eduardo.[1] Por último —y esto no significa que sea lo de menor importancia—, los historiadores descubrieron una multitud de documentos vinculados a monasterios; entre ellos había informes sobre inspecciones y en éstos

hallaron a la priora de Chaucer, sonriendo con su ingenuo recato, con su hermosa y ancha frente, su toca bien plegada, su moño, sus perritos y todo lo demás, como si hubiera entrado en un opresivo archivo creyendo que eran los *Cuentos de Cantórbery* y estuviera ansiosa por marcharse de allí.

Veamos por qué motivo Madame Eglentyne se introdujo en el archivo. En la Edad Media era costumbre que todos los conventos de monjas de Inglaterra y también muchos monasterios masculinos fueran visitados periódicamente por el obispo de su diócesis —o por alguna persona enviada por él— a fin de comprobar si sus miembros se comportaban como es debido. En realidad, esas inspecciones se parecían bastante a las visitas periódicas que los inspectores de gobierno hacen a las escuelas, solo que todo transcurría de manera muy distinta. Cuando el inspector llega, no se instala con gran ceremonia en el salón, ni hace comparecer, uno tras otro, a todos los que forman parte del establecimiento —desde la directora hasta el niño más pequeño de primer grado—, ni les solicita que expliquen por qué creen que la escuela no está dirigida adecuadamente, ni les pide que expongan sus quejas contra las maestras; tampoco pregunta qué niña viola habitualmente los reglamentos . . . , ni hace que cada uno le hable en voz muy baja y en privado, junto a su oreja, para que nadie pueda escucharlo. Sin embargo, cuando el obispo visitaba un convento femenino, eso era, precisamente, lo que sucedía: en primer término enviaba una carta en la que anunciaba su arribo y ordenaba a las monjas que se prepararan para recibirlo. Luego llegaba en compañía de sus clérigos y de uno o dos funcionarios versados y era recibido solemnemente por la priora y todas las monjas; predicaba un sermón en la iglesia del convento y se lo invitaba, tal vez, a comer. Luego se disponía a tomarles declaración:

una a una comparecían ante él por orden jerárquico, empezando por la priora, y todo lo que cada monja tenía que hacer era contar chismes sobre las demás. El obispo necesitaba verificar si l priora gobernaba adecuadamente el convento, si el oficio divino era cumplido con corrección, si las finanzas estaban en orden y si se mantenía la disciplina; y si alguna monja tenía una queja, ése era el momento de exponerla.

Y las monjas rebosaban en quejas: una colegiala moderna palidecería de horror ante la capacidad que tenían para la chismografía. Si alguna monja había abofeteado a su hermana, si otra no frecuentaba la iglesia, si aquélla era demasiado aficionada a que la agasajaran amistades, si ésta salía sin permiso o si esta otra había huido con un flautista vagabundo; el obispo tenía la plena certeza de qué habría de enterarse; es decir, a menos que el convento íntegro estuviera en estado de absoluto desorden y las monjas hubieran hecho el pacto de tolerarse mutuamente sus travesuras y de no revelárselas al obispo, caso que a veces solía darse. Y si la priora era muy impopular, el obispo podía tener la plena seguridad de enterarse de todo lo concerniente a ella: "lo pasa espléndidamente en su habitación y nunca nos invita", dice una monja; "tiene favoritas —agrega otra—, y cuando formula observaciones apenas repara en quienes le agradan y castiga prontamente a las que no le son simpáticas"; "es una regañona terrible", afirma una tercera; "se viste más como una mujer de mundo que como una monja y usa anillos y collares", dice una cuarta; "sale a caballo con excesiva frecuencia para visitar a sus amigas que viven lejos", agrega una quinta. "Es - una - pésima - administradora - y - ha - endeudado - la - casa - y - la - iglesia - se - nos - está - cayendo - encima - y - no - tenemos - suficiente - alimento - y - en - dos - años - no - nos - ha - dado - ropas - y - ha

- vendido - montes - y - granjas - sin - vuestra - licencia - y - ha - empeñado - nuestro - mejor - juego - de - cubiertos - y - no - es - extraño - pues - nunca - nos - consulta - en - ningún - asunto - como - debería - hacerlo." Continúan así páginas íntegras y a menudo el obispo habrá deseado taparse los oídos y gritarles que se callaran; sobre todo porque es muy probable que la priora, por su parte, ya hubiera pasado media hora diciéndole cuán desobedientes, de mal genio y absolutamente mal educadas eran las monjas.

Los amanuenses del obispo asentaban solamente estos chismes en un enorme libro, y cuando terminaba el interrogatorio, el obispo volvía a reunir a las monjas; si le habían dicho "todo está bien", como algunas veces sucedía, o si habían mencionado solo faltas triviales, las felicitaba y proseguía su camino; si habían demostrado que en realidad las cosas no marchaban bien, investigaba determinadas acusaciones, reñía a las culpables, ordenándoles que se enmendaran, y una vez que estaba de regreso en el palacio o en el señorío donde residía, redactaba una serie de mandatos fundados en las quejas, indicando con toda exactitud cómo debían corregirse las cosas; una copia de esos mandatos se guardaba en el archivo y otra se enviaba a las monjas con un mensajero, quien la entregaba en mano propia; y se descontaba que ellas periódicamente la leerían en voz alta y acatarían todas sus disposiciones.

En los archivos de muchos obispados se han conservado estas listas de recomendaciones, copiadas por los amanuenses, y en algunos —especialmente en un espléndido archivo de Lincoln del siglo xv que perteneció al buen obispo Alnwick— también están incluidos los testimonios de las monjas tal cual salieron de sus parlanchinas bocas, y éstos son los más humanos y divertidos de todos los

documentos medievales. Es fácil comprender la importancia histórica que tienen estas actas de inspecciones, sobre todo cuando se trata de una diócesis como Lincoln, que posee una serie casi ininterrumpida de archivos que abarca los tres siglos anteriores a la disolución de las órdenes religiosas, de manera que, mediante las sucesivas inspecciones, se puede reconstruir la historia íntegra de algunos conventos femeninos.

Veamos qué luz arrojan los archivos sobre Madame Eglentyne, antes de que Chaucer reparara en ella mientras cabalgaba en las cercanías de la "Posada del tabardo". Sin duda, llegó por vez primera al convento cuando todavía era una niña de corta edad, pues en el medioevo se consideraba adultas a las muchachas de quince años: podían casarse apenas habían cumplido los doce y hacer votos perpetuos a los catorce. Probablemente el padre de Eglentyne tenía otras tres hijas casaderas, cada una con su correspondiente dote, y un hijo alegre, joven y dicharachero, que gastaba mucho dinero en trajes a la moda,

> Adornado . . . como si fuera una pradera
> rebosante de frescas flores blancas y rojas.*

Por lo tanto, el padre decidió que lo mejor que podía hacer era ubicar a la más joven enseguida reunió una dote (solo raras veces era posible ingresar en un convento femenino sin dote, aunque de hecho la legislación eclesiástica prohibía todo lo que no fuera ofrenda voluntaria) y un día estival tomó a Eglentyne de la mano y la introdujo de sopetón en un convento situado a pocos kilómetros de distancia, que había sido fundado por sus antepasados. Podemos saber hasta cuánto dinero invir-

* Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 81-90. (*N. del R.*)

tió: se trataba de una comunidad bastante exclusiva y aristocrática y pagó como derecho de ingreso una suma equivalente a doscientas libras esterlinas en dinero actual; además, tuvo que proporcionar a Eglentyne su nuevo hábito, una cama y algunos otros enseres; tuvo que ofrecer un banquete el día que ella tomó el hábito e invitar a todas las monjas y a sus propios amigos; también tuvo que darle una propina al fraile que predicó el sermón; en resumen, el asunto adquirió grandes proporciones.[2] Sin embargo, el banquete no se ofreció enseguida porque Eglentyne habría de hacer un noviciado de varios años hasta tener edad suficiente para pronunciar los votos. Permaneció, pues, en el convento, y deben de haberle enseñado a cantar y a leer y a hablar el francés a la manera de Stratford-atte-Bowe, junto con las otras novicias. Era, quizá, la más joven, pues a menudo las muchachas no ingresaban en el convento hasta que tenían edad suficiente para decidir por sí mismas si querían ser monjas; no obstante, sin duda había algunas novicias muy jóvenes que también aprendían sus lecciones y, ocasionalmente, habría alguna chiquilla como aquella cuyo triste destino está atestiguado en un insípido texto legal: fue encerrada en un convento por un inescrupuloso padrastro que codiciaba su patrimonio (una monja no podía heredar tierras porque se suponía que había muerto para el mundo) y las monjas le aseguraban que el diablo se la llevaría si trataba de poner los pies fuera de la puerta.[3] Pero Eglentyne era de carácter apacible; le agradaba la vida en el convento y tenía aptitud natural no solo para asimilar los buenos modales que había aprendido allí, sino también para hablar en francés, y aunque no era nada remilgada y le gustaban las ropas alegres y los perros regalones (que estaba acostumbrada a ver en su casa en la alcoba de su madre), al llegar a los quince años no vaciló en tomar el hábito y, por

cierto, en realidad le complacía todo el revuelo que se suscitaba en torno de ella y que la llamaran *Madame* o *Dame*, título de cortesía que siempre se daba a una monja.

Pasaban los años y la vida de Eglentyne transcurría apaciblemente tras los muros conventuales. El objeto esencial de los conventos de monjas —que la mayor parte de ellos cumplió en forma notable— era glorificar a Dios. Eglentyne invertía mucho tiempo cantando y rezando en la iglesia del convento y, como sabemos,

> cantaba muy bien el oficio divino,
> entonándolo con sonido nasal y muy propiamente.

Todos los días las monjas tenían que rezar siete oficios monásticos. Alrededor de las dos de la madrugada se rezaba el oficio nocturno; sonaba una campana; las religiosas abandonaban el lecho e iban, en medio del frío y la oscuridad, al coro de la iglesia a rezar maitines, seguidos luego por laudes, después volvían a acostarse, cuando ya la aurora aclaraba el cielo, y retomaban el sueño por espacio de tres horas. Se levantaban definitivamente a las seis y rezaban la hora prima; luego seguían la hora tercera, la hora sexta, la hora nona, vísperas y completas, distribuidas regularmente en el transcurso del día. El último oficio —completas— se rezaba a las siete de la tarde en invierno y a las ocho en verano, después de lo cual se descontaba que las monjas habrían de irse derechito a sus camas ubicadas en el dormitorio común. Al respecto, una de las reglas monacales ordena: "Ninguna debe empujar a otra con premeditación, ni escupir en la escalera al subir o al bajar, a menos que pisoteen el esputo inmediatamente" (¡!).[4] En total disponían de unas ocho horas de sueño, interrumpidas en la mitad por el oficio nocturno. Tenían tres comidas por día: por

la mañana, después de la hora prima, un desayuno liviano de pan y cerveza; al mediodía, un almuerzo sustancioso acompañado por lectura en alta voz, y, por último, una cena breve, a las cinco o seis de la tarde, inmediatamente después de las vísperas.

De doce a cinco de la tarde en invierno y de una a seis en verano se descontaba que Eglentyne y sus hermanas se dedicaban a labores manuales o intelectuales, que se matizaban con un poco de sana y piadosa recreación. Eglentyne hilaba o bordaba vestimentas sacerdotales con el monograma M (rematado por una corona) de la Bienaventurada Virgen, en azul e hilo de oro, o hacía bolsitas de seda para sus amigas y vendas prolijamente cosidas para que se las ataran alrededor del brazo cuando les hacían una sangría. También solía leer su salterio o los libros sobre vidas de santos que el convento poseía, escritos en francés o en inglés; pero no estaba muy fuerte en latín, aunque era capaz de interpretar aquello de *Amor vincit omnia*. Quizá el convento de Eglentyne recibía a unas pocas colegialas de corta edad, a quienes las monjas instruían en las primeras letras y en buenos modales, y cuando ella fue mayor también colaboró en la tarea de enseñarles a leer y a cantar, pues, aunque esas niñas eran felices, no recibían de las bondadosas hermanas una educación demasiado amplia. En verano, algunas veces le estaba permitido a Eglentyne trabajar en el huerto del convento e inclusive salir a aventar heno con las otras monjas: retornaba con los ojos redondeados por el asombro, y le decía a su confesor que había visto a la encargada de la despensa cuando regresaba sentada detrás del capellán en una jaca,[5] y agregaba que había pensado qué divertido sería propinarle un empujón al corpulento fraile. Con excepción de ciertos períodos de descanso, se suponía que en el convento debía observarse un estricto silencio durante gran parte

del día, y si Eglentyne deseaba comunicarse con sus hermanas se veía obligada a hacerlo por medio de señas. Quienes idearon esas señas que se usaban en las casas monásticas medievales combinaron, empero, un ingenio artificioso con un sentido del humor extremadamente exiguo, y la suerte de mudo pandemónium que reinaba en la mesa de Eglentyne a la hora del almuerzo a menudo debe de haber provocado más regocijo que las palabras mismas. La hermana que deseaba pescado tenía que "mover las manos al tiempo que las colocaba de modo que se parecieran a la cola de un pez"; la monja que quería leche tenía que "colocar el meñique izquierdo como si estuviera ordeñando"; para pedir mostaza había que "refregar la nariz sobre la parte superior del puño derecho"; para pedir sal "había que golpear el pulgar izquierdo con el pulgar y el índice de la mano derecha"; la monja que deseaba vino tenía que "hacer girar el índice alrededor del pulgar, al tiempo que colocaba ambos dedos a la altura de los ojos"; y la sacristana culpable, al darse cuenta súbitamente de que no había preparado el incienso para la misa, "se ponía dos dedos en las fosas nasales". En una mesa así, tendida para las monjas, se usaban no menos de 106 señas, y no es extraño que en los reglamentos monacales se estableciera: "nunca es lícito utilizarlas sin alguna razón o necesidad valedera, pues frecuentemente una palabra perniciosa puede hacer más daño y ofender más a Dios".[8]

Las monjas, por cierto, no habrían sido humanas si a veces no se hubieran aburrido un poco de todos esos oficios y de ese silencio, pues la vida religiosa no era fácil ni había sido concebida para que lo fuera. No constituía una mera forma de eludir el trabajo y la responsabilidad. En la temprana edad dorada del monaquismo, en los conventos solo ingresaban hombres y mujeres con voca-

ción, es decir, con verdadero apego a la vida monástica. Aún más, en aquella época trabajaban en forma ardua con las manos y con el intelecto, y así sus tareas eran variadas, lo que es tan descansado como irse de vacaciones. La prudente Regla de San Benito se basaba en una muy bien dosificada combinación de variedad y regularidad, pues el santo conocía la naturaleza humana. De esta manera, monjes y monjas no consideraban que los oficios divinos fueran monótonos y, por cierto, les parecía que eran, con mucho, el mejor momento del día. Pero en la Baja Edad Media, época en que vivió Chaucer, los jóvenes ya habían comenzado a ingresar en las instituciones monásticas encarando la vida religiosa como si fuera, más que una vocación, una profesión. Muchos eran los hombres y mujeres auténticamente espirituales que aún tomaban los hábitos, pero junto con ellos llegaban otros muy poco aptos para la vida monástica, que rebajaron el nivel de la existencia monacal porque era dura e incompatible con su temperamento. Eglentyne llegó a ser monja porque su padre no quiso tomarse la molestia ni gastar lo necesario para encontrarle marido, y porque el estado monacal era casi la única carrera adecuada para una dama de alcurnia que no contrajera matrimonio. Aún más, en esa época monjes y monjas se habían tornado más perezosos y trabajaban poco con las manos y menos aún con la cabeza, particularmente en los conventos femeninos, donde la primitiva tradición erudita había desaparecido y muchas monjas apenas podían entender el latín, lengua en que estaban escritos los oficios divinos. El resultado fue que la vida monástica empezó a perder esa fundamental variedad que le había asignado San Benito y, en consecuencia, la regularidad llegó a hacerse tediosa y la serie de oficios divinos degeneró en una mera rutina de peculiar monotonía, que los cantores ya no

solían ser capaces de vivificar con fervor espiritual Así, en algunos casos (no debe suponerse que esto sucedía en todos los conventos y ni siquiera en la mayoría) los oficios divinos se habían tornado fórmulas vacías, que se cumplían con prisa y escasa devoción y, de vez en cuando, con irreverencia escandalosa; ésa era la reacción casi inevitable ante tanta rutina.

La negligencia en el cumplimiento de las horas canónicas fue una falta muy común en la Baja Edad Media, aunque en este sentido los monjes siempre eran peores que las monjas. Algunas veces "podaban" los oficios; otras, los "decapitaban" con extrema frivolidad, como sucedió en 1330 en Exeter: los canónigos reían, bromeaban y disputaban durante los oficios divinos y desde los sitiales superiores arrojaban cera de vela caliente sobre las cabezas rasuradas de los cantores ubicados en los sitiales inferiores.[7] Algunas veces llegaban tarde a los maitines, que se cantaban en las primeras horas después de medianoche. Esta falta era común en los conventos de monjas, pues ellas siempre solían insistir en tomar algo y en parlotear en privado por la noche, después de completas (en lugar de irse derecho a la cama, como ordenaba la Regla), hábito que no facilitaba la obligación de mantenerse despiertas a la una de la madrugada. En consecuencia, estaban bastante amodorradas durante el rezo de maitines y tenían una dificultad casi invencible para levantarse temprano. El prudente San Benito tuvo en cuenta ese problema cuando prescribió en su Regla: "Cuando se levanten para rezar el oficio divino, haced que se animen gentilmente unas a otras, a causa de las excusas que dan las que están adormiladas".[8] En 1519, en el convento de monjas de Stainfield, el obispo descubrió que a veces transcurría media hora entre el último toque de campana y el comienzo del oficio divino, y que algunas re-

ligiosas no cantaban, sino que dormitaban, a causa, en parte, de que no disponían de cantidad suficiente de velas, pero sobre todo porque se acostaban tarde,[9] ¡y aquel que entre nosotros esté libre de pecado que arroje la primera piedra! También era frecuente la tendencia, tanto entre los monjes como entre las monjas, a salir sin ser vistos antes de que finalizara el oficio divino arguyendo cualquier pretexto, bueno o malo: tenían que cuidar la comida o la casa de huéspedes, debían quitar las malezas del huerto o no se sentían bien. Pero la falta más común era farfullar los oficios divinos con la mayor velocidad posible, a fin de terminarlos pronto. Suprimían sílabas al comienzo y al final de las palabras, omitían la *dipsalma* (pausa entre dos estrofas), de modo que un sector del coro empezaba la segunda mitad antes de que el otro hubiera terminado la primera; omitían frases, refunfuñaban y malbarataban lo que había que "entonar muy propiamente", y en resumen, el solemne canto llano se transformaba en un espantoso galimatías. La costumbre de farfullar se difundió tanto que el Padre del Mal se vio obligado a designar un diablo especial, llamado Tittivillus, cuya única tarea consistía en recoger todas esas sílabas omitidas y llevarlas a su amo dentro de una gran bolsa. Gracias a distintas fuentes, disponemos de amplia información sobre Tittivillus, pues siempre se dejaba ver por los hombres santos, quienes solían estar dotados de una vista muy aguda para percibir demonios. En unos versos latinos se distinguen con sumo cuidado los contenidos de la bolsa: "Hay quienes malignamente adulteran los sagrados salmos, el que vacila, el que emite sonidos entrecortados, el brincador, el que va aprisa, el que se arrastra, el gruñidor, el que salta, el que corre; Tittivillus recoge los fragmentos de las palabras pronunciadas por estos hombres".[10] Por cierto, un santo abad cisterciense mantuvo una

entrevista con el pobre diablillo y se enteró de cuál era su sorprendente tarea. He aquí el episodio, tal cual está narrado en *El espejo de Nuestra Señora* libro escrito en el siglo xv para deleitar a las monjas de Sion: "Tenemos noticias acerca de un santo abad de la Orden Cisterciense, quien, mientras estaba en el coro rezando maitines, vio a un demonio que llevaba colgada del cuello una bolsa larga y grande y que recorría el coro, pasando de un monje a otro y esperando pacientemente todas las sílabas y palabras que emitían y las faltas que cometían para recogerlas con diligencia y meterlas en su bolsa; y cuando se detuvo ante el abad, con la esperanza de que se le escapara algo que pudiera recoger y poner en su bolsa, el abad quedó atónito y, lleno de temor por su aspecto deforme y repugnante, le dijo: '¿Quién eres?'; a lo que contestó el otro: 'Soy un pobre diablo, me llamo Tittivillus y mi oficio consiste en cumplir el trabajo que me encomiendan'. '¿Y cuál es tu oficio?', preguntó el abad, y respondió el diablo: 'Todos los días debo llevar a mi amo mil bolsas llenas de sílabas y palabras omitidas y de faltas y negligencias que se cometen en vuestra orden al leer y al cantar; de lo contrario, me apalean cruelmente'".[11] Pero no hay razón para suponer que el diablillo diera motivos para que lo apalearan con frecuencia, aunque podemos estar seguros de que Madame Eglentyne, diligentemente ocupada en cantar con sonido nasal, nunca le prestó la menor ayuda. En sus ratos de ocio, cuando no estaba ocupado en recoger esas bagatelas que los monjes dejaban caer de los salmos, Tittivillus solía llenar los espacios vacíos de su bolsa con la charla frívola de las personas que chismorreaban en la iglesia; se sentaba, asimismo, en un sitio alto y recogía las notas agudas de los tenores vanidosos que cantaban en beneficio de su gloria personal en lugar de hacerlo para glorificar

a Dios, y elevaban sus cánticos tres notas más allá de lo que podían hacerlo las voces cascadas de los más ancianos.

Pero a veces la monotonía de la vida conventual hacía algo más que contribuir a que las monjas fueran proveedoras involuntarias de la bolsa de Tittivillus; con frecuencia esa monotonía hacía estragos en sus estados de ánimo. Las monjas no eran elegidas para ingresar en la vida monástica porque fueran santas: no eran más inmunes a los berrinches que la mujer de Bath —quien perdía todo sentimiento caritativo cuando otras comadres aldeanas entraban en la iglesia antes que ella—, y a veces conseguían sacarse mutuamente de las casillas. Los lectores de *Piers Plowman* recordarán que, cuando hacen su aparición los siete pecados capitales, la Ira dice que es cocinera de la priora de un convento; y añade:

Y yo, la Ira, las he alimentado con una dosis tal de malicioso chismorreo / que con frecuencia dos de ellas se acusan mutuamente: / "¡Mientes tú"! "¡No la mentirosa eres tú!" / mientras se abofeteaban en las mejillas de tal manera / que, por Cristo, si tuviesen cuchillos se matarían.

Con seguridad, no oímos hablar con frecuencia de alguien tan perverso como aquella priora del siglo xv, que en medio del oficio divino solía tomar a sus monjas por el velo y las arrastraba alrededor del coro gritándoles: "¡Mentirosa!" y "¡Ramera!",[12] o como aquella otra dama del siglo xvi que les propinaba puntapiés, las golpeaba en la cabeza con los puños y las ponía en el cepo.[13] Todas las prioras no eran "amables y de agradable presencia" o de "porte majestuoso". Los informes de las inspecciones monásticas demuestran que el mal genio y las disputas mezquinas a menudo alteraban la paz de la vida conventual.

Pero debemos volver a Eglentyne. Continuó

viviendo durante diez o doce años como simple monja. Cantaba muy bien los oficios divinos, tenía temperamento dulce y agradables modales, y era muy popular. Además, era de buena cuna; Chaucer se explaya sobre su refinado comportamiento en la mesa y sobre su cortesía, lo cual demuestra que era una auténtica dama por nacimiento y por educación. Por cierto, el retrato chauceriano podría haber sido tomado de alguno de los textos feudales en los que se establecía cómo debían comportarse las jovencitas; hasta su peculiar belleza —nariz recta, ojos grises, boca pequeña y roja— se adecua al tipo cortesano.

Los conventos eran un campo bastante propicio para el *snobismo*; si bien en ellos ingresaban damas de la nobleza e hijas de burgueses ricos, nunca podían hacerlo, en cambio, las muchachas pobres y de humilde cuna. En consecuencia, quizá las monjas se dijeron que, si se tenían en cuenta sus agradables maneras, su carácter apacible y sus amistades aristocráticas, sería muy acertado elegir a Eglentyne para suceder a la anciana superiora cuando ésta muriera. Así lo hicieron, y ya hacía varios años que era priora cuando Chaucer se encontró con ella. Al principio todo fue apasionante, y a Eglentyne le complacía ser llamada "Madre" por monjas mayores que ella, asimismo le agradaba tener una habitación privada para instalarse y para agasajar a los visitantes; pero pronto descubrió que no todo era un lecho de rosas, pues la superiora de una comunidad debía enfrentar múltiples problemas; no solo tenía que vigilar la disciplina interna del convento, sino también preocuparse de asuntos monetarios, impartir órdenes a los administradores de los fundos de la comunidad, cuidar de que las alquerías pagaran puntualmente, de que se entregaran los diezmos a las iglesias que pertenecían al convento y de que los mercaderes

italianos abonaran precios razonables cada vez que compraban la lana que crecía en el lomo de las ovejas que poseía el convento.

Se descontaba que en todos estos asuntos habría de recabar la opinión de las monjas, reunidas al efecto en la sala capitular, donde se llevaban a cabo todas las transacciones. Temo que Eglentyne pensaba algunas veces que era mucho mejor resolver las cosas por sí misma y, por lo tanto, sellaba los documentos con el sello del convento sin comunicarlo a las otras religiosas. Uno siempre desconfía de la directora de una oficina, escuela o sociedad, que afirma con aire de suficiencia que es mucho más conveniente hacer las cosas personalmente en lugar de delegarlas en los correspondientes subordinados; esto significa que es una autócrata y que no tiene sentido de la organización. Madame Eglentyne era bastante autocrática, pero de índole apacible, y además le disgustaba tener que incomodarse por algo; así, pues, no siempre consultaba a las otras monjas, y también me temo —después de muchas investigaciones sobre su pasado que Chaucer olvidó mencionar— que a menudo trataba de no rendirles cuenta de las rentas y los gastos, como se suponía que estaba obligada a hacerlo todos los años.

Las monjas, por supuesto, censuraban esta forma de proceder, y no bien llegó el obispo en viaje de inspección, se quejaron; afirmaron que la priora era una pésima mujer de negocios y agregaron que había contraído deudas, y que cuando estaba escasa de dinero solía vender montes que pertenecían al convento y prometer rentas anuales a diversas personas en retribución por el préstamo de elevadas sumas; dijeron, asimismo, que solía dar en arriendo las alquerías por largo tiempo y a baje precio y hacer otras cosas por cuya causa a la larga el convento se arruinaría. Por añadidura, había

dejado que el techo de la iglesia se deteriorara tanto que la lluvia se escurría por los agujeros y les caía sobre las cabezas cuando estaban cantando; ¿y querría por favor el señor obispo contemplar sus ropas agujereadas y decirle que les facilitara otras nuevas? Algunas prioras deshonestas tenían por costumbre empeñar la vajilla y las joyas del convento a fin de obtener dinero para su uso personal; pero Eglentyne no era, en absoluto, malvada o deshonesta, si bien era mala administradora; sucedía, sencillamente, que no tenía facilidad para las matemáticas. Estoy *segura* de ello; basta leer la descripción que hizo Chaucer para comprender que la priora no tenía cabeza para los números. Además, las monjas exageraban. Sus prendas no tenían agujeros, sino estaban un poco raídas: Madame Eglentyne era demasiado puntillosa como para tolerar que en torno de ella hubiera ropas harapientas, y en cuanto al techo de la iglesia, había creído que ahorraba bastante dinero haciéndole colocar algunas tejas encima, pero realmente era muy difícil lograr que las cosas marcharan bien en un convento medieval, sobre todo —repito— si no se tenía cabeza para los números. Probablemente, el obispo se dio cuenta de cuál era el *quid*, y le ordenó que no tomara decisiones sin consultar a la comunidad; además, depositó el sello en un cofre con tres cerraduras distintas y entregó a Eglentyne y a dos monjas mayores sendas llaves, de modo que la priora no pudiera abrir sola el cofre ni sellar ningún documento comercial sin el consentimiento de las otras. Le ordenó, asimismo, que redactara informes y que se los presentara cada año. (Hay legajos íntegros de sus rendiciones de cuentas que aún se conservan en los archivos eclesiásticos.) Por último, el obispo designó a un párroco de las inmediaciones para que actuara como curador de las transacciones comerciales del con-

vento, a fin de que la priora siempre pudiera contar con su ayuda. Desde entonces las cosas anduvieron mucho mejor.

Eglentyne, según parece, nunca se interesó realmente en los negocios y le agradaba mucho más invertir su tiempo en cuidar de los asuntos internos, recibir a los visitantes y hacer, periódicamente, una excursión para verificar cómo marchaban las propiedades conventuales. Y así llegó a comprobar que podía llevar una vida más libre y más entretenida que cuando era una simple monja, pues las prioras disponían de habitaciones propias en lugar de compartir el dormitorio y el refectorio comunes; a veces hasta poseían una especie de casita con cocina privada. En el siglo XVI, la abadesa de un gran convento de Winchester tenía su propio personal (una cocinera y su ayudante, una criada y una dama de honor) que la servían como a cualquiera gran dama de mundo y nunca comía con las monjas, excepto en las grandes ocasiones. No obstante, las superioras solían tener junto a sí a una monja que las acompañaba y las asistía en el coro y era testigo de su buena conducta. Dicha monja recibía el nombre de capellana y debía ser remplazada todos los años para evitar favoritismos. Debe recordarse que cuando Madame Eglentyne hizo su peregrinación, llevó consigo a su monja capellana y a tres sacerdotes, porque a ninguna monja en ninguna circunstancia le estaba permitido salir sola. Uno de los deberes de Madame Eglentyne en su condición de priora era recibir a los visitantes con sus celebradas maneras cortesanas, y podemos estar seguros de que a su convento acudían muchas visitas. Sus hermanas, que se habían convertido en grandes damas con marido y señoríos propios, su anciano padre y todos los personajes del condado habían ido a felicitarla cuando la nombraron priora, y desde entonces se habían habituado a visitarla, si en el

transcurso de un viaje pasaban por el convento, a fin de disfrutar de los pollos, los vinos y los pasteles que les ofrecían en las comidas, y a veces también se quedaban a pasar la noche.

Una o dos damas, cuyos maridos se hallaban guerreando en el extranjero o habían ido en peregrinación a Roma, solían ser recibidas en el convento en calidad de huéspedes pagos y vivían en él un año íntegro, pues nada complacía más a los terratenientes aristocráticos o a los ricos burgueses que usar los conventos de monjas como posadas para sus mujeres.

Todo esto alteraba sobremanera la paz y la tranquilidad de las monjas y especialmente perturbadoras eran las pensionistas, pues usaban ropas llamativas, tenían perros regalones y recibían visitas, dando así un ejemplo muy frívolo a las monjas. Comprobamos, por ejemplo, que un obispo ordenó a las monjas de un convento: "Que la esposa de Felmersham, con toda su servidumbre, y las demás mujeres, se marchen definitivamente de vuestro monasterio en el término de un año, por cuanto son motivo de perturbación y de mal ejemplo para las monjas a causa de sus atavíos y de quienes las visitan".[14] Puede descubrirse fácilmente *por qué* los obispos ponían tantos reparos a que se diera hospedaje a esas mundanas mujeres casadas: sustituid simplemente la "esposa de Felmersham" por "la mujer de Bath" y todo queda explicado. Esa dama no era una persona a quien la priora pudiera rechazar con facilidad; la lista de sus peregrinaciones por sí sola hubiera bastado para facilitarle la *entrée* en cualquier convento de monjas. Sin duda transponía los portales montada airosamente en su caballo, sonriendo de oreja a oreja, y habría un mes de revuelo antes de que volviera a marcharse.

Estoy segura de que fue ella quien le enseñó

a Madame Eglentyne la forma más elegante de plegar una toca; y ella, indudablemente, introdujo a algunos conventos sombreros "tan anchos como un roquel o un escudo" y medias escarlatas.

A los obispos les desagradaba muchísimo todo esto, pero sus esfuerzos para desalojar a esta clase de pensionistas jamás tuvieron éxito porque las monjas siempre necesitaban el dinero con que pagaban su comida y su alojamiento.

Es fácil comprender que ese continuo trato con tales huéspedas mundanas haya dado origen a la difusión de costumbres mundanas en el convento de Madame Eglentyne. Las monjas, después de todo, no eran nada más que mujeres, y estaban dotadas de las encantadoras vanidades de su sexo; pero la Autoridad —con A mayúscula— no consideraba, de ningún modo, que esas vanidades fueran encantadoras. Según la opinión de la Autoridad, el diablo había enviado tres cosas para perdición de las monjas, y esas tres cosas eran: danzas, vestidos y perros. La Inglaterra medieval fue famosa por sus danzas, sus mascaradas y su arte trovadoresco; era la "alegre Inglaterra" porque, aunque las plagas, la peste, el hambre y las crueldades del hombre pudieran ensombrecer la vida, a Inglaterra le complacían las danzas, las mascaradas y las trovas.

Pero no era posible equivocarse sobre lo que la Iglesia pensaba del baile; un moralista lo resumió con precisión en este aforismo: "El diablo es el inventor del baile y de las danzas y quien los dirige y dispone". Sin embargo, cuando examinamos esas rendiciones de cuentas que al finalizar cada año Madame Eglentyne presentaba (o dejaba de presentar) a sus monjas, deducimos que se ha-

bía invertido dinero para comprar *wassail** en Año Nuevo y Reyes, para celebrar la llegada de la primavera, para adquirir pan y cerveza las noches en que se encendían las hogueras para pagar a los arpistas y comediantes que actuaban en Navidad, para ofrecer un regalo al Niño Obispo** durante su visita y, tal vez, para solventar una ración extra de comida aquella vez que a la colegiala más joven se le permitió vestirse y actuar como si fuera la abadesa del convento durante todo el Día de Inocentes. Sin embargo, cuando hojeamos los archivos episcopales, comprobamos que a Madame Eglentyne le estaba probibida "toda clase de cantares trovadorescos, interludios, danzas o diversiones en vuestro sagrado recinto"; y, por cierto, podía considerarse afortunada si su obispo se sentía dispuesto a hacer una excepción con motivo de Navidad o de "otros honestos momentos de diversión entre vosotras, en ausencia absoluta de seglares". Sea como fuere, se tiene la firme convicción de que la danza era uno de los elementos que configuraban las maneras cortesanas de Eglentyne.[11] Además, también hay que tener en cuenta los vestidos a la moda que las visitantes introducían en los conventos de monjas; es absolutamente cierto que Madame Eglentyne no permaneció impasible ante esas modas, y resulta muy penoso comprobar que empezaba a creer que el hábito monjil era muy sobrio y muy feo, que la vida monástica resultaba muy estricta; y que decidiera que si se introducían en el convento algunas diversio-

* *Wassail*: cerveza aderezada con manzanas, azúcar y especias. (*N. del R.*)

** Se le daba este nombre al niño que era elegido por sus compañeros para representar el papel de obispo en las fiestas de fin de año que se prolongaban desde la festividad de San Nicolás hasta el día de Inocentes. (*N. del R.*)

nes triviales, nadie sería ni un poquito peor por ese motivo, y hasta podía suceder que el obispo no se diese cuenta. Por eso, cuando la encontró Chaucer,

> Muy pulcro era su manto, según observé.
> Arrollado al brazo llevaba
> un rosario doble de cuentas de coral, con las glorias verdes,
> y de él pendía un broche de oro muy brillante.

Pero, por desgracia, el obispo se dio cuenta: por cierto, los archivos están repletos de aquellas ropas de Madame Eglentyne y de las aún más frívolas que usaba en la intimidad del convento. A lo largo de más de seis agotadores siglos los obispos entablaron una guerra santa contra la presencia de las modas en los claustros, pero todo fue en vano, pues mientras las monjas continuaron alternando libremente con las seglares, fue imposible evitar que adoptaran las modas mundanas. A veces, algún desdichado obispo quizá se dedicaba a estudiar con perplejidad masculina algo así como un catálogo completo de modas contemporáneas, a fin de especificar qué era lo que *no debían* usar las monjas. Los sínodos sesionaban solemnemente, y obispos y arzobispos meneaban sus grises cabezas ante doradas horquillas y cinturones plateados, anillos con piedras preciosas, zapatos con lazos, túnicas acuchilladas, escotes y largas colas, colores alegres, telas muy ricas y valiosas pieles. Se suponía que las monjas debían usar el velo apretadamente ceñido a la altura de las cejas de manera que la frente quedara oculta por completo; pero sucedía que la frente alta estaba de moda entre las damas de mundo, quienes hasta se afeitaban un poco el nacimiento del pelo para hacerla más amplia, y el resultado fue que las monjas no pudieron resistir la tentación de ello, ¿de qué otra manera hubiese *sabido* Chaucer

que Madame Eglentyne tenía una frente tan bonita ("Casi de un palmo de ancho, si no me engaño")? Si ella hubiera usado el velo como correspondía, su frente no se habría visto, y puede advertirse que el padre de la poesía inglesa guiñaba el otro ojo discreta pero claramente al intercalar ese detalle. Sus contemporáneos deben de haber descubierto con rapidez dónde estaba el *quid* del asunto; y ese broche y ese manto tan pulcro de Madame Eglentyne... Veamos lo que algunas monjas chismosas contaron al obispo de Lincoln acerca de su priora, cincuenta años después de haber escrito Chaucer los *Cuentos de Cantórbery*: "La priora —decían con el más santurrón de los aires— usa anillos de oro excesivamente costosos con distintas piedras preciosas, y también cinturones plateados y dorados, y velos de seda; se ciñe el velo tan alto que su frente queda descubierta y puede verse por completo, y lleva pieles de marta. También usa camisas de tela de Rennes, que cuesta dieciséis peniques el ana, chupas con encajes de seda y alfileres de plata, y ha inducido a todas las monjas a usar cosas similares; aún más, se pone encima del velo una toca apropiada a su dignidad forrada con piel de cordero. Además, se coloca en torno del cuello una larga cinta de seda, adornada con encaje inglés que cuelga a la altura del pecho, y allí, un anillo de oro con un diamante."[16] Pues bien, ¿no es Madame Eglentyne en persona?

Nada escapaba a la mirada de nuestro buen Chaucer, por más que siempre cabalgara con los ojos fijos en el suelo.

Además, no solamente en el vestir la priora y sus monjas copiaban las modas del mundo: las grandes damas de la época eran muy aficionadas a entretenerse con animalitos regalones, y las monjas siguieron su ejemplo con prontitud:

Tenía perritos que alimentaba
con carne asada o con leche y bollos.
Y lloraba amargamente si alguno de los perritos moría
o si alguien lo castigaba rudamente con una varilla.

Las actas de inspección están llenas de esos perritos y de otros animales; y, ¿cuántos lectores del *Prólogo* de los *Cuentos de Cantórbery* saben que los cachorros de sabuesos, igual que las frentes descubiertas y los resplandecientes prendedores de oro, estaban estrictamente prohibidos por las reglas monásticas? Los obispos opinaban que los animalitos regalones eran tan perniciosos para la disciplina como los prendedores y las frentes descubiertas, y siglo tras siglo trataron, sin el menor éxito, de desalojarlos de los conventos. Las monjas esperaban a que el obispo se marchara, y entonces silbaban a sus perros para hacerlos regresar. Los perros eran, con mucho, los animales preferidos, aunque también había monos, ardillas, conejos, pájaros y (aunque muy raramente) gatos. Un arzobispo tuvo que prohibir a cierta abadesa —a quien estaba visitando— que alojara *monos y varios perros* en su propia alcoba, acusándola, al mismo tiempo, de escatimar la comida a las monjas; ¡y es muy fácil adivinar qué suerte corrían la carne asada, la leche y los bollos! Llevar animales a la iglesia era una práctica muy difundida en la Edad Media. A los oficios divinos a menudo asistían damas con un perro en las faldas y caballeros con un halcón posado en la muñeca, del mismo modo que, en nuestra época, el campesino montañés lleva consigo a su perro ovejero a la iglesia. Esto también sucedía en los conventos femeninos; algunas veces eran las huéspedes laicas de los conventos quienes asistían a la iglesia con sus animales; se han conservado las patéticas quejas de unas monjas, quienes declaraban que "Lady Audley, que se hospedaba allí, tiene gran cantidad de perros y, por ende,

cada vez que va a la iglesia, la siguen sus doce canes, los cuales hacen gran alboroto estorbando en sus salmodias a las monjas; ¡ellas, en consecuencia, están horrorizadas!"[17] Sin embargo, muy a menudo eran las monjas mismas quienes transgredían los reglamentos. En varias actas de inspección aparecen mandatos en los que se prohíbe llevar perros regalones al coro; el ejemplo más divertido figura en la serie de instrucciones que William de Wykeham envió a la abadía de Romsey en 1387, año en que Chaucer acaso ya estuviera escribiendo los *Cuentos de Cantórbery*: "Item —reza el documento— por cuanto nos hemos convencido por claras pruebas de que algunas monjas de vuestro convento llevan consigo a la iglesia pájaros, conejos, sabuesos y otras cosas frívolas del mismo tenor, a las que prestan más atención que al oficio divino, con frecuente estorbo para su salmodia y para la de sus hermanas y con grave peligro para sus almas, os prohibimos estrictamente, a todas y a cada una de vosotras, en virtud de la obediencia que nos es debida, que de ahora en adelante llevéis a la iglesia pájaros, sabuesos, conejos u otras cosas frívolas que originan indisciplina ... Item, considerando que, a causa de los perros de caza y de los sabuesos que habitan en el recinto del convento, las limosnas que debieran darse a los pobres son devoradas, y la iglesia y el claustro ... están suciamente manchados ... y por cuanto, a causa de la batahola que provocan, el oficio divino es perturbado con suma frecuencia, os encarecemos y ordenamos estrictamente, señora abadesa, que desalojéis en forma definitiva a los sabuesos y que en adelante nunca más les permitáis, ni a ellos, ni a cualquier otro tipo de perros, habitar en el recinto de vuestro convento".[18] No obstante, era inútil que un obispo le ordenara a Madame Eglentyne que se desprendiera de sus perros, pues ni siquiera

cuando hacía una peregrinación se separaba de ellos, aunque sin duda deben de haber causado grandes trastornos en las posadas, sobre todo porque la priora era muy exigente en lo que respecta al alimento de sus animales.

Pues bien, la priora de Chaucer, debemos admitirlo, en realidad era una señora bastante mundana, pese a que sus bonitas ropas y sus perritos fueran inofensivos si nos atenemos a las normas modernas, y pese a que nuestras simpatías no se inclinen, precisamente, hacia el lado de los obispos. Quizá se iba tornando más mundana a medida que pasaba el tiempo, porque contaba con muchas oportunidades para cultivar relaciones sociales. No solamente tenía que hacer los honores a quienes visitaran la comunidad, sino que, a menudo, los asuntos del convento también la obligaban a viajar, circunstancia que le ofrecía múltiples ocasiones para trabar conocimiento con sus vecinos. Algunas veces debía ir a Londres, a causa de un litigio, y esto constituía una gran excursión, que realizaba en compañía de una monja —o acaso de dos—, de un sacerdote y de varios alabarderos cuya misión era custodiarla. A veces tenía que ir a entrevistar al obispo a fin de obtener la autorización necesaria para recibir a algunas colegialas de corta edad en el convento; otras, asistía al funeral de un personaje importante que había estado vinculado a su padre y que le había legado en su testamento veinte chelines y una copa de plata; a veces, concurría a la boda de alguna de sus hermanas o a actuar como madrina de sus hijos, aunque los obispos no veían con buenos ojos esas ligaduras terrenales, ni los bailes y diversiones que acompañaban a bodas y bautizos. Por cierto, en algunas ocasiones, sus monjas se quejaban por los viajes de la priora, y afirmaban que, aunque ella sostenía que se veía obligada a hacerlos para resolver asuntos del con-

vento, abrigaban serias dudas y solicitaban al obispo que tuviera la bondad de investigar la cuestión. Sabemos que en un convento las religiosas se quejaban porque la comunidad tenía una deuda de veinte libras esterlinas: "esto se debe principalmente a los crecidos gastos de la priora, pues viaja con frecuencia (y sostiene que lo hace por los asuntos corrientes del convento, aunque no es verdad) con un séquito de acompañantes excesivamente nutrido, y se demora mucho tiempo; además ofrece banquetes suntuosos, no solo cuando está fuera, sino también cuando está en el convento, y gasta mucho en sus atavíos, hasta el punto de que los adornos de piel de su manto cuestan cien chelines".[19]

De hecho, nada había que la iglesia desaprobara más que este hábito —compartido por monjes y monjas— de vagabundear fuera de sus claustros; los moralistas consideraban que la relación con el mundo era la raíz de todos los males que se deslizaban en el sistema monástico. Según un proverbio ortodoxo, un monje fuera de su claustro era como un pez fuera del agua, y debe recordarse que el monje de Chaucer opinaba que dicho proverbio no valía un bledo. Sin duda, la mayoría de los monjes sabía darse maña para nadar en el aire, y las monjas también eran muy hábiles cuando se trataba de dar cualquier clase de excusas para poder deambular en el mundo. Durante toda la Edad Media, concilio tras concilio, obispo tras obispo, reformador tras reformador, trataron sin ningún éxito de mantenerlos encerrados en sus claustros. La más importante de todas las tentativas empezó en 1300, cuando el Papa hizo pública una bula en la que ordenaba que las monjas no abandonaran nunca sus conventos —salvo en circunstancias excepcionales— y que no se permitiera que ningún seglar fuera a visitarlas sin autorización especial y

motivos fundados. En el lector moderno esta orden quizá suscite compasión por las pobres monjas, pero no debe preocuparse pues nadie logró jamás hacerla cumplir durante más de cinco minutos, aunque los obispos perdieran más de dos siglos tratando de hacerlas obedecer, y aún estaban intentándolo, en vano, cuando el rey Enrique VIII disolvió las órdenes religiosas y envió a todas las monjas al mundo para siempre, les gustara o no. El obispo de Lincoln llegó a uno de los conventos de su diócesis, entregó un ejemplar de la bula y ordenó a las monjas que la acataran; pero, al marcharse, ellas corrieron tras él hasta el pórtico y, arrojándole la bula a la cabeza, vociferaron que nunca la cumplirían.[20] Por cierto, los obispos dotados de mayor sentido práctico muy pronto desistieron de sus esfuerzos para hacer cumplir la bula con estricto rigor, y se limitaron a ordenar a las religiosas que no salieran ni hicieran visitas muy a menudo, o sin compañía, sin permiso o sin motivo fundado; pero ni siquiera en esto tuvieron mucho éxito porque las monjas siempre proliferaban en excelentes pretextos cuando deseaban salir del convento; algunas veces decían que sus padres estaban enfermos y que era imprescindible que fueran a arreglarles las almohadas; otras veces, que tenían que ir al mercado a comprar arenques; en otras ocasiones alegaban que debían ir a confesarse a determinado monasterio; muchas veces es realmente difícil imaginarse *qué* decían. ¿Qué debemos pensar, por ejemplo, de esa monja casquivana "que pasaba la noche del lunes con frailes agustinos en Northampton, bailando y tocando el laúd con ellos en el mismo lugar hasta medianoche, y que al día siguiente pasaba la velada con los frailes predicadores en Northampton, tocando el laúd y bailando de igual manera?"[21] Chaucer nos ha revelado cuánto le complacía al fraile tocar el arpa

y que sus ojos centelleaban como estrellas cuando cantaba, pero el poeta acaso no se dio cuenta de que había inducido a Madame Eglentyne a bailar.

Sin duda, es difícil conjeturar qué pretextos "legítimos" pueden haber ofrecido las monjas para justificar su continuo vagabundeo por calles y campos o para entrar y salir de las casas de los seglares y, aunque nos resulta muy lamentable, tememos que, o bien a Madame Eglentyne le era imposible mantenerlas en un puño, o bien hacía la vista gorda. Sea como fuere, sospechamos que la priora no se había formado un concepto demasiado elevado de los obispos. Después de todo, Chaucer nunca habría podido encontrarla si la priora no se hubiera dado maña para embaucarlos, pues si había una excusa para vagabundear que los obispos desaprobaran en forma total, era precisamente el pretexto de hacer una peregrinación. Madame Eglentyne no era tan ingenua y recatada como parecía. ¿Cuántos críticos literarios que se han reído entre dientes de la priora, saben que jamás debió haber figurado en el *Prólogo* de la obra de Chaucer? La Iglesia sostenía con absoluta claridad que era imprescindible evitar que las religiosas hicieran peregrinaciones, y ya en el año 791 un concilio había prohibido dicha costumbre, y en 1195, otro concilio, reunido en York, decretó: "con el objeto de quitar a las monjas toda oportunidad de vagabundear, les prohibimos que hagan peregrinaciones". En 1318, un arzobispo de York prohibió estrictamente a las monjas de un convento que abandonaran su comunidad "a fin de cumplir un voto de peregrinación que pudieran haber formulado. Y si tal promesa hubiera sido hecha por alguna monja, ésta debería recitar tantos salterios como días hubiese tardado en cumplir la peregrinación tan imprudentemente prometida".[illegible] Uno puede imaginar el aspecto melancólico que habría

tenido la pobre Madame Eglentyne mientras entonaba con voz nasal sus interminables salterios en lugar de estar cabalgando alegremente en locuaz compañía y narrando con encantadora gracia la leyenda del pequeño San Hugo. Ejemplos de tales prohibiciones pueden multiplicarse si se consultan los archivos medievales; y, por cierto, basta leer Chaucer para deducir por qué los obispos se oponían con tanta tenacidad a que las monjas hicieran peregrinaciones; no hay más que recordar quiénes eran algunas de las personas en cuya compañía viajaban la priora y algunas de las historias que narraban; ¡si solo pudiéramos estar seguros, por ejemplo, de que ella cabalgaba constantemente con su monja y sus sacerdotes o, al menos, entre el Caballero y el pobre Cura de aldea! Pero también estaban el Molinero y el Alguacil, y, para colmo de males, esa alegre e insinuante pecadora: la Mujer de Bath. Es muy perturbador pensar en los detalles adicionales que acerca de sus cinco maridos pudo haber dado la Mujer de Bath a la priora.

Esta, pues, fue la priora de Chaucer en la vida real, ya que el poeta que la describió es uno de los observadores más extraordinarios de toda la literatura inglesa. Podemos hojear centenares de informes de inspecciones y centenares de mandatos y, por todas partes, desde sus páginas, la priora nos guiñará sus ojos grises, pero, en última instancia, siempre tendremos que recurrir a Chaucer para hallar su retrato y para resumir cuanto nos han enseñado los archivos históricos. El poeta la evocó tal como la había visto el obispo: ... aristocrática, tierna, mundana, preocupándose por "imitar las maneras de la corte", aficionada a las prendas bonitas y a los perritos; una dama de importancia, asistida por una monja y tres sacerdotes, recibida con respeto por el nada remilgado posadero, quien, al

verla, no exclama *Corpus Dominus* o "*¡por el diablo!*", sino "acercaos, mi señora priora", y

> Mi señora priora, con vuestra licencia,
> y siempre que supiera que no os molesto,
> yo opinaría que contaseis el próximo cuento;
> ahora bien, ¿querríais dignaros, mi buena señora?

El posadero no le hablaba así a ninguno de los otros, excepto, quizás, al Caballero.

¿Era piadosa? Tal vez, pero, aparte de la alusión al modo de cantar el oficio divino y de la encantadora invocación a la Virgen —al comienzo del cuento que protagoniza Madame Eglentyne— muy poco es lo que Chaucer puede decir acerca del tema:

> En lo tocante a sus prendas morales
> era tan bondadosa y compasiva . . .

y entonces, cuando esperamos que nos explique que daba limosna a los pobres, Chaucer nos cuenta que lloraba cuando un ratón era cogido en la trampa o cuando castigaban a un perrito. ¿Una buena superiora de su comunidad? Lo era, sin duda; pero, cuando la encontró Chaucer, la comunidad se gobernaba por sí misma en algún lugar "en el extremo del condado". En el siglo XIV, el mundo estaba lleno de peces fuera del agua, y Madame Eglentyne, jurando por San Eloy —que era su juramento mas fuerte— afirmaba, al igual que el monje de Chaucer, que el famoso proverbio no valía un bledo. Nos despedimos, pues, de ella —no podría ser de otro modo— en el camino a Cantórbery.

CAPÍTULO IV

LA ESPOSA DEL MENAGIER

UN AMA DE CASA PARISIENSE EN EL SIGLO XIV

La esfera de acción de una mujer es el hogar.
HOMO SAPIENS

Los hombres de la Edad Media, al igual que los de todas las épocas, inclusive la nuestra, eran muy aficionados a escribir manuales sobre comportamiento, para indicar a las mujeres cómo debían proceder en todas las circunstancias de la vida, especialmente en el trato con sus maridos. Se han conservado muchos manuales de esta índole, y entre ellos hay uno que tiene particular interés por el vigoroso sentido común de quien lo escribió y por la cotidiana y vívida descripción que ofrece de un hogar burgués. Si bien en su mayoría estos manuales fueron escritos en abstracto (por así decir), para las mujeres en general, éste, en cambio, fue redactado por un determinado esposo para una esposa determinada y, por lo tanto, está tomado de la vida real en todos sus detalles, de modo que se singulariza por una fisonomía muy peculiar de la que suelen carecer los libros similares.

Si quisiéramos buscarle un paralelo, quizá no lo encontraríamos en ningún otro tratado medieval,

sino en aquellas páginas del *Económico* de Jenofonte en las que Isómaco describe a Sócrates la educación de una esposa griega perfecta.

El Ménagier de París (dueño de casa o el señor de París, como diríamos nosotros) escribió este libro entre los años 1392 y 1394 para instruir a su joven esposa. Era un hombre rico, que no carecía de instrucción, y tenía una experiencia comercial bastante considerable; es obvio que pertenecía a esa sólida e ilustrada *haute bourgeoisie* en la que habría de apoyarse la monarquía francesa con confianza cada vez mayor. Cuando lo escribió, sin duda ya estaba acercándose a la vejez; evidentemente tenía más de sesenta años, pero acababa de casarse con una mujer de cuna más encumbrada, una huérfana oriunda de otra provincia. Se refiere varias veces a la "considerable juventud" de su esposa, y hubo de tomar a su servicio a una mujer que oficiaba al mismo tiempo de ama de llaves y dama de compañía para que la ayudara y orientara en el manejo de la casa; y, por cierto, al igual que la mujer de Isómaco, su esposa tenía solo quince años cuando se casó con ella. La mentalidad moderna se escandaliza cuando las respectivas edades de ambos cónyuges son muy dispares, hecho al que la Edad Media, época de *mariages de convenance*, estaba más habituada. "Raras veces —dice el Ménagier— encontraréis a un hombre tan anciano que no pueda desposar a una mujer joven." Sin embargo, la actitud que adopta respecto de su joven esposa nos demuestra que quizás haya compensaciones aun en un matrimonio entre primavera e invierno. En su libro resuena reiteradamente una nota de ternura que parece más propicia de un padre que de un marido: es una afectuosa comprensión de los sentimientos de una niña casada que un hombre más joven acaso no habría alcanzado. Por encima de sus perogrullescos con-

sejos parece flotar algo que se asemeja a la suave melancolía de una tarde otoñal en la que muerte y belleza están hermanadas. La tarea de su mujer era confortarlo en sus últimos años, y a su vez la suya propia era facilitarle esa tarea. Repite en forma constante que no exige de ella un respeto arrogante, ni una atención demasiado humilde o estricta, porque eso no es lo que a él le corresponde; desea solo la misma atención que sus vecinas y parientas prestan a sus maridos, "pues a mí no me corresponde sino la atención común, o aun menos".

En el *Prólogo* dedicado a su mujer describe con singular encanto la escena que lo indujo a escribir el libro: "Tú, que tenías quince años de edad, me rogaste —la semana que nos casamos— que quisiera ser indulgente con tu juventud y con tus escasas e ignorantes atenciones hasta que hubieras visto y aprendido algo más, y te apresuraste a prometerme que pondrías en ello el mayor cuidado y diligencia . . ., pidiéndome humildemente, en nuestro lecho, según recuerdo, que por el amor de Dios no te corrigiera con rudeza delante de extraños ni delante de la gente que habitualmente nos acompaña, sino que lo hiciera todas las noches o día a día, en nuestra alcoba, y que te indicara las cosas impropias o necias hechas en el día o en días pasados, y que te castigara, si lo deseaba, y que entonces no dejarías de enmendarte, de acuerdo con mis enseñanzas y correcciones, y harías todo lo posible por acatar mi voluntad; así te expresaste. Me pareció prudente lo que me dijiste, te alabé y agradecí por ello y desde entonces lo he recordado a menudo. Has de saber, querida hermana,* que todo lo que yo sé que has hecho

* Al dirigirse a ella la llama siempre "hermana", término de afectuoso respeto.

desde que nos casamos hasta ahora, y todo que hagas de aquí en adelante con buena intención, ha sido y es bueno y mucho me ha complacido, me complace y me complacerá, pues tu juventud te exime de ser demasiado prudente y habrá de disculparte en todo lo que hagas con buena intención para agradarme. Has de saber también que no me disgusta —por el contrario, me agrada— que cultives y cuides rosas y violetas, que trences guirnaldas y que bailes y cantes; deseo que continues procediendo así entre nuestros amigos y entre quienes tienen nuestra misma posición, por cuanto es correcto y apropiado que pases así el tiempo de tu femenina juventud, con tal de que no desees ni te propongas asistir a los banquetes y a los bailes de los señores demasiado encumbrados, pues ello no es decoroso para ti ni conviene a tu posición y a la mía".[1]

Entretanto, el Ménagier no ha olvidado que su mujer le ha pedido que la corrija y enseñe en privado; escribe, pues, un librito —que fue, empero un gran libro aun antes de que lo terminara— para enseñarle de qué manera podía sentirse cómoda, pues le apena esa criatura que desde tanto tiempo atrás carece de padre y de madre y que está lejos de las parientas que podrían aconsejarla: "Me tienes a mí solamente —le dice— y yo soy quien te ha separado de tu parentela y del lugar en que naciste" A menudo ha reflexionado en el asunto y por eso puede ofrecerle "una fácil introducción general" al arte de ser esposa, dueña de casa y dama perfecta. Aparte de su deseo de ayudarla y de propender a su propia comodidad —pues tenía hábitos muy arraigados—, da como causa de su preocupación un motivo muy peculiar, que repite de vez en cuando, y que es, sin duda, la razón más insólita que haya tenido un marido para aleccionar a su mujer. Es viejo —dice— y ha de mo-

rir antes que ella; por lo tanto, es esencial que su mujer lo haga quedar bien ante su segundo marido. ¡Qué pensaría de él su sucesor si ella llegara a acompañarlo a misa con el cuello de la *cotte* arrugado, si no supiera quitar las pulgas de las mantas o cómo disponer una cena para doce personas en Cuaresma! Es característico de la mentalidad sólida y razonable del Ménagier encarar con ecuanimidad y sentido común el segundo casamiento de su joven esposa. Titula así una de las partes del libro: "Debes ser cariñosa con tu marido (ya sea yo mismo, ya sea otro), siguiendo el ejemplo de Sara, Rebeca y Raquel". ¡Qué diferente de esos maridos (parecidos al perro del hortelano o ansiosos por la suerte que puedan correr sus hijos en manos de un hipotético padrastro rudo) cuyos testamentos con tanta frecuencia revelan el deseo de someter a sus mujeres a una viudez perpetua! Éste es el caso de William de Pembroke, que murió en 1469 advirtiendo a su mujer: "Y, esposa, recuerda la promesa que me hiciste de conservar tu viudez, pues ésa ha de ser la mejor forma de cumplir mi voluntad".

El contenido del libro "dividido en tres secciones que incluyen diecinueve parágrafos importantes" es muy amplio. La primera parte trata de los deberes morales y religiosos. Dice el Ménagier: "La primera sección es necesaria para que te sea otorgado el amor de Dios y la salvación de tu alma, y también para que te sea concedido el amor de tu esposo y la paz que en este mundo debe lograrse en el matrimonio. Y como estas dos cosas —salvar tu alma y confortar a tu marido— son las dos más necesarias, en consecuencia han sido tratadas en primer término". Siguen luego varios parágrafos que indican a la dama cómo debe decir su oración matinal al levantarse, cómo debe comportarse cuando asiste a misa y cómo debe hacer

su confesión al sacerdote; por añadidura incluye una extensa y algo alarmante digresión sobre los siete pecados mortales —cuya comisión seguramente nunca hubiese pasado por su rizada cabecita— y otro sobre las correspondientes virtudes.[2] Pero la mayor parte de esa sección se refiere al fundamental tema de los deberes de la mujer hacia su marido: debe ser cariñosa, humilde, obediente, cuidadosa y reflexiva respecto de la persona del marido: debe mantener en silencio los secretos del esposo y ser paciente aunque él sea necio y permita que su corazón se extravíe en busca de otras mujeres. La sección está ilustrada por una serie de relatos (conocidos en la Edad Media con el nombre de *exempla*) entresacados de la Biblia, del acervo común de anécdotas que poseía todo trovador y predicador y —lo que es más interesante— de la experiencia personal del Ménagier. Entre las ejemplificaciones más extensas del Ménagier se cuenta la narración moral tan difundida —pero intolerablemente aburrida— de Melibeu y Prudence, perteneciente a Albertano de Brescia y traducida al francés por Renault de Louens, versión de la que copió el Ménagier y que adaptó Jean de Meung en el *Roman de la Rose*, de donde a su vez la tomó Chaucer para contarla a los peregrinos de Cantórbery. También encontramos el famoso cuento de Petrarca protagonizado por la paciente Griselda —cuento que asimismo tomó Chaucer dándole fama aún mayor— y un extenso poema escrito en 1342 por Jean Bruyant, notario del Châtelet* de París, y llamado "La senda de la pobreza y la riqueza", en el que se inculcaban presteza y prudencia.[3]

La segunda parte del libro se refiere al manejo de la casa y es, con mucho, la más interesante. La

* Nombre con que se designaba en París un tribunal de Justicia. (*N. del R.*)

amplitud de los conocimientos del Ménagier deja boquiabierto al lector. ¡El individuo es una perfecta señora de Beeton! * Esta parte incluye una detallada disertación sobre horticultura, y otra en que se exponen los factores que deben tomarse en cuenta al contratar servidores y los métodos que luego han de ponerse en práctica para gobernarlos. No parece habérsele planteado, en cambio, el problema moderno de los sirvientes que abandonan su empleo. Hay instrucciones para remendar, airear y limpiar vestidos y pieles, para quitar manchas de grasa, para atrapar las pulgas y para librar el dormitorio de moscas, cuidar del vino o vigilar la administración de una alquería.

Al llegar a determinado punto, se interrumpe y dice a su mujer: "Ahora puedes ir a descansar o a distraerte pues no voy a continuar hablándote y, mientras tú te entretienes en alguna otra cosa, hablaré con Maese Juan, el administrador que cuida nuestros bienes, a fin de que si alguno de nuestros caballos —sea de silla, sea de labranza— tiene un inconveniente o si es necesario comprar o canjear un animal, Maese Juan sepa algo de lo que debe saber al respecto". Siguen luego varias páginas de prudentes recomendaciones sobre las cualidades de los caballos y sobre cómo examinarlos y verificar su edad y sus defectos desde el punto de vista del criador de equinos: se trata de los "datos" prácticos de un hombre (que, evidentemente, conocía y quería a sus animales) unidos a consejos para tratar varias enfermedades de la raza caballar. Entre las distintas recetas que proporciona el Ménagier

* Isabella Beeton, que vivió en el período victoriano y murió a los veintinueve años, publicó hacia 1880 un manual de repostería y de instrucciones para el gobierno de la casa titulado *House hold management*, que se considera uno de los primeros y más significativos de su época. (*N. del R.*)

figuran dos ensalmos. Por ejemplo: "cuando un caballo padece de muermo, tiene que decirle estas palabras junto con tres padrenuestros: abgla, † abgly, † alphard, † asy, † *pater noster*, etc."[4]

En último término —si bien no es lo de menor importancia— figura un magnífico libro de cocina distribuido en la misma forma que desde entonces hasta nuestros días ha tenido tradicionalmente este *tipo* de obra: empieza con una nómina de *menús-tipo* destinados a almuerzos y cenas, fríos o calientes, y a comidas livianas o banquetes, de verano o de invierno; al mismo tiempo aconseja con respecto a la elección de carne, aves de corral y especias, y termina con una extensa serie de recetas para preparar toda clase de sopas, estofados, salsas y otras viandas, ¡y, por añadidura, hay una digresión sobre las comidas apropiadas para enfermos!

El Ménagier se proponía dividir la tercera parte de su libro en tres parágrafos: en primer lugar, una sección dedicada a varios juegos de salón destinados al entretenimiento en el interior de la casa; en segundo lugar, una disertación sobre la caza con halcones —el deporte al aire libre favorito de las damas— y en tercer lugar una nómina de divertidos acertijos y pasatiempos aritméticos ("sobre la base de cuentas y números, y difíciles de descubrir o de adivinar"), similares, presumiblemente, a nuestro viejo conocido: "si un arenque y medio cuesta tres medios peniques . . ." Por desgracia, el Ménagier aparentemente nunca terminó su libro y de esta tercera parte solo nos ha quedado la disertación sobre cetrería. Es una verdadera lástima porque ya disponemos de varios tratados sobre ese tema, y cuán interesante podría haber sido, en cambio, una nómina de juegos de salón y de acertijos puede deducirse de la lectura de un pasaje que forma parte de la versión que ofrece el Ménagier de la historia de Lucrecia, párrafo en que describe

a las damas romanas: "algunas chismorreaban, otras jugaban al *bric*, al *qui féry;* algunas al *pince merille*, otras jugaban con sus vecinas a la baraja y a distintos juegos placenteros; otras, que habían cenado juntas, entonaban canciones, narraban fábulas y leyendas o intercambiaban apuestas; otras estaban en la calle con sus vecinas, jugando a la gallina ciega, al *bric* y a varios juegos de la misma índole".[5] En aquellos días, antes de que el invento de la imprenta popularizara los libros, las damas medievales solían entretenerse en contar y escuchar leyendas, en proponer acertijos y en jugar, actividades que desde hace mucho tiempo hemos confinado en el cuarto de los niños. La posesión de un amplio repertorio de tales pasatiempos era una cualidad muy apreciada en una dueña de casa. Es evidente que el Ménagier deseaba de todo corazón que su mujer brillara tanto en esos aspectos placenteros como en lo que atañe a las obligaciones de la vida social.

Ésta es la notable obra que el Ménagier de París fue capaz de ofrecer a su desconcertada pero admirativa esposa, y aunque este libro ha sido lamentablemente descuidado por los historiadores, merece que se lo conozca, pues proporciona una descripción de un ama de casa medieval que, por cierto, sería difícil superar. Hay pocos aspectos de su vida diaria que no aborde, y ahora podemos observarla ventajosamente más de cerca y ver así a la dama perfecta, cuyo proceder y cuyas maneras atestiguan su buena crianza; a la perfecta esposa, cuya sumisión al marido es solo igualada por su habilidad en servirlo y complacerlo; a la perfecta señora estimada por sus servidores, quienes hacen funcionar el hogar como un mecanismo de relojería, y a la perfecta ama de casa, la señora de Beeton del siglo XV.

Las opiniones del Ménagier en materia de

comportamiento están incongruentemente intercaladas en la sección sobre deberes espirituales, con el encabezamiento general de: "levantarse a la mañana e ir a la iglesia". Su concepto acerca de la ropa está definido con mucha claridad; no le agrada, de ningún modo, el delicado desorden en el vestir:

"Has de saber, querida hermana, que, si deseas seguir mis consejos, deberás considerar con gran cuidado lo que tú y yo podemos permitirnos de acuerdo con nuestra posición. Cuida de estar vestida honestamente: no te pongas adornos extravagantes y no lleves demasiadas, ni tampoco escasas, fruslerías. Y antes de salir de tu alcoba y de tu casa, ten cuidado de que los cuellos de tu camisa y de tu *blanchet*, *cotte* y *surcotte* no sobresalgan uno del otro, como les sucede a ciertas mujeres ebrias, tontas o necias que no cuidan su honor ni el recato de la dignidad, suya o de sus maridos, y que caminan mirando con ojos extraviados y con la cabeza terriblemente levantada como un león (*la teste espoventablement levée comme un lyon*!) y con los cabellos desgreñados y fuera de la toca, con el cuello de sus camisas y *cottes* arrugados, y que avanzan a la manera de un hombre y sin sentir vergüenza por mostrarse ante la gente en esa forma chabacana y, al respecto, si uno les llama la atención, ofrecen como excusa su laboriosidad y humildad, sosteniendo que son tan diligentes, trabajadoras y humildes que no se ocupan de sí mismas. Pero mienten; se preocupan tanto de sí mismas que si llegan a encontrarse en honorable compañía nunca se sienten dispuestas a que los hombres las atiendan menos que a otras damas más prudentes de su mismo linaje, ni que les dirijan menos saludos, cortesías o reverencias, ni que conversen menos con ellas; y hasta desean más. Y son indignas de ello, porque no saben, de ningún modo,

cómo mantener su honrada reputación, ni la de sus maridos, y ni siquiera la honra de su linaje, al que cubren de vergüenza. Por lo tanto, dulce hermana, debes cuidar de que tu cabello, tu toca, tu pañuelo, tu caperuza y el resto de tu atavío estén arreglados y decentemente ordenados a fin de que ninguno de los que te vean pueda reírse o burlarse de ti, sino que, por el contrario, a todos los demás les sea posible hallar en tu persona el ejemplo de un atavío hermoso, sencillo y decente... Cuando vayas a la ciudad o a la iglesia, hazlo acompañada convenientemente por mujeres honorables, según lo que corresponde a la posición, y huye de las compañías dudosas, nunca permitas que una mujer de mala reputación sea vista contigo. Al caminar mantén la cabeza erguida, ten bajos los párpados y no parpadees, mira en línea recta delante de ti a una distancia de cuatro varas, sin fijar la vista en ningún hombre o mujer ni a la derecha ni a la izquierda; no pasees la mirada por todas partes, y en el camino no te detengas a hablar con nadie."[6]

Ése es el canon de comportamiento femenino que primaba en la Edad Media.

Pasemos de la dama a la esposa. En lo que atañe a la actitud de la mujer con respecto a su marido, las ideas del Ménagier son bastante similares a las corrientes en su época. Pueden resumirse en sumisión, obediencia y atención constantes; la mujer debe estar alegre en el lecho y en la mesa, aun cuando en ciertas circunstancias ese júbilo oculte un corazón pesaroso. El buen sentido característico del burgués no le impidió comparar el amor de la mujer al marido con la fidelidad de los animales domésticos a sus amos: "si observas a los animales domésticos, puedes comprobar que un sabueso, un mastín o un perrillo siempre —ya sea en el camino, en la mesa o en la cama— se mantienen

junto a la persona que les da de comer, en tanto que son retraídos y hostiles con los demás y se alejan de ellos; si el perro está lejos de su amo, siempre lo recuerda y lo tiene presente; y aun cuando aquél lo azote o le arroje piedras, el perro lo sigue, y meneando la cola y echándose a sus pies intenta apaciguarlo; y lo acompaña por ríos y bosques, entre ladrones o en el fragor de las batallas... Por lo tanto, las mujeres, a quienes Dios otorgó sentido común y que poseen raciocinio, por motivos mejores y más valederos, deben sentir un amor perfecto y solemne por sus esposos; en consecuencia, te pido que ames sobremanera al que haya de ser tu marido y que seas su confidente".[7] La paciencia es una cualidad esencial de las mujeres casadas y, por penosas que sean las circunstancias, nunca deben quejarse. El Ménagier cuenta tres relatos para demostrar que, si quiere recobrar el amor de un marido infiel, la esposa debe ser tolerante. Uno es el famoso cuento de Griselda, pero los otros dos, según él mismo dice, fueron sacados de su propia experiencia. En el primero se refiere a la mujer de un famoso *avocat*, miembro del *parlament* de París, que se ocupaba de la educación y del casamiento de la hija ilegítima de su marido, "y él nunca escuchó reproche alguno ni palabras rudas o desagradables". El segundo es la historia, narrada en forma encantadora, de cómo la mujer de John Quentin recobró el cariño de su esposo, que se había apartado de ella para ir en pos de una hilandera.[8] Todo parece demostrar que el Ménagier eligió con cuidado el símil del perrito porque se suponía que la esposa medieval, al igual que el perro, tenía que lamer la mano que la castigaba. No obstante, aunque el Ménagier aprobaba todos los cánones corrientes en su época, su buen criterio y su conocimiento de las realidades de la vida le hacían comprender que no era lógico

exigir que, para acatarlos, se cayera en extremos. ebe recordarse el comentario de Chaucer, otro realista, sobre la historia de la paciente Griselda...

Griselda ha muerto junto con su paciencia:
ambas están en Italia sepultadas.
Por ello, en pública audiencia reclamo
que ningún marido tenga la audacia de acometer
la paciencia de su mujer, esperando en hallar
una Griselda, porque en verdad fracasará.
Oh, nobles esposas, colmadas de gran prudencia,
que ninguna humildad retenga vuestra lengua,
ni deis lugar o motivo a escritor alguno
para que narre de vosotras una historia de tanta maravilla
como la que se refiere de la paciente y bondadosa Griselda,
(a fin de que Chichivache * no se engorde con vosotras **).

Su descripción de la mujer de Bath fue un comentario aún más satírico. He aquí lo que el Mé agier se siente obligado a decir a su joven esposa obre el mismo tema:

"Y yo, que la he incluido (la historia de Grisel-), lo he hecho solo para ilustrarte y no para licarla a ti, pues no soy digno de hacerlo; y ni oy marqués, ni cuando te desposé eras una mendiga, ni soy tan tonto, engreído o falto de criterio ue ignore que no me corresponde atacarte ni po- rte a prueba ni así, ni en forma similar. Dios ne guarde de tratarte de ese modo, escuchándome on pérfidas hipocresías... y perdóname que el elato hable (según mi opinión) de excesiva crueldad y desatino. Has de saber que tal cosa nunca

* Chichivache era una vaca flaca que se alimentaba n las esposas pacientes, mientras que su compañero Bi- rne engordaba gracias a los maridos sumisos. (A. W. llard.)

** Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 1176-1188. (*N. d. R.*)

aconteció; lo dice la narración y no debo corregirlo ni alterarlo, pues lo ha compuesto alguien más prudente que yo. Es mi deseo que, puesto que otros lo han leído, lo conozcas tú también y puedas conversar sobre cualquier tema, como hacen otras personas."[9] Aún más, a pesar del ideal de sumisión que presenta a su mujer, el Ménagier puede decir algunas palabras encantadoras sobre el amor —exhalando un suspiro, tal vez, al recordar su avanzada aunque no ríspida edad— y también puede dedicar un pensamiento a ese esposo futuro, más joven, que algún día será la felicidad de su mujercita. "Creo, en nombre de Dios —dice el Ménagier—, que, cuando dos personas buenas y honorables están casadas, cualquier otro amor que no sea el mutuo es desechado, destruido y olvidado. Y me parece que, cuando están juntas, se miran la una a la otra más que a los demás, se abrazan y se sostienen mutuamente, y no sienten deseos de hablar ni hacer de señas sino entre sí. Y cuando están separadas, cada una piensa en la otra y dice para sí: 'Cuando lo vea procederé así o así, le diré tal cosa, lo instaré a que haga esto o aquello.' Y todo su placer, su mayor deseo y su perfecta alegría consisten en complacerse y en obedecerse recíprocamente, si en realidad se aman."[10]

La mayor parte del libro del Ménagier, sin embargo, no se refiere a las sutilezas teóricas de la sumisión femenina, sino al bienestar general. Las instrucciones que da sobre la forma de lograr que el marido se sienta cómodo realmente palpitan de vida, y, al mismo tiempo, hay algo indescriptiblemente tierno y conmovedor en ellas; revelan más sobre la vida real de la esposa de un burgués que cien relatos sobre la paciente Griselda o sobre Jehanne la Quentine. Leed este pasaje —¡qué producto típico de la imaginación masculina!—, en donde el Ménagier describe el vigoroso sostén de

la familia maltratado por todos los rigores del clima y por grandes incomodidades, dedicado noblemente à la tarea de ganarse la vida, al que fortalece el recuerdo de una mujercita hogareña, que en su casa se ocupa en zurcirle las medias junto al fuego y que está dispuesta a prodigar sus atenciones al cansado héroe cuando regrese a la noche. El pasaje es un excelente ejemplo del estilo vívido y sencillo del Ménagier y del uso que hace de episodios de la vida cotidiana para ilustrar su disertación, lo que constituye uno de los mayores encantos del libro.

"Dulce hermana, si después de mí tienes otro marido, has de saber que debes preocuparte mucho por su bienestar porque, cuando una mujer ha perdido a su primer esposo, por lo común le es difícil encontrar otro que convenga a su posición y se queda sola y desconsolada durante largo tiempo.*

"Y aún más, si llega a perder al segundo marido. Por lo tanto, trata cariñosamente a la persona de tu esposo y, te lo ruego, tenle la ropa limpia, pues ésa es la tarea que te está reservada. Y como al hombre le corresponde ocuparse de los asuntos externos, el marido, por lo tanto, debe darse prisa e ir y venir y trasladarse de un sitio a otro, con lluvia, viento, nieve y granizo, ora empapado, ora seco, ora transpirado, ora tiritando, mal alimentado, sin albergue adecuado, mal abrigado y con mala cama; y nada le causa daño porque lo alienta la certeza de que ha de regresar a su casa donde encontrará a su mujer, que lo cuida y que personalmente —en ordenando que se disponga lo necesario— le proporciona toda clase de comodidades, alegrías y placeres; en su casa puede quitarse el calzado ante un buen fuego, lavarse los pies y cambiarse medias y zapatos; se le proporciona buen

* Aparentemente, la experiencia contradice esta afirmación.

alimento y buena bebida, está bien servido y bien atendido, se acuesta gratamente entre blancas sábanas y con un buen gorro de dormir, bien abrigado con pieles; además, su mujer también le procura otras alegrías y diversiones, confidencias, amor y secretos, que paso en silencio; y al día siguiente, camisas y ropa limpia. Ciertamente, dulce hermana, tales ventajas logran que todo hombre ame su hogar, que desee regresar a él para ver a su amada compañera y que se mantenga alejado de otras mujeres.

"Por consiguiente, te aconsejo que confortes así a tu esposo cuando se desempeña en sus actividades y que perseveres en ello; te aconsejo, también, que seas apacible con él, y que recuerdes el proverbio campesino según el cual tres son las cosas que ahuyentan al marido del hogar, a saber: las goteras en el techo, el humo en la chimenea y una mujer regañona.[11] Por eso, dulce hermana, te ruego que, con el objeto de conservar el amor y la buena disposición de tu marido, seas con él gentil, amable y cortés. Haz por él lo que las buenas y sencillas mujeres de nuestro país dicen que se ha hecho con sus hijos, cuando los muchachos han depositado su amor en otra parte y sus madres no pueden desarraigarlos de ese cariño. Es muy cierto que, cuando padres y madres están muertos, y padrastros y madrastras pelean con sus hijastros, los regañan y los rechazan sin preocuparse por su reposo, sus alimentos y bebidas, sus medias, camisas y todas las demás necesidades y asuntos, esos mismos muchachos encuentran en otra parte un buen hogar, y solícitos consejos en cualquier otra mujer, que los acoge y se ocupa de reconfortarlos con un pobre avenate, y de darles una cama, y de que estén prolijos remendándoles las medias, los pantalones, las camisas y otras prendas de vestir; y entonces esos muchachos se apegan y desean estar junto a

la familia maltratado por todos los rigores del clima y por grandes incomodidades, dedicado noblemente a la tarea de ganarse la vida, al que fortalece el recuerdo de una mujercita hogareña, que en su casa se ocupa en zurcirle las medias junto al fuego y que está dispuesta a prodigar sus atenciones al cansado héroe cuando regrese a la noche. El pasaje es un excelente ejemplo del estilo vívido y sencillo del Ménagier y del uso que hace de episodios de la vida cotidiana para ilustrar su disertación, lo que constituye uno de los mayores encantos del libro.

"Dulce hermana, si después de mí tienes otro marido, has de saber que debes preocuparte mucho por su bienestar porque, cuando una mujer ha perdido a su primer esposo, por lo común le es difícil encontrar otro que convenga a su posición y se queda sola y desconsolada durante largo tiempo.*

"Y aún más, si llega a perder al segundo marido. Por lo tanto, trata cariñosamente a la persona de tu esposo y, te lo ruego, tenle la ropa limpia, pues ésa es la tarea que te está reservada. Y como al hombre le corresponde ocuparse de los asuntos externos, el marido, por lo tanto, debe darse prisa e ir y venir y trasladarse de un sitio a otro, con lluvia, viento, nieve y granizo, ora empapado, ora seco, ora transpirado, ora tiritando, mal alimentado, sin albergue adecuado, mal abrigado y con mala cama; y nada le causa daño porque lo alienta la certeza de que ha de regresar a su casa donde encontrará a su mujer, que lo cuida y que personalmente —en ordenando que se disponga lo necesario— le proporciona toda clase de comodidades, alegrías y placeres; en su casa puede quitarse el calzado ante un buen fuego, lavarse los pies y cambiarse medias y zapatos; se le proporciona buen

* Aparentemente, la experiencia contradice esta afirmación.

alimento y buena bebida, está bien servido y bien atendido, se acuesta gratamente entre blancas sábanas y con un buen gorro de dormir, bien abrigado con pieles; además, su mujer también le procura otras alegrías y diversiones, confidencias, amor y secretos, que paso en silencio; y al día siguiente, camisas y ropa limpia. Ciertamente, dulce hermana, tales ventajas logran que todo hombre ame su hogar, que desee regresar a él para ver a su amada compañera y que se mantenga alejado de otras mujeres.

"Por consiguiente, te aconsejo que confortes así a tu esposo cuando se desempeña en sus actividades y que perseveres en ello; te aconsejo, también, que seas apacible con él, y que recuerdes el proverbio campesino según el cual tres son las cosas que ahuyentan al marido del hogar, a saber: las goteras en el techo, el humo en la chimenea y una mujer regañona.[11] Por eso, dulce hermana, te ruego que, con el objeto de conservar el amor y la buena disposición de tu marido, seas con él gentil, amable y cortés. Haz por él lo que las buenas y sencillas mujeres de nuestro país dicen que se ha hecho con sus hijos, cuando los muchachos han depositado su amor en otra parte y sus madres no pueden desarraigarlos de ese cariño. Es muy cierto que, cuando padres y madres están muertos, y padrastros y madrastras pelean con sus hijastros, los regañan y los rechazan sin preocuparse por su reposo, sus alimentos y bebidas, sus medias, camisas y todas las demás necesidades y asuntos, esos mismos muchachos encuentran en otra parte un buen hogar, y solícitos consejos en cualquier otra mujer, que los acoge y se ocupa de reconfortarlos con un pobre avenate, y de darles una cama, y de que estén prolijos remendándoles las medias, los pantalones, las camisas y otras prendas de vestir; y entonces esos muchachos se apegan y desean estar junto a

ella y dormir cálidamente con la cabeza apoyada entre sus pechos, y se apartan por completo de sus padres y madres, quienes, así como antes no se preocuparon por ellos, ahora quieren recobrarlos y tenerlos nuevamente consigo. Pero eso ya no puede ser, porque esos hijos prefieren la compañía de extraños, que piensan en ellos y se preocupan por su bienestar, a la de sus propios parientes, de quienes no reciben cuidado alguno. Entonces, los padres se lamentan y lloran y dicen que esas mujeres han embrujado a sus hijos, y que éstos están hechizados y no pueden apartarse de ellas, y que no se sienten cómodos sino cuando están con quienes los embrujaron. Pero, dígase lo que se quiera, eso no es hechicería, eso es obra del amor, del cuidado, de la intimidad, de las alegrías y placeres de toda suerte que estas mujeres proporcionan a esos muchachos, y por mi alma que no hay otra brujería... Por lo tanto, dulce hermana, te ruego que hechices y vuelvas a hechizar a tu marido, que tengas cuidado con las goteras del techo y con el fuego que despide humo, que no lo regañes y que seas con él gentil, cariñosa y apacible. Para hechizarlo procura que en invierno tenga un buen fuego sin humo y que descanse bien abrigado en tu seno..., y así debes preservarlo de toda incomodidad y proporcionarle todo el descanso que te sea posible; atiéndelo con diligencia y haz que esté bien servido en vuestra casa; has de preocuparte por sus negocios, pues, si es un hombre sano, se tomará por ellos tantas preocupaciones y molestias que superará tus deseos; si procedes como te he dicho, lograrás que siempre piense en ti y en tus amantes atenciones, que te extrañe y se aparte de otras casas, de todas las demás mujeres, de todos los demás agasajos y familias; nada tendrá valor para él excepto tú, si obras como te he indicado... Y así, cuando viajen los maridos han de pensar en sus mujeres y nin-

guna carga ha de serles pesada por el cariño de sus esposas, a las que estarán tan ansiosos por ver como los pobres ermitaños, penitentes y monjes ayunadores que anhelan contemplar el rostro de Jesucristo; y los esposos agasajados así nunca desearán morar en otro lugar ni en otra compañía, sino que se apartarán, se irán y se abstendrán de hacerlo; todo habrá de parecerles un lecho de piedra en comparación con su propio hogar."[12]

Ya se ha citado lo suficiente, quizá, para exponer la idea que tenía el Ménagier de la esposa perfecta; su concepto de lo que debe ser una perfecta ama de casa se resume en un cúmulo de instrucciones, cuya lectura resulta muy entretenida. La parte del libro que se refiere al manejo de los sirvientes, a sus hábitos y a la manera más prudente de tratar con ellos, tiene un tono tan moderno que, a menudo, uno debe restregarse los ojos para asegurarse de que realmente se trata de un libro escrito hace más de cinco siglos por un anciano burgués parisiense. Es evidente que el Ménagier tenía una servidumbre bastante nutrida y probablemente era propietario de una casa de campo (además de la casa en la ciudad), pues a veces se refiere a la tarea de vigilar a los trabajadores de la alquería "cuando estés en la aldea". Para ayudar a su esposa en la dirección de ese nutrido personal cuenta con un *maître d'hôtel*, Maese Juan el mayordomo (*le despensier*); con un ama de llaves que era a la vez dama de compañía de su joven patrona y que se llamabe Doña Inés, *la béguine* * y con un encargado o capataz, que se ocupaba de la alquería.

* Las beguinas (*béguines*) formaban parte de una orden religiosa (o, para definirlas con mayor exactitud, de una comunidad laica) que llevaba un tipo de vida intermedio entre la monástica y la secular; la orden de las beguinas en cierto sentido era similar a la Orden Terciaria Franciscana.

El Ménagier agrupa a sus sirvientes y operarios en tres clases: primero, los que se empleaban por día o por temporada para hacer determinadas tareas (portadores, carreteros, segadores, aventadores, toneleros, etcétera); segundo, los que trabajaban a destajo (sastres, peleteros, panaderos y zapateros, a quienes en la Edad Media contrataban las familias pudientes a fin de que hicieran cuanto se necesitara con las materias primas adquiridas en las ferias o comercios de la ciudad); y tercero, el servicio doméstico común, se componía de servidores a quienes se contrataba por períodos anuales y que vivían en la casa de su amo. "y de todos éstos —dice— no hay uno solo que no busque de buena gana trabajo y un patrón".

Nos da un divertido informe, basado evidentemente en amarga experiencia personal, sobre las mañas de los operarios contratados. Afirma que por lo común son perezosos, groseros, rápidos para "contestar mal", arrogantes (excepto el día de pago) y dispuestos a proferir insultos cuando no están conformes con su salario; advierte a su mujer que indique a Maese Juan que siempre emplee a los individuos de carácter más apacible y que fije de antemano con ellos el salario que han de percibir por su trabajo.

"Pues debes saber que muy a menudo ellos no quieren discutir el monto del salario y desean ponerse a trabajar en seguida afirmando con toda amabilidad: 'No os preocupéis, mi señor, no hace falta, sin duda me pagaréis bien y me contentaré con lo que vos estiméis conveniente.' Y si Maese Juan los toma sin mayor dilación, cuando acaban el trabajo exclaman: 'Señor, había que hacer más de lo que yo pensaba, tuve que hacer esto y lo otro, y patatín patatán', y no quieren recibir lo que se les da y comienzan a gritar y a proferir palabras

altisonantes... y, lo que es peor todavía, andan por todas partes hablando mal de ti."[18]

Sobre la base de los diversos reglamentos que fueron dictados desde la época de la peste negra en adelante con el objeto de fijar los salarios, sabemos que a fines del siglo XIV los problemas laborales eran agudos en Francia, como así también en Inglaterra; y las acotaciones del Ménagier proporcionan interesantes detalles adicionales sobre la situación.

Sin embargo, es en sus advertencias sobre la contratación y el manejo de las sirvientas donde se pone de manifiesto con mayor claridad cuál es la sabiduría del diablo; incidentalmente, da cuenta de la forma en que se contrataba a las sirvientas en el París del siglo XIV y su relato demuestra que las agencias de colocaciones y los certificados de buena conducta del servicio doméstico no son, de ninguna manera, manómetros exclusivamente modernos. En esa época había en París *recommanderesses* (mujeres que regenteaban lo que nosotros llamaríamos agencias de colocaciones), y un estatuto de 1351 (dictado para fijar salarios después de la peste negra) las autorizaba a cobrar un chelín y seis peniques por dar colocación a una criada y dos chelines por emplear a una niñera. El salario de una sirvienta, en aquellos tiempos, era 30 chelines y el calzado por año. Acerca del delicado asunto de entrevistar y tomar a criadas y criados, el Ménagier advierte a su esposa:

"Has de saber, dulce hermana, que, con el fin de que te obedezcan con mayor diligencia y teman provocar tu enfado, te confiero poder y autoridad para que los hagas elegir por Doña Inés, la beguina —o por cualquiera otra de tus servidoras, como te plazca—, y para admitirlos en tu servicio, darles el salario que estimes conveniente, pagarles y mantenerlos a tu servicio como te parezca y para

en abundancia. Pero "tan pronto como empiecen a narrar historias, a discutir o a apoyarse en los codos, haz que la beguina disponga que se levanten de la mesa y que la destiendan, porque según un proverbio popular, "cuando un lacayo predica en la mesa o un caballo pasta en la zanja, es hora de apartarlos, pues ya se han hartado".

A la noche, después de cumplir las tareas de la tarde, hay que darles otra comida sana, y luego en invierno, pueden calentarse junto al fuego y ponerse cómodos. Más tarde, doña Inés tiene que encargarse de echar los cerrojos y de despedir a los sirvientes para que puedan irse a la cama.

Y doña Inés, antes, debe disponer que junto al lecho cada uno tenga un candelero para colocar la vela; además, tiene que enseñarles prudentemente a apagar la vela con la boca o con la mano —en modo alguno deben hacerlo con la camisa— antes de meterse en el lecho. Así mismo tiene que indicarles y enseñarles a todos y a cada uno qué deben hacer en primer término al día siguiente, y tiene que decirles que a la mañana, al levantarse, cada uno debe consagrarse inmediatamente a la tarea que le ha sido asignada.

Además el Ménager advierte a su mujer que las criadas de quince a veinte años son muchachas tontas que no conocen el mundo; en consecuencia, siempre debe hacerlas dormir cerca de ella en una antecámara o en una habitación que no tenga claraboyas ni ventanas bajas que den a la calle; también debe hacer de modo que se levanten y que vayan a dormir al mismo tiempo que ella. "Y tú misma —agrega—, que, si Dios quiere, ya has de ser muy prudente en esa época, debes tenerlas junto a ti." Aun más, si alguno de los sirvientes se enferma, "debes cuidarlo con afecto y caridad, dejando a un lado todas las demás tareas, y visitarlo y considerar diligentemente la forma de curarlo".[18]

Pero los pasajes más entretenidos de la obra son, quizás, aquellos en que el Ménagier asume el papel de señora de Beeton. La variedad ilimitada de sus conocimientos de economía doméstica se pone de manifiesto en las recetas que transcribe incidentalmente al indicar las medidas que debe adoptar una mujer para asegurar el bienestar de su marido y para encauzar el trabajo de la servidumbre. Hay complejas instrucciones sobre las costosas prendas de vestir medievales, que se usaban año tras año durante toda una vida y que a veces sus propietarios legaban explícitamente en su testamento; recetas para limpiar vestidos y pieles y para preservarlos de las polillas, y recetas para quitar manchas comunes y de grasa. El Ménagier anota siete procedimientos para quitar manchas de grasa, pero es bastante escéptico acerca de uno o dos de ellos que, sin duda, copió de un libro sin verificar personalmente su eficacia. "Para eliminar las manchas de un vestido de seda, satén, barragán, tela de damasco, etcétera —dice una de esas recetas—, sumérgelo en agraz y lava la mancha; ésta desaparecerá, y si el vestido está descolorido, recuperará su color. *Esto último no lo creo.*" Sin embargo, la lectura de esta parte de la obra nos deja la impresión de que el ama de casa medieval estaba constantemente empeñada en una guerra sin cuartel contra las pulgas. Una de las reglas infalibles del Ménagier para conseguir que el marido esté satisfecho en su hogar es proporcionarle un buen fuego en invierno y mantener su cama libre de pulgas en verano. Transcribe seis recetas para eliminar esos seres tan pequeños que, sin duda, deben de haber sido una de las cosas que más fastidiaban a nuestros antepasados.

"En verano debes procurar de que no haya pulgas en tu alcoba ni en tu cama; para lograrlo, puedes proceder de seis maneras distintas, según he

ído decir. Varias personas me han asegurado que se diseminan en la habitación hojas de aliso, las lgas se adhieren a ellas y así es pos'ble atrapars. Además, he oído decir que si de noche colocas en el aposento uno o dos trozos de pan cubiertos con muérdago o trementina y una vela encendida en medio de cada trozo, las pulgas acuden y quean pegadas a ellos. Por mi parte he descubierto otro sistema que es eficaz. Toma una tela gruesa y extiéndela sobre tu habitación y sobre tu cama; todas las pulgas que salten encima de ella quedarán atrapadas, de modo que podrás recoger el trapo llevarlas adonde quieras. Otra receta: badanas. ambién he visto colocar mantas sobre la paja y obre la cama y cuando las pulgas negras saltaban sobre la tela blanca, se las descubría con facilidad y era posible matarlas rápidamente. Pero lo mejor es protegerse contra las que están en las colchas, en las pieles y en las telas de la ropa con que uno se cubre; has de saber que he verificado este método: cuando se doblan las colchas, pieles o vestidos donde hay pulgas y se colocan en un arcón, atadas fuertemente con correas o en una maleta bien atada y prensada, o comprimida de cualquier otra manera, las pulgas quedan aprisionadas y perecen y mueren al instante por falta de aire y de luz."[17] También había que emprender una guerra sin cuartel similar contra las moscas y los mosquitos, que tornaban insoportable el verano. "Algunas veces —dice el Ménagier— en varias alcobas he comprobado que cuando uno se acuesta el aposento está lleno de mosquitos que, atraídos por el aliento de la respiración, se posan en la cara de quienes duermen y los pican, hasta que los durmientes se resignan a levantarse y a encender un fuego con heno para que el humo ahuyente a los insectos." El Ménagier también dispone de seis recetas infalibles contra tales plagas; a saber: un mosquitero

encima de la cama; ramitas de helecho para que las moscas se posen en ellas; un tazón lleno de una mezcla de leche y bilis de liebre o con jugo de cebollas crudas, que las mata; una botella con un trapo impregnado de miel, o sino una cuerda embadurnada con miel; escobillas que, al moverse, los ahuyentan; y cubrir las ventanas con tela o pergamino aceitados.[18]

La sección culinaria, que contiene las instrucciones del Ménagier para "alimentar a ese animal",* es la más extensa del libro y nos proporciona una descripción interesante en grado sumo de la economía doméstica de nuestros antepasados.[19] El Ménagier sin duda debe de haber sido hermano del Propietario de Chaucer, "auténtico hijo de Epicuro".

Practicaba la hospitalidad generosamente:
era el San Julián de su comarca; **
su pan, su cerveza, eran siempre de igual calidad;
en parte alguna había hombre mejor provisto de vinos.
En su casa jamás se carecía de viandas cocidas,
de pescado y de carne, y en tal abundancia
que su mansión rebosaba en manjares y bebidas,
y en todas las delicadezas que es posible imaginar.

Según las diferentes estaciones del año
variaba su comida y su cena.
Tenía muchísimas perdices cebadas en jaulas,
y gran número de sargos y lucios en una piscina.
¡Desgraciado de su cocinero si la salsa
no estaba picante y fuerte, y listo todo el servicio!
Su mesa permanente estaba en el salón siempre puesta y preparada durante el día.***

* Frase tradicional inglesa que alude a los métodos prácticos para retener al marido en el hogar. Este dicho procede de un episodio referido por la revista *Punch* en el año 1886 (t. LXX-IX, pág. 208). (*N. del R.*)

** Según la leyenda, San Julián proporcionaba gratuitamente albergue y comida a los viajeros. (*N. del R.*)

*** Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 339-354. (*N. del R.*)

En éste, al igual que en todos los demás libros medievales culinarios, lo que sorprende al lector moderno es la duración y la cuidadosa preparación de los desmesurados banquetes, sus incontables platos y cubiertos, y las riquezas de las viandas muy sazonadas; hay morcillas y salchichas, carne de venado y de vaca, anguilas y arenques, pescados de río, pescados de mar, redondos o chatos, potajes comunes con condimento o sin él, con carne o sin ella, asados, pasteles y entremeses, diversas salsas hervidas y crudas, potajes y "aguachirles" destinados a los enfermos. Algunas de estas comidas nos parecen sanas y exquisitas, otras arruinarían nuestras actuales digestiones estragadas. Las salsas picantes hechas con vinagre, agrazada y vino eran muy apreciadas, y los clavos de especia, la canela, el galingale, la pimienta y el jengibre aparecían inesperadamente en los platos de carne. Las almendras eran un ingrediente favorito para toda clase de comidas, como aún sucede actualmente en China y en otras regiones de Oriente, y podían utilizarse con más abundancia que en la moderna cocina europea. Fiel a su estirpe gala, el Ménagier incluye recetas para cocinar ranas y caracoles.[10] Algunas de sus instrucciones sin duda han de parecerle vagas a un cocinero moderno; por ejemplo, cuando indica a su cocinera que haga hervir algo todo el tiempo que se tarda en rezar un padrenuestro o un miserere; pero si tenemos en cuenta que aquellas cocinas carecían de reloj y que se vivía en una época muy piadosa, ¿qué otra indicación más clara podía darse? Y, después de todo, no es peor que aquello de "cocine en horno caliente", frase que aún se encuentra en muchos libros culinarios modernos, cuyos autores debieran ser más explícitos. Otras instrucciones son bastante detalladas; en un valioso pasaje incluye una nómina de todos los mercados de carne de París, junto con el número de

carniceros que había en cada uno y con la cantidad de ovejas, bueyes, cerdos y temeros que se vendían cada semana; después agrega, como dato interesante, la cantidad de carne y de aves de corral que se consumía por semana en la residencia del rey, de la reina y de los príncipes reales, de los duques de Orleáns, de Berry, de Borgoña y de Borbón. En un pasaje se refiere a otros mercados: el Pierre-au-Lait o mercado de la leche; el Place de Grève, donde se vendían carbón y leña, y el Porte-de-Paris, que no solamente era un mercado de carnes, sino también el lugar más indicado para comprar pescado, sal y follaje para adornar los aposentos.

A modo de guía adicional para su esposa, el Ménagier transcribe detalladamente las provisiones que se prepararon con destino a varios banquetes muy importantes: un almuerzo que ofreció el abad de Lagny al obispo de París y a los miembros del Consejo Real; la fiesta, incluyendo almuerzo y cena, organizada por un tal Maese Elías (evidentemente un solemne y venerable *maître d'hôtel*, como el mismo Maese Juan, *le despensier*) con motivo de la boda de Jean du Chesne, celebrada un día martes del mes de mayo, y los preparativos para otra boda, *les nopces Hautecourt*, en el mes de setiembre; con respecto a esta última, el Ménagier observa que, "como ambos contrayentes eran viudo y viuda, se casaron muy temprano, ataviados con ropas de duelo, que luego cambiaron por otras". El Ménagier se muestra ansioso de que su viuda proceda con corrección cuando se case por segunda vez. La descripción del banquete nupcial preparado por Maese Elías es particularmente detallada y valiosa.[21] El cuidadoso Ménagier, tal vez porque preveía que tendría que ofrecer algunos convites espléndidos a los burgueses y caballeros de París —o quizá a causa de su encantador interés por todos

los detalles de la vida material— transcribe con acabada minuciosidad no solamente el *menú* del almuerzo y de la cena, sino también todos los ingredientes utilizados, sus cantidades y precios y los comercios o mercados donde debían comprarse, de tal manera que el lector puede ver con sus propios ojos al *maître d'hôtel* y a las cocineras yendo de puesto en puesto, visitando al carnicero y al panadero, al pollero, al fabricante de encurtidos, al vinatero, al fabricante de obleas —que vendía los barquillos y los pasteles tan apreciados por las damas de la Edad Media— y al especiero, cuya tienda estaba saturada de aromas orientales.

El Ménagier anota, asimismo, el número de escuderos, lacayos y criados que habrán de necesitarse para servir en un convite similar al de Maese Elías. Había un jefe de cocineros, muy robusto, que caminaba "fuerte e imperativamente" —tal como bailaba la reina Isabel, según se dice— y que tenía la cabeza llena de recetas exquisitas, manos maravillosamente livianas para hacer pasteles, ojo y nariz expertos para determinar cuándo un capón estaba cocido; en una palabra, era un cocinero absolutamente garantizado y sin rival

para cocer pollos con tuétanos
y con especie picante y galanga . . .
sabía asar y cocer, tostar y freír,
hacer sopas y cocer bien al horno un pastel . . .
Porque el manjar blanco lo hacía a la perfección.*

El cocinero llevó consigo a sus lacayos, y en París cobraba un jornal de dos francos "y propinas" (un sustancioso agregado). Además, en esa fiesta había conserjes, "corpulentos y fuertes", para cuidar las puertas, y un escribiente para hacer las

* Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 380-381, 383-384, 387. (*N. del R.*)

cuentas; había criados encargados de cortar el pan y de acarrear el agua; dos escuderos estaban junto al aparador de la cocina y entregaban platos y fuentes; otros dos, ubicados junto al aparador del salón, entregaban cucharas y copas y servían el vino a los convidados, y otros dos se instalaron en la despensa para entregar el vino que el escudero les alcanzaba. Se contaba, asimismo, con dos *maîtres d'hôtel*, que se ocuparon de los saleros de plata destinados a la mesa principal, de las cuatro grandes copas doradas, de las cuatro docenas de cestas, de las cuatro docenas de cucharas de plata, de los jarros, de los cubiletes de limosna, de las fuentes de confituras y de acompañar a los convidados a sus sitios. En cada mesa había un camarero principal y dos ayudantes, una florista que entretejía guirnaldas de flores para los invitados, mujeres que se ocupaban de la ropa blanca y de engalanar el lecho nupcial, y una lavandera. Los pisos estaban cubiertos de violetas y de follaje, y los aposentos se decoraron con ramas en flor (todo había sido comprado en el mercado por la mañana temprano); había también antorchas y candelas en profusión; velas pequeñas que iluminaban las mesas en donde se cenaba y grandes antorchas colocadas en candelabros fijos en las paredes o dispuestas de modo que más tarde los convidados pudieran llevarlas en la mano, pues la comida finalizó con "danzas, cantos, vino, especias y antorchas encendidas". En esa ocasión se retribuyó con ocho francos a los trovadores, además de las cucharas y otros regalos que se les hizo durante la comida; también actuaron acróbatas y bufones, quienes entretuvieron a los invitados. En caso de que Maese Juan y su amita tuvieran que organizar una gran fiesta, si leían con atención esas instrucciones, las cosas no les saldrían demasiado mal y sin duda complacerían al atento sibarita que las anotó para que ellos supieran apro-

vecharlas. El Ménagier copió muchas de sus recetas de otros libros culinarios; sin embargo debe de haber obtenido los detalles de ese convite de Maese Elías mismo, y nos parece que los vemos a ambos mientras menean complacidos las canosas cabezas al tiempo que uno hablaba y el otro escribía.

El libro de cocina termina con un parágrafo que contiene recetas para hacer lo que el Ménagier llama "bagatelas sin importancia que no son imprescindibles". Hay varias clases de mermeladas, hechas casi todas con miel; evidentemente, en la Edad Media era muy común preparar las legumbres de esta forma, pues el Ménagier se refiere a mermeladas de nabos, de zanahorias y de zapallos. Hay un delicioso jarabe de especias mezclado (al menos el paladar de la fe debe creer que era delicioso) y un polvo de jengibre, canela, clavo, cardamono y azúcar estilizado para espolvorear los alimentos, tal como se hace en nuestra época con el azúcar; Hay una receta para hacer *hippocras*, barquillos y naranjas en almíbar. Hay varios prudentes consejos con respecto a la época más indicada para ingerir determinados alimentos y a la mejor manera de cocinarlos y servirlos. El Ménagier anota otras recetas más divertidas que éstas, si bien no son de índole culinaria; recetas para fabricar tinta azul y tinta de marcar, para criar pajaritos en pajareras y jaulas, para preparar la arena destinada a los relojes, para hacer agua de rosas, para secar las rosas que se colocaban entre los vestidos (como se hace en la actualidad con el espliego), para calmar el dolor de muelas y para curar la mordedura de un perro hidrófobo. Esta última es un bálsamo del mismo tipo que el aplicado por el Ménagier a sus caballos: "Toma una corteza de pan y escribe lo siguiente: † *Bestera* † *bestie* † *nay* † *brigonay* † *dictera* † *sagragan* † *es* † *domina* † *fiat* † *fiat* † *fiat* †." Recordemos, sin embargo, que, en

el país donde se escribió esto, alrededor de cuatro siglos más tarde nació Pasteur.

Bastante se ha dicho sobre este libro fascinador para demostrar cuán vividamente pone ante nuestros ojos, después de haber transcurrido tantos años, no solo al Menagier, sino también a su joven esposa. Por la mañana ella se levanta mucho más temprano que lo acostumbrado entre las damas de nuestra epoca, aunque no tanto como las monjas (quienes tienen que rezar maitines), pues su marido le ha dicho que ésa no es hora apropiada para que las mujeres casadas abandonen el lecho. Luego se lava —mucho menos que las damas de nuestro tiempo— tal vez solo las manos y la cara, reza sus oraciones se viste con prolijidad —ya sabe quién la está observando— y se marcha a misa en compañía de dona Inés, la beguina, con la vista fija en el suelo y con las manos cruzadas sobre su devocionario iluminado. Cuando sale de misa —quizá después de haberse confesado— regresa a su casa para verificar si los sirvientes están cumpliendo sus tareas y si han barrido y quitado el polvo del salón y de las habitaciones, si han sacudido los cojines y cubrecamas, si han ordenado todo; después conversa con Maese Juan, el mayordomo, y le indica cómo desea que se prepare el almuerzo y la cena. Después dispone que doña Inés se ocupe de los perros y pájaros domésticos, "pues no saben hablar y por lo tanto tú debes hablar y pensar por ellos, en caso de que tengas alguno". Más tarde, si está en su casa de campo, debe preocuparse de los animales de la alquería y doña Inés tiene que vigilar a quienes se encargan de ellos: Robin, el pastor; Josson, el boyero; Arnoul, el vaquero; Jehanneton, la lechera, y Eudeline, la mujer del labriego, que cuida del gallinero. Si está en su casa de la ciudad, ella y sus criadas sacan sus vestidos y pieles de los grandes arcones, los extienden al sol en el jardín o en

el pasto para que se aireen y los golpean y sacuden con varillas, les quitan las manchas, utilizando cualquiera de las infalibles recetas del amo, y buscan con mirada avizora polillas o pulgas saltarinas. Después llega la hora del almuerzo, la comida principal del día, que nuestros antepasados servían alrededor de las diez de la mañana. El *menú* que la mujer del Ménagier ofrece a su amo y señor depende de la época del año y de si ese día corresponde ayunar; no obstante, ya sabemos que no le faltaban *menús* para elegir. Después del almuerzo comprueba si los sirvientes están comiendo, y luego la atareada dueña de casa puede permitirse un rato de ocio y esparcimiento. Si está en el campo, puede ir a cazar con halcones, en compañía de un alegre grupo de vecinos; si está en la ciudad y es un día de invierno, puede jugar y hacer travesuras con otras mujeres casadas tan jóvenes como ella misma, proponer acertijos o narrar cuentos junto al fuego. Sin embargo, lo que más la complace es recorrer el jardín tejiendo guirnaldas de flores —con violetas, alelíes, rosas, tomillos o romero—, recogiendo fruta madura (le agradan las frambuesas y las guindas) y dando valiosos consejos al jardinero en lo que respecta al cultivo de las calabazas ("en abril riéguelas cuidadosamente y trasplántelas"), consejos a los que los jardineros prestaban tanta atención como siempre han prestado, prestan aún y han de seguir prestando hasta la consumación de los siglos. Cuando se cansa, la activa ama reúne a doña Inés y a sus criadas, y todas se sientan bajo las vigas talladas del salón para remendar el jubón del amo bordar vestiduras para el sacerdote de la capilla familiar, o un tapiz colgante para el dormitorio; o, tal vez, se dedican simplemente a hilar (pues según la mujer de Bath, Dios ha dado a las mujeres tres talentos: ¡el engaño, el llanto y el arte de hilar!);

y, entretanto, las sobrecoge con aquella historia de Griselda, levantando y bajando la voz para amoldarla a la pauta uniforme del zumbido de la rueca.

Por último, comienza a caer la noche y regresa el amo y señor. Tenemos una idea del bullicio y del alboroto que este regreso significaba, pues ya sabemos cómo esperaba y deseaba que lo recibieran los de su casa. Había que apresurarse y traer recipientes con agua caliente para que se lavara los pies, zapatos confortables para que se pusiera cómodo; había que estar pendientes de sus palabras y admirar sus fatigas. Llega la hora de cenar, ya sea en compañía de un grupo de invitados, ya sea ellos solos a la luz del sol poniente, mientras él saborea con paladar de conocedor la grulla asada y ella mordisquea los dulces barquillos. Después pasan una hora envueltos en la penumbra del atardecer: ella le cuenta qué hizo todo el día y le pregunta qué actitud debe tomar con la doncella joven y tonta a la que sorprendió conversando con el aprendiz del sastre en la ventana baja que da al camino. Hay cálido afecto en la mirada que ella le dirige: en su redonda carita, en la que se advierte la ansiedad que le causa la doncella, se dibujan dos hoyuelos cuando sonríe porque él la alienta; hay también cálido afecto y orgullo en los ojos que el anciano fija en ella. Y así cae la noche; recorren juntos la casa, cerrando con llave todas las puertas, y verifican si todos los sirvientes están acostados, pues nuestros antepasados economizan más la luz de las velas que nosotros. Y ahora a la cama.

Ya podemos despedirnos de la pareja. Evidentemente la esposa del Ménagier vivía una vida muy activa.

"Las vicisitudes del tiempo pueden dar alguna

tregua a los maridos, pero las tareas de las esposas nunca tienen fin." *

En esa vida no había lugar para la ociosidad de aquellas encantadoras damas de dedos abusados, a quienes Langland exhortaba a coser para los pobres. Aún más, por exageradas que parezcan en nuestros días algunas de las ideas de su marido sobre sumisión conyugal, el libro deja una acentuada sensación de buen sentido y de respeto y amor por ella. El Ménagier no desea que su esposa esté entronizada en un pedestal, como la dama del trovador, ni que lama sus zapatos, como Griselda; desea una compañera, pues, como dijo Chaucer, "si las mujeres no fueran buenas, ni buenos y provechosos sus consejos, Nuestro Señor del Cielo nunca las habría forjado ni las habría llamado la 'ayuda' del hombre, sino, más bien, la confusión del hombre".[32] Los Jeremías eclesiásticos solían usar el argumento típicamente medieval de que si la intención de Dios hubiera sido conferir a la mujer una posición de superioridad, no la habría formado de la costilla de Adán sino de su cabeza; pero el Ménagier habría estado de acuerdo con el más lógico Pedro Lombardo, quien observó que la mujer no fue hecha de la cabeza de Adán porque no fue creada para gobernarlo, ni tampoco de su pie, porque no fue creada para ser su esclava, sino de su costilla, precisamente porque fue creada para ser su compañera. Encontramos algo de este enfoque en la actitud del Ménagier con respecto a su mujercita, y por ese motivo su libro es tan encantador y supera con tanta amplitud a la mayoría de los libros medievales en los que se estudian las normas de

* Cita tomada de *Five Hundred Points of Good Husbandry*, obra de Thomas Tusser (1524-1580). *(N. del R.)*

conducta a las que deben atenerse las mujeres. Pero, ante todo, su valor histórico y social estriba en que nos proporciona, con matices que no han sido oscurecidos por el tiempo, una minuciosa descripción de un ama de casa medieval que ocupa un lugar —y muy importante— en la historia, aunque los historiadores, casi invariablemente, la hayan pasado por alto.

CAPITULO V

THOMAS BETSON

UN MERCADER DE LANAS DEL SIGLO XV

Algunos hombres de noble linaje conquistaron
[alguna gloria con asesina espada;
algunos encomian una ciencia o un arte; ¡pero
[yo prefiero el honorable comercio!

JAMES ELROY FLECKER

EL DORADO VIAJE A SAMARCANDA
(THE GOLDEN JOURNEY TO SAMARCANDA)

Quien recorre la Cámara de los Lores y observa con mirada respetuosa ese augusto recinto no puede dejar de asombrarse por la presencia de un objeto grande y rústico ubicado frente al trono; así mismo, el visitante puede comprobar que cuando el Parlamento se reúne en sesión plenaria, el Lord Canciller de Inglaterra se sienta en ese objeto. Se trata de un costal de lana que está tan colmado de historia como la función del Lord Canciller: recuerda a una época dedicada a la industria del hierro y del algodón, que la grandeza británica no fue erigida sobre las endebles plantas que desde

el Lejano Oriente y el Occidente del mundo llegan a Inglaterra para ser manufacturadas, ni sobre el tosco metal extraído de sus entrañas, sino sobre la lana que, generación tras generación, ha crecido en los lomos de las ovejas cara negra. Primero como materia prima que todos los pañeros de Europa buscaban ansiosamente, y luego como producto fabricado en las ciudades y aldeas inglesas y transportado por vía marítima a todo el mundo, la lana cimentó el poderío de Inglaterra hasta el advenimiento de la Revolución Industrial, época en que el algodón y el hierro la despojaron de su lugar de preeminencia. Así, pues, si observáis antiguos grabados de la Cámara de los Lores, que datan de los reinados de Enrique VIII o de Isabel I, veréis el costal frente al trono,[1] como lo veríais hoy si visitarais el Parlamento. El Lord Canciller de Inglaterra se sienta en un costal porque la lana fue el producto que labró la prosperidad de ese hermoso país.

En la Edad Media, la corporación de mercaderes más famosa de Inglaterra fue el *Staple*,* que traficaba con lanas. Durante mucho tiempo este comercio fue el más importante y el más lucrativo del país. Los reyes de Inglaterra tenían especial interés en este comercio, pues la lana y los pellones eran una de las principales fuentes de impuestos aduaneros. Aún más, cuando los monarcas deseaban pedir dinero prestado a cuenta de esos ingresos, recurrían a los mercaderes de lana porque eran los comerciantes más acaudalados del país. Por éstas y otras razones, el gobierno optó por la costumbre de establecer ciudades-mercados, que eran

* En una acepción arcaica, la palabra *Staple* se empleaba para designar la corporación de mercaderes que traficaban con lanas y también el mercado en que se concentraba este producto. (*N. del R.*)

centros de distribución donde se concentraban todos los productos que habrían de exportarse. Periódicamente se modificaba la ubicación del *Staple*: a veces lo encontramos en Brujas, a veces en Amberes y a veces en Inglaterra, pero por lo general estaba en Calais; en esta ciudad fue instalado por primera vez en el año 1363, y se estableció definitivamente allí en 1423. Por el *Staple* debían pasar toda la lana, pellones, los cueros curtidos y sin curtir y el estaño. El sistema quedó definitivamente organizado en 1354, cuando la asociación de mercaderes de lana —en cuyas manos estaba el grueso del comercio del *Staple*— se convirtió en una corporación regida por un alcalde. El sistema fue beneficioso tanto para la corona como para los mercaderes. La corona pudo concentrar sus funcionarios aduaneros en un solo sitio y, por lo tanto, le fue posible recaudar los impuestos con mayor facilidad, sobre todo a medida que en forma gradual se fue desarrollando el método que consistía en que los derechos de aduana y los impuestos sobre la lana fueran pagados a los funcionarios reales por la compañía del *Staple*, que luego, a su vez, se los cobraba a cada uno de sus miembros. Los mercaderes, por otra parte, se beneficiaron con la concentración en un solo mercado: estuvieron en condiciones de viajar en grupos y de organizar convoyes a fin de proteger las flotas laneras contra los piratas que pululaban en el estrecho que separa Francia de Inglaterra. Además, en su calidad de miembros de una poderosa corporación, podían obtener privilegios y protección en Flandes. Asimismo, los compradores del producto también se beneficiaron con este sistema, por cuanto la corona y la compañía del *Staple* pudieron verificar cuidadosamente la calidad de la lana ofrecida en venta que, en una época en que el intercambio comercial todavía carecía de la protección, pudieron dic-

tar reglamentos destinados a combatir el fraude Debe tenerse en cuenta que en la época en que el comercio tuvo necesidad de una protección que el gobierno todavía no estaba en condiciones de otorgarle, el criterio de conceder el monopolio de la exportación a los miembros de una única compañía por cierto aún no se había vuelto impopular.

"Traficar por medio de compañías es natural para los ingleses", escribió Bacon; y durante cuatro siglos las grandes compañías comerciales consolidaron el intercambio mercantil inglés y convirtieron a Inglaterra en el emporio más importante del mundo.

El comercio lanero prosperó en Inglaterra hasta fines de la Edad Media, pero ya en el curso íntegro del siglo XV los *staplers* * tuvieron que soportar la competencia de otra compañía, la de los famosos Mercaderes Aventureros, quienes, aprovechando el desarrollo que la manufactura de telas inglesas había tenido en el siglo anterior, empezaron a hacer importantes transacciones comerciales con la exportación de telas. Esto perjudicaba a los *staplers*, quienes deseaban que se mantuviera el sistema antiguo que consistía en exportar lana inglesa al continente europeo, a fin de que allí, en Ypres, Gante, Brujas, Malinas y otros famosos centros textiles de los Países Bajos fuera transformada en finas telas. Durante toda la Edad Media esta manufactura de telas proporcionó a los Países Bajos una suerte de preeminencia industrial europea que dependía enteramente de un nuevo abastecimiento de lana inglesa, pues la lana que la seguía en calidad –la de España– no daba resultados satisfactorios, a menos que se la mezclara con la de

* ***Stapler***: miembro del Staple. (*N. del R.*)

procedencia inglesa. Esta circunstancia originó un estrecho vínculo político entre Inglaterra y Flandes: una necesitaba un comprador; la otra, una materia prima esencial, pues, como dice un poeta del siglo XV:

> Por cierto, el pequeño territorio de Flandes
> no es más que un *staple* de otras comarcas:
> cuanto crece en él, sea grano o semilla,
> no basta para alimentar un mes a su población.
> Entonces, les guste o no a los flamencos,
> ¿qué le queda a su país salvo los paños y algo de alizarina?
> Por el hecho de elaborar nuestra lana en tejido,
> aquí vive el pueblo y esta el gobierno,
> sin cuya asistencia en Flandes no se podría
> subsistir con desahogo
> en consecuencia, se mantienen en paz con
> nosotros o se mueren de hambre.[2]

En aquella época la chaqueta de un inglés era de lana inglesa, sin duda, pero había sido manufacturada en Flandes, y los *staplers* no creían que hubiera motivo alguno para desear que el sistema llegara a modificarse. Las alianzas políticas que las necesidades comerciales imponían constantemente a los dos países fueron la causa de que en Flandes se difundiera un proverbio según el cual los flamencos compraban a los ingleses la piel del zorro por un *groat** y les volvían a vender la cola por un florín;[3] pero en realidad lo que compraban era la badana, y no estaban destinados a seguir comprándola por siempre jamás. En última instancia, las ciudades textiles de los Países Bajos fueron arruinadas por el desarrollo de la manufactura inglesa de telas que absorbió toda la lana de Inglaterra. Sin embargo, pese a la creciente prosperidad de esa industria ... comienzos

* Moneda inglesa de plata que circuló entre 1351 y 1662; su valor era de 4 peniques. (*N. del R.*)

del siglo XVI había desalojado el tráfico lanero del sitio que ocupaba como principal comercio de exportación inglés—, la Compañía de mercaderes del *Staple* aún fue importante y famosa en el curso del siglo XV.

Podemos comprobar que, en aquellos días, muchos *staplers* ricos y respetables estaban rigiendo los destinos de poblaciones inglesas: eran alcaldes de Londres y de puertos provinciales, empresarios y prestamistas de algún rey sin recursos; eran tan ricos y poderosos que llegaron a convertirse en una amenaza legal, casi —según se ha dicho— en un cuarto estado del reino, con el que Su Majestad se veía obligado a negociar privilegios al margen del Parlamento. En los archivos de toda Inglaterra se conservan muchos testamentos de estos *staplers*, y tales documentos configuran un testimonio de su prosperidad y su preocupación por los intereses públicos. En las iglesias parroquiales de los Costwold y de otras zonas laneras de Inglaterra su recuerdo está perpetuado por magníficas laudes. En Chipping Campden yace, junto con su esposa, William Grevel, "difunto ciudadano de Londres y honra de los comerciantes de lana de toda Inglaterra": murió en 1401, y su lindísima casa aún se yergue en la calle principal de la aldea. En Northleach yace John Fortey, quien antes de morir —en 1458— reconstruyó la nave de la iglesia; en su laude está representado apoyando un pie sobre una oveja y el otro en un costal de lana; cerca de su tumba está la laude de Thomas Fortey, "lanero", y la de un mercader desconocido en la que hay un costal de lana. En Linwood, en Cirencester, en Chipping Norton, en Lechlade y en All Hallows, Barking, podemos ver otras laudes que perpetúan el recuerdo de miembros de la gran corporación.[4] Ahora todos ellos descansan en paz, pero en vida

fueron los comerciantes más sagaces de su época. Refiriendose a la lana, exclama el poeta Gower:

O leine, dame de noblesce
Tu est des marchantz la duesse,
Pur toy servir tout sont enclin . .

"Oh lana, noble dama, eres la diosa de los mercaderes, que siempre están dispuestos a servirte; mediante tu buena fortuna y tu riqueza haces ascender a unos y sumes en la ruina a otros. El *Staple* en el que moras nunca está libre de los fraudes y ardides con que el hombre mancha su conciencia. ¡Oh lana!, los cristianos, al igual que paganos y sarracenos, quieren poseerte y rendirte culto. ¡Oh lana!, no debemos mantener en silencio tus empresas en tierras extrañas, porque los mercaderes de todos los países —en tiempos de paz y en tiempos de guerra— vienen a buscarte, impulsados por su gran amor, pues aunque todos los demás tienen enemigos, tu nunca careces de excelentes amigos que se han consagrado a tu provechoso servicio. Eres agasajada en el mundo íntegro, y gracias a ti, la tierra donde has nacido puede cumplir notables hazanas. Eres transportada a través del orbe por tierra y por mar, pero tú te encaminas hacia los hombres más ricos; has nacido en Inglaterra, pero se dice que estás mal gobernada, pues el Engaño, que tiene mucho dinero, es quien gobierna tu mercado; segun como le place lo lleva a tierras extranjeras, donde regatea su propia ganancia en perjuicio nuestro. ¡Oh hermosa, oh blanca, oh deliciosa!, tu amor estimula y liga de modo tal que los corazones de quienes te utilizan como mercancía no pueden desligarse de ti. Por eso traman millares de ardides y maquinaciones para apoderarse de ti y luego te hacen atravesar el mar, reina y señora de su flota; y para que te envidien y codicien, se apresuran a negociarte."[8]

No es difícil reconstruir la vida cotidiana de un mercader del *Staple*, en parte porque el Vellocino de Oro ha dejado múltiples huellas en la vida de Inglaterra, en parte porque la legislación inglesa contiene innumerables regulaciones sobre el tráfico lanero, pero, sobre todo, porque hasta nosotros han llegado muchas cartas personales con destino a Calais. Entre las distintas materias primas que deben utilizarse para historiar al individuo común del medioevo, esas cartas son, quizá, los documentos más seductores porque en ellas se manifiesta vívidamente la personalidad de quienes las escribieron. En el siglo xv, la mayoría de los hombres y mujeres de las clases alta y media sabían leer y escribir, si bien a veces su ortografía era un tanto sorprendente; por ejemplo, St. Olave's Church (la iglesia de San Olave) puede transformarse, gracias a sus plumas de ganso manejadas con dificultad, en *Sent Tolowys scrysche*; y por añadidura la puntuación falta casi por completo. Pero, ¿qué importa?, el sentido es bastante claro. Por suerte, en varios archivos ingleses se han conservado algunas importantes compilaciones de cartas familiares escritas en el siglo xv. Las más interesantes son las famosas cartas de los Paston —escritas y recibidas por una distinguida familia de Norfolk—, las cuales rebosan de informes tanto sobre política de alto vuelo como sobre la vida diaria.[6] Menos atractivas, aunque igualmente valiosas, son las cartas de los Plumpton, cuyo señorío estaba en Yorkshire.[7] Con todo, para el objeto que nos proponemos, las compilaciones más interesantes son otras dos: la correspondencia de los Stonor (familia que poseía grandes propiedades, ubicadas sobre todo en Oxfordshire y en los condados vecinos) y los documentos de Cely, que pertenecieron a una familia de mercaderes del *Staple*.

Estas dos compilaciones nos proporcionan una

vívida pintura de la existencia pública y privada de los exportadores de lana. Los documentos de los Cely abarcan el lapso comprendido entre 1475 y 1488, y sucede que en ese período William Stonor (que fue armado caballero en 1478) se interesó también en el comercio lanero, porque en 1475 se había casado con Elizabeth Riche, hija y viuda de ricos mercaderes urbanos. Los Stonor tenían grandes campos de pastoreo de ovejas en sus fincas de los Chilterns y de los Cotswold, y William comprendió con rapidez las ventajas de su vinculación a la familia de Elizabeth, que estaba dedicada al comercio lanero. En consecuencia, se asoció a un conocido de su mujer, un mercader del *Staple* de Calais llamado Thomas Betson —quien es el tema de este estudio—, y hasta la muerte de Elizabeth, acaecida en 1479, participó activamente en el comercio de exportación. Thomas Betson murió en 1486 y, por lo tanto, fue contemporáneo de George y Richard Cely, otros mercaderes de *Staple*, a quienes sin duda conoció, por cierto, en 1481. William Cely, primo y agente de aquéllos, está en Londres y le escribe a George, que se hallaba en Calais, para informarle que le ha despachado 464 pellones en el *Thomas* de Newhithe, "y dichos pellones están detrás del mástil, debajo de los de Thomas Betson".[8] Con ayuda de las cartas y de los documentos de los Stonor (entre los que se incluyen muchas cartas de Thomas Betson o que se refieren a él y que datan de los años en que estuvo asociado a Sir William) y de los documentos de los Cely (que contienen valiosos informes sobre la vida de un mercader del *Staple* de Calais), y valiéndonos, además, de una magia benévola, podemos evocar a Thomas Betson para que comparezca ante nosotros, hasta que casi vuelva a revivir. Lo merece, puesto que es una de las personas más agradables entre las que nos han sido reveladas por

las cartas del siglo xv; en cuanto a simpatía no tiene rivales, excepto la atractiva Margery Brews, que se casó con John Paston el joven, y cuya personalidad es encantadora en contraste con las rudas mujeres de los Paston.

Tal vez Thomas Betson se granjea nuestras simpatías porque, cuando nos encontramos con él, al punto nos sumergimos en un problema amatorio. Su primera carta a William Stonor está fechada el 12 de abril de 1476; en ella le informa que su lana ha llegado a Calais. "Muy honorable señor —comienza—, saludo a vuestra bondadosa señoría y a mi muy honorable señora, vuestra esposa, y si así place a vuestra señoría, también saludo a mi señora Kateryn." [9] Diez días más tarde vuelve a escribir desde Londres, la víspera de su partida con destino a Calais, para agradecer a Stonor por "el gentil aliento y fiel afecto que siempre sentís y me dispensáis, y que por mi parte no merezco", y para anunciarle que le ha enviado en nombre propio lampreas en conserva, además de una pipa de vino tinto en nombre de su hermano. Agrega esta posdata: "Señor, os suplico que hagáis que esta pobre carta sirva para transmitir mis humildes saludos a mi muy honorable señora, vuestra esposa, y, asimismo, a mi gentil prima y amable señora, Katherine Riche, con quien os suplico que siempre seáis bueno y afectuoso". [10] ¿Quién era esa Katherine Riche a quien tan solícitamente saludaba? Katherine era hijastra de William Stonor, por cuanto era uno de los vástagos nacidos del primer matrimonio de su esposa. Katherine había sido prometida en matrimonio a Thomas Betson, y en esa época tenía alrededor de trece años de edad.

El criterio moderno que, felizmente, es partidario de que la gente se enamore y de que contraiga matrimonio al llegar a la edad adulta, a menudo se siente escandalizado por el cariz comercial

que tenían las bodas en la época de la caballería y por los numerosos casos de hombres maduros que se casaban con muchachitas que aún no habían cumplido veinte años. En aquella época se sostenía que un muchacho era mayor de edad a los catorce años y una chica a los doce (¡discrepancia que Lyndwood, el gran especialista en derecho canónico e hijo de un *stapler*,[11] atribuía al hecho de que la mala hierba crece aprisa!). A veces se prometía en matrimonio —y hasta se los casaba— a infantes que aún estaban en la cuna, porque era necesario consolidar bienes raíces, poner término a querellas familiares o simplemente asegurarles el porvenir; todo cuanto exigía la Iglesia era que, al llegar a la mayoría de edad (¡a los catorce y doce años!), tuvieran libertad para repudiar el contrato, si lo deseaban. Aparentemente, nada separa tanto a la moderna Inglaterra de los buenos tiempos viejos como el caso de la pequeña Grace de Saleby, quien, a los cuatro años y por culpa de sus muchos acres, fue casada con un distinguido noble y, al morir éste (dos años más tarde), con otro, y luego, cuando Grace tenía once años de edad, con un tercero, quien pagó trescientos marcos por ella.[12] Hay una extraña mezcla de sentido del humor y patetismo en los pormenores de algunos de estos casamientos. John Rigmarden, de tres años, fue llevado a la iglesia en brazos por un sacerdote, quien trataba de persuadirlo para que repitiera la fórmula matrimonial; pero, en medio de la ceremonia, el niño declaró que ese día no quería aprender nada más, y el sacerdote le respondió: "Debes hablar un poco más y luego podrás ir a jugar". James Ballard, de diez años de edad, fue casado con su esposa Jane "a las diez de la noche, sin el consentimiento de ninguno de sus allegados, por un tal Sir Roger Blakey, en aquella época vicario de Colne..., y a la mañana siguiente, el nombrado James declaró

a su tío que la mencionada Jane (que era una damisela ya adulta y casadera al mismo tiempo) le había regalado dos manzanas para que fuera a Colne con ella y la desposara". Elizabeth Bridge, *née* Ramsbotham, dice que después de su casamiento con John Bridge —él tenía once años y ella trece—, su marido nunca la trató "afectuosamente, hasta el punto de que la primera noche que estuvieron casados el mencionado John no quiso comer carne en la cena, y cuando el reloj indicó que era hora de ir a acostarse, el mencionado John estalló en llanto, diciendo que quería marcharse a la casa de su padre. En ese momento estaban en la casa del hermano de Jane".[18]

Algunas veces, sin embargo, los documentos medievales arrojan una luz mas placentera sobre estos matrimonios infantiles. Eso es lo que se advierte, por ejemplo, en el libro que para su joven esposa escribió el Ménagier de París, tan amable, tan afectuoso, tan indulgente con la juventud de su mujer. Asimismo, también en el caso de la encantadora carta que Thomas Betson escribió a la pequeña Katherine Riche el primer día del mes de junio de 1476. Se trata de una verdadera gema, y es extraño que no se le haya tomado en cuenta pues no debería faltar en ninguna antología de cartas inglesas. La transcribo íntegramente porque en ella renacen a la cálida vida Thomas Betson y Katherine Riche:

"Mi muy tiernamente amada prima Katherine: Me encomiendo a ti con toda la sinceridad de mi corazón: ahora has de saber que acabo de recibir un recuerdo tuyo, que fue y es acogido con todo mi corazón y que fue exhibido con jubilo; además, llegó a mí una carta de Holake, tu amable escudero, por la que me enteré de que tu cuerpo goza de buena salud y tu corazón de alegría. Y ruego sinceramente a Dios que permita que continúes de

ese modo, pues ésta es mi mayor tranquilidad, y quiera Jesús que así sea. Y si siempre comieras con apetito tus alimentos, de modo que pudieras crecer y transformarte rápidamente en una mujer, me harías el hombre más feliz del mundo, a fe mía; cuando recuerdo tu condescendencia y la actitud nostálgica y cariñosa que tienes conmigo, verdaderamente, en verdad, en mi corazón me siento colmado de júbilo y dicha; y por otra parte cuando recuerdo tu extremada juventud y observo que no quieres comer tus alimentos con apetito, lo cual te sería de gran ayuda en tu crecimiento, de nuevo torno a entristecerme sobremanera. Por consiguiente, te ruego, dulce prima mía, que, así como me amas, también estés alegre y comas tus alimentos como una mujer; si así quieres hacerlo, por mi amor, piensa qué deseas de mí y cualquier cosa que sea te prometo hacerla, a fe mía con la ayuda de Nuestro Señor y en cuanto me sea posible. Ahora no puedo decirte nada más, pero cuando regrese, tú y yo podemos decirnos mucho más, tomando a Dios por testigo. Y por cuanto tú, plenamente femenina como corresponde a una amada, me recuerdas con múltiples encomios de diversa naturaleza, dejándo a mi discreción separar los que más me agraden, verdaderamente, dulce prima mía, debes comprender que con sincero corazón y buena voluntad recibo y tomo para mí la mitad y la guardo conmigo y la otra mitad te la envío de nuevo con sincero amor y amistad, dulce prima mía, para que la conserves contigo. Además, te envío las bendiciones que Nuestra Señora dio a su amado Hijo y deseo que siempre estés bien. Te ruego que trates con bondad a mi caballo, y pídele que te dé cuatro de sus años para que también te sirvan de ayuda; y yo, cuando regrese, le daré en compensación cuatro de mis años y cuatro panes de azúcar: dile que yo se lo ruego. Además, pri-

ma Katherine, te lo agradezco en su nombre, y cuando seas mi esposa también se lo agradecerás; pues, según me ha dicho, es mucho lo que gastas en él. Me dijeron, querida prima, pero tarde, que viniste a Calais * a buscarme y que no pudiste verme ni encontrarme; ciertamente tendrías que haber venido a mi despacho, y allí me habrías hallado y visto, y yo no habría estado ausente, pero me buscaste en un Calais equivocado, y eso lo sabrías bien si estuvieras aquí y vieras este Calais, y ojalá pluguiera a Dios que estuvieras tú; y contigo algunos de los que estuvieron contigo en tu gentil Calais. Te ruego, dulce prima, que saludes de mi parte al reloj y le pidas que corrija sus poco frugales maneras, pues nunca da la hora a su debido tiempo y siempre ha de estar adelantado, lo cual es una astuta singularidad. Dile que si no corrige sus modales será la causa de que los extraños eludan ese sitio y ya no concurran allí. Confío en ti para que esté arreglado cuando regrese, cosa que haré pronto, con manos y pies y con la gracia de Dios. Mi muy amada prima, confío en que, aunque en la presente carta no he recordado antes a mi muy honorable señora, tu madre, tendrás la gentileza de transmitirle mis saludos tantas veces como te plazca; y puedes decirle, si te complace, que la próxima semana de Pascua tengo intención de ir a la feria. Confío en que orarás por mí, pues yo rezaré por ti tan bien como quizá ningún otro puede hacerlo. Que el Todopoderoso Jesús haga de ti una buena mujer, y te otorgue muchos años y que vivas una larga vida colmada de salud y de virtudes, para gloria suya. La respuesta que di en el gran Calais, de este lado del mar, el primer día de junio, cuando todo el mundo se había ido a comer, y el reloj daba las nueve y toda la familia

* Posiblemente una posada que tenía ese nombre (P).

me pedía y solicitaba 'desciende, desciende de una vez a comer, la conoces desde hace tiempo. Tu primo y novio fiel, Thomas Betson. Te envío como recuerdo este anillo."

Al terminar, Thomas Betson sonrió, estampó un beso en el sello y dirigió su carta "A mi fiel y sinceramente amada prima Katherine Riche debe entregársele esta carta, de prisa, en casa de los Stonor".[14]

Desde entonces, entre Betson y Stonor y doña Elizabeth Stonor se entabla una encantadora correspondencia triangular, en la que noticias familiares y las transacciones mercantiles se entremezclan agradablemente. Doña Elizabeth y Betson estaban en los mejores términos, pues ya eran antiguos amigos antes de que ella se casara por segunda vez. En casa de los Stonor siempre había una alcoba preparada para Betson, y con afectuosa anticipación a menudo se refiere a él llamándolo "mi hijo Betson". En casi todas las cartas que Elizabeth envía a su marido hay noticias de Betson: que se había embarcado en la barcaza a las ocho de la mañana y que Dios había apresurado su viaje; que no había recibido carta de él en esos ocho días; que había escrito luego acerca del precio que debía pagarse por cuarenta costales de lana de los Costwold; que había enviado saludos a Sir William y que había regresado el lunes anterior. Algunas veces se confía a Betson la delicada misión de visitar a la madre de doña Elizabeth, una anciana irascible y dueña de mordaz lengua. "¡Que Dios le envíe —dice Thomas enjugándose la frente después de una de esas entrevistas— aunque solo sea una vez un talante alegre o que la recluya rápidamente en el convento de las franciscanas!" Después de otra entrevista, Betson escribe a doña Elizabeth: "Apenas regresé a Londres visité a mi señora, vuestra madre, y Dios sabe que ella con su

talante me ensombreció el ánimo mientras estuve en su compañía; humor que me duró hasta mucho después de haberme despedido. Comenzó a hablarme de sus lejanos días de antaño, y especialmente habló de lo que yo le había dicho sobre lo sucedido entre el párroco anterior y ella misma; me dijo que, desde entonces, el párroco nunca se sintió tranquilo porque lo había [illegible] la enmienda. Le respondí brevemente y me despedí. No me agrada amanecer con ella; es una mujer bastante agradable, pero por lo que yo advierto en ella no lo comprenderíais ni descubriríais, ni tampoco ninguno de vosotros."[16]

Fue el fiel Betson, también, el elegido para cuidar a Anne, la hermana menor de Katherine, cuando estuvo enferma en Londres; escribe a los Stonor para pedir la ropa de Anne, y dice: "Tiene necesidad de ella, y eso lo sabe Nuestro Señor"; y se queja de la conducta de la anciana abuela: "Si mi señora, vuestra madre, encuentra a mi prima Anne, solo dirá 'Dios nos bendiga a ella y a mí' y seguirá su camino, como si ella no le importara".[16]

Cuando fue necesario, Betson también se encargó de acompañar a doña Elizabeth, desde Windsor hasta Londres, y escribió a su marido: "De paso, hemos estado muy entretenidos aquí, gracias a Dios, y con su misericordia pensamos seguir estándolo durante la temporada en que mi señora esté aquí, y cuando Vuestra Señoría se disponga a venir, os daremos una bienvenida tal que vuestra permanencia no será desagradable, si Dios nos ayuda".[17] Entonces Sir William les envió unos capones de regalo, con un mandadero, a fin de que dicho presente contribuyera a alegrarlos, y Betson responde: "Señor, tomé dos capones, pero no los mejores, como me aconsejasteis en vuestra carta que hiciera, pues, ciertamente, para decir verdad, no

me lo consintieron. Mi señora, vuestra esposa, es bastante obstinada, gracias a Dios, e hizo su voluntad en este asunto, como lo hace en todos los demás."[18] Sin duda hay múltiples evidencias del cálido afecto que sentía Betson por los Stonor, y la sencilla piedad de su temperamento. A veces se atreve a darles un buen consejo. Doña Elizabeth se había tornado un tanto dispendiosa a causa de su ascenso de la burguesía mercantil a la *gentry* rural, y era propensa a cometer extravagancias, y en verdad su marido no le iba a la zaga en eso de dejar que las cuentas se amontonaran. Tenemos noticias de que el cervero y el panadero a diario reclamaban dinero al agente de los Stonor, y en una ocasión llegaron a adeudar al hermano de Betson (que era vinatero) más de doce libras esterlinas, importe de varias pipas de vino tinto y blanco y de un tonel de Rumney.* [19] Por lo tanto, cuando se encamina al mercado, Thomas le escribe a doña Elizabeth: "Que nuestro bendito Señor Jesucristo proteja vuestro honor y respeto, para que virtuosamente continuéis agradando a Dios; deseo, asimismo, que os envíe adecuada y útil prudencia y la gracia necesaria para obrar en consonancia con ella; ésta es y será, ciertamente, mi súplica de todos los días; y vuestro honor y vuestra digna protección están tan junto a mi corazón como lo están de cualquiera de vuestros amigos y servidores allegados, a fe mía, y así nuestro Señor bendito me ayude: os aconsejo, señora, que tengáis en cuenta los gastos elevados y que os guardéis de ellos, y que de igual modo proceda mi señor, vuestro esposo; es conveniente que se lo recordéis, por diversas razones que ambos conocéis bien. ¡Que Nuestro Señor bendito os conforte y os ayude en todas vuestras buenas obras! Amén."[20] Un mes más tar-

* Vino griego.

de se entera de que William Stonor ha estado enfermo, y escribe a doña Elizabeth para testimoniarle su afecto en tales circunstancias. "Si yo puedo hacer aquí algo que os complazca a vos y a él, hacédmelo saber, y he de hacerlo sin demora. Verdaderamente no me complace que tengáis contratiempos, y esto bien lo sabe Dios. No obstante, vuestra señoría debe lograr que él esté alegre y de buen talante, y que deseche todas las fantasías y los pensamientos desmesurados, los cuales no acarrean beneficios sino solo daño. Un hombre puede inferirse pesar a sí mismo a causa de métodos desenfrenados; por ende, es conveniente tomar precauciones." [21]

Entretanto, ¿qué era de la pequeña Katherine Riche? En la correspondencia de Thomas Betson se la menciona una y otra vez. Periódicamente solía caer en desgracia porque no era activa en el uso de la pluma: "Estoy enfadado con Katherine —escríbele a la madre de la jovencita— porque no me envía cartas; le he mandado varias y la falta de respuesta ha comenzado a fastidiarme; ella podría tomar un secretario si quisiera, pero, si no desea hacerlo, tendré menos trabajo para responder a sus cartas". [22] Lo que importa, sin embargo, es que ella crezca prontamente, aunque no con suficiente premura, como para complacer a nuestro enamorado. El domingo de Trinidad de 1478 escribe a doña Elizabeth: "Recuerdo a Katherine muy a menudo, Dios lo sabe. Cierta vez soñé que ella tenía treinta inviernos, y cuando desperté anhelé por ella; por lo menos tuviera veinte, de modo que fuese más probable que se cumpliese mi deseo en lugar de mi sueño, y por ello ruego sinceramente al Todopoderoso Jesucristo que se cumpla cuando a él le plazca"; [23] un mes más tarde escribe al padrastro de la jovencita: "Os suplico que tengáis presente a mi prima Katherine. Deseo que esté

bien, Dios lo sabe. Si la hubiera hallado aquí, en mi casa, mi regocijo habría sido inmenso, por mi fe; pero doy gracias a Dios por todo. Mi pena es grande, necesariamente debo sufrir como en otros tiempos y así lo haré por Dios y por el bien de ella".[24] Pero Katherine ya tenía quince años y por lo tanto estaba en edad de casarse. La carta siguiente, escrita una semana después a doña Elizabeth, nos informa que Thomas Betson ha empezado a organizar su casa y que se siente excesivamente perplejo porque debe ocuparse del ajuar de la novia; tarea que, según parece, doña Elizabeth encomendó al futuro marido: "Señora, si os place, por vuestra carta creo entender que solo a fines de agosto podréis venir a Londres; si así fuera, lo lamentaría, pues tengo mucho que hacer y no soy hábil en nada que se refiera al asunto que me encomendasteis. (Evidentemente, el ajuar de Katherine)... Os suplico encarecidamente que me enviéis (vuestro consejo) para que yo sepa a qué atenerme en lo que concierne a las cosas de mi prima Katherine y acerca de cómo debo ocuparme de ellas: debe tener ceñidores (tres por lo menos, y no sé cómo tienen que estar hechos), y también es necesario que tenga muchas otras cosas y vos sabéis perfectamente cómo deben ser, pero yo, a fe mía, lo ignoro; quisiera que estuvieran hechas, por mucho que costaran..., y en cuanto a enviar aquí a mi prima Katherine, podéis hacerlo cuando gustéis. Quisiera que supiera tanto como vos, ciertamente, pues así podría serme útil y ayudarme en muchas cosas cuando venga... También, señora, me colma de júbilo tener noticias del trato cortés que, según me escribisteis, da mi señor a mi prima Katherine, etcétera, y ruego a Dios sinceramente que lo premie, pues siempre le ha demostrado cariñosa disposición, y por ello suplico a Dios que siempre sea así, y también que mi prima

Katherine lo merezca por su buen comportamiento y por su femenino talante; así dicen todos aquellos que la alaban"...[28] El tono de orgullo que se advierte en las últimas palabras es tan simpático como la impaciencia del hombre que se siente perplejo porque debe elegir ceñidores. Aún más agradable es la carta que escribió ese mismo día a sir William Stonor. Se expresa en forma un tanto incoherente a causa de su alegría y de su gratitud, pero se muestra muy apesadumbrado por el hecho de que sus negocios lo mantienen alejado de Stonor, y formula votos por el bienestar de la familia. "Me comporto como un flautista desconsolado —dice—. Cuando empiezo, ya no puedo detenerme, pero una vez más deseo que nuestro bendito Señor sea vuestra ayuda y acicate." Con respecto a Katherine dice así: "Gracias al honorable informe que me enviasteis, me he enterado del comportamiento de mi prima Katherine con vos, mi señora, vuestra esposa, y con los demás, etcétera. En verdad, es para mí motivo de legítima alegría y gran satisfacción tener noticias de ella, y ruego a nuestro bendito Señor que conserva su virtud y su honrado comportamiento para gloria suya; y que os recompense en el cielo, cuando muráis, por vuestra buena disposición hacia ella y por las excelentes exhortaciones que le dais; esto lo sé bien desde hace mucho tiempo, pues de otra manera Katherine no podría ser tan buena y virtuosa, ya que la juventud sería su excusa... Señor, recordad lo que vuestra señoría ha escrito con respecto a mi prima Katherine; en verdad, cuando hable con ella he de transmitirle todo cuanto habéis dicho, palabra por palabra, y también si hallo lo contrario. Aquí, nuestro párraco, bendito sea Dios, proclamará las amonestaciones en el término de estas diez semanas y menos, y para esta época estaré dispuesto en todo, con

la ayuda de Dios, y deseo que también ella lo esté, podéis creerme."[26]

Esta carta fue escrita el 24 de junio de 1478, y presumiblemente Thomas se casó con su pequeña Katherine en agosto o en setiembre, pues el cinco de octubre cuando doña Elizabeth escribe a su marido le dice, "mi hijo Betson y su esposa te envían sus saludos"...[27] La pobre criatura habría de conocer demasiado pronto algunas de las aflicciones que debe sobrellevar una esposa, pues un año más tarde Thomas Betson enfermó gravemente y ella tuvo que cuidarlo y atender los negocios que tenía, como si hubiera sido toda una dama de gran experiencia, en lugar de una simple recién casada de dieciséis años. Además, ya debe de haber estado esperando el nacimiento de su hijo primogénito. La actitud adoptada por Sir William Stonor con respecto a la enfermedad de su socio no deja de resultar irónica.

Lo atormentaba, por una parte, la ansiedad que sentía por la vida de su amigo y, por otra, una preocupación mayor aún porque Betson muriera sin poner en orden los compromisos comerciales que estaban pendientes entre ellos.

Tenemos noticias de la enfermedad de Betson y de los sinsabores de Katherine por medio de una carta que escribió a Stonor uno de sus agentes; dice así:

"Señor: de acuerdo con las órdenes de Vuestra Señoría, llegamos a Stepney alrededor de las nueve; apenas arribamos vimos inmediatamente al caballero, y a fe nuestra que nos acogió con tanta cordialidad como puede hacerlo un hombre enfermo, aunque por su aspecto comprendimos que no podrá seguir existiendo en este mundo, y, la señora de Bevice, otras damas y el tío del caballero comparten la misma opinión. Le deseamos que se restableciera, rogamos que así fuera y lo confortamos con tanta sinceridad como pudimos en vuestro

nombre y en el de mi señora, vuestra esposa; después abandonamos el dormitorio y nos trasladamos al salón, dejando al caballero muy amodorrado y con el espíritu profundamente conmovido. A las once hice llamar al tío del caballero que estaba en la alcoba del enfermo, junto a su lecho, y le pedí informes, a él y a la esposa del caballero, mi señora, sobre el capital y sobre las actividades desarrolladas en el año y medio que acaba de transcurrir. En lo que concierne al capital, afirmó que era de 1.160 libras, y que cuando él y todos sus agentes hubieran saldado su cuenta, el mencionado capital estaría completo. En cuanto a la inversión de ese capital, como él ha de responder ante Dios y el diablo, dijo que el libro de contabilidad donde asentó las compras hechas por vuestro encargo será privado, así como el libro en que se asentaran las ventas, y que ambos libros han de ser sus jueces, y quedarán al cuidado de las manos de su esposa, mi señora, con cerradura y llaves, junto con otros documentos y contratos vinculados a las fianzas de distintos pagos que tienen que hacer algunos comerciantes, tal como afirmó el mencionado caballero . . . En cuanto a la platería, mi señora Jane (probablemente Jane Riche, la hermana menor de Katherine) y yo hemos dispuesto que se la ponga a buen recaudo, excepto la que necesariamente debe utilizarse."

Luego solicita a Sir William que le informe con respecto a dos sumas, de 80 libras esterlinas cada una, que Betson debía a su señor y a su señora respectivamente, y agrega:

"Confío en que Jesús haga que la vida del caballero se prolongue hasta que regrese el mensajero; los médicos no pueden asegurar que dure más tiempo. Los albaceas son tres personas: su esposa, mi señora; Humphrey Starkey, juez municipal de Londres, y Robert Tate, mercader de Calais; no

obstante, le aconsejé, junto con mi señora Jane, que anulara su testamento y designara a mi señora, su esposa, única albacea. Lo que se hará al respecto, aún no puedo decirlo, pero por mi parte haré cuanto pueda, con la gracia de Dios." [28]

Es algo inesperado y parece cosa de buitres esta reunión de acreedores y esta requisa de platería junto al lecho de muerte de un hombre que, después de todo, siempre había sido tan afectuoso con los Stonor y que se había consagrado con tanta diligencia a sus intereses, y que, por añadidura, era yerno de la señora Stonor. El intento de lograr que nombrara única albacea a la joven esposa de dieciséis años para que estuviera completamente en manos de su familia y no pudiera contar con el asesoramiento de dos experimentados y desinteresados mercaderes tiene un cariz bastante siniestro. Las intrigas continuaron, y tres días más tarde, el agente vuelve a escribir. Nos complace comprobar que la anciana y malhumorada señora de Croke, madre de doña Elizabeth, no echó en saco roto la paciencia que Betson le había demostrado en aquellas visitas en que se mofaba de él con su mordaz lengua:

"En cuanto a las noticias de aquí, confío en Dios que sean buenas. El jueves la señora de Croke vino a Stepney y trajo consigo a Maese Brinkley a fin de que examinara a Betson, quien, a fe mía, estaba muy enfermo. Antes de partir le puso emplastos en la cabeza, en el estómago y en el vientre, de modo que pudo descansar bien toda esa noche. Volvió a visitarlo el viernes . . .; el enfermo estaba mucho mejor; por lo menos así decían todos los que se hallaban junto a él. No obstante, hasta ese momento le era imposible asegurar si viviría o moriría, aunque puede lograr que subsista hasta el martes al medio día y está dispuesto a hacerlo. El motivo de que hasta ahora no os haya escrito es que yo mismo no estaba completamente seguro. Señor, des-

de que doña Jane y yo llegamos ha habido muchos tejemanejes e intrigas encaminados a desbaratar los propósitos que nos trajeron a este lugar. Por ahora no considero oportuno detallarlos, pues la señora de Betson, prescindiendo de todas las maquinaciones y de todos los consejos, ha decidido confiar en vuestra noble paternidad y en mi señora, vuestra esposa, y si el caballero abandona este mundo, recibiréis noticias de mi señora tan pronto como le proporcionemos el medio para hacerlo. Pero, sea que él muera, sea que viva, es necesario e importante que doña Jane no se separe de la señora de Betson hasta el momento que pueda tenerse absoluta certeza de cómo habrán de desarrollarse las cosas, pues, en verdad, muchas personas —que de ahora en adelante habréis de conocer vos mismo y mi señora— ya la han exhortado a que asuma una actitud que contraría vuestros deseos, y aún continuarían haciéndolo si nosotros no hubiésemos llegado a tiempo. Y doña Jane es acreedora de mucho agradecimiento."[29]

Las intrigas, empero, eran prematuras, porque Betson se restableció por completo. El 10 de octubre, el "aprendiz" Henham escribe: "Mi amo Betson está restablecido por completo, bendito sea Jesús, y ya se han superado todos los síntomas de la enfermedad, toma muy bien sus alimentos y, en cuanto a médicos, ninguno viene a visitarlo porque no los necesita".[30]

Pero otra muerte estaba a punto de destruir la estrecha asociación entre Thomas Betson y los Stonor; al finalizar el año murió la amable, pródiga y afectuosa doña Elizabeth. Es un hecho sorprendente que, en apariencia, su muerte haya significado el fin de la vinculación comercial establecida entre su yerno y su marido. De allí en adelante las únicas referencias a Thomas Betson que encontramos en los documentos de los Stonor son circunstancia-

les apuntes sobre las deudas de Betson (sin duda había comprado la parte que Sir William tenía en la sociedad). El 10 de marzo de 1480 le reconoce a Stonor una deuda de 2.835 libras esterlinas y 9 chelines y en 1482 aún le debe 1.200 libras esterlinas.[31] Es imposible conjeturar por qué motivo estas relaciones, que no solo eran una afectuosa amistad personal, sino también un vínculo mercantil, finalizaron en forma tan abrupta. Como señala el editor de la correspondencia de los Stonor, "la sinceridad y la honestidad del carácter de Betson, tal como se ponen de manifiesto en sus cartas, nos impiden suponer que la culpa fuera suya".

Esta es la faceta más personal y doméstica de la vida de Thomas Betson; sin embargo, salvo ocasionales referencias a la Compañía del *Staple* o al precio de la lana de los Cotswold, poco es lo que nos dice sobre la gran corporación a la que nos hemos referido al comienzo de este capítulo. Pero, como Betson está incluido en este libro no solo como individuo sino también como prototipo, tenemos que examinar su actividad pública y comercial y debemos tratar de descubrir, mediante testimonios más indirectos, cómo manejaba sus negocios un mercader del *Staple*. El *stapler* que deseara forjarse un buen pasar debía hacer dos cosas prestando especial atención a ambas. En primer término, tenía que comprar la lana a un productor inglés; en segundo lugar, debía venderla a un comprador extranjero. La mejor lana inglesa casi en su totalidad procedía de los Cotswold. A los mercaderes del *Staple* les agradaba regatear por ella, sea que desearan el producto de la gran esquila de verano, sea que les interesaran los pellones que se vendían en otoño, después de la matanza de ovejas. Así, pues, un hermoso día de primavera, Thomas Betson parte con destino a Gloucestershire montado en su buen alazán, y mientras avanza lo envuelve el per-

fume de los espinos en flor. Otros mercaderes de lana van más lejos y penetran en los largos valles de Yorkshire con el propósito de comprar a los abades cistercienses la lana de sus enormes rebaños; pero Betson y los Cely juran por los pellones de los Cotswold (en cierta oportunidad, Betson, en el mes de julio, embarcó 2.348 pellones con destino a Londres, a nombre de Sir William Stonor y de Thomas Betson, en el *Jesu*, de Londres, a las órdenes de John Lolyngton, por la gracia de Dios). Mayo es el mes indicado para comprar, y Northleach, el principal punto de reunión de *staplers* y traficantes de lana. No es extraño que en la iglesia de Northleach haya tantas laudes de laneros, pues con frecuencia ellos oraban allí y a menudo en la aldea resonaban las voces de compradores y vendedores intercambiando pedidos y examinando muestras. Los Cely compraban preferentemente a dos mercaderes de lana de Northleach, llamados William Midwinter y John Busshe. No era raro que las relaciones entre compradores y vendedores fueran bastante estrechas y agradables; inclusive, Midwinter a veces trataba de proporcionar a algunos de sus clientes no solo lana, sino también esposa: a las jóvenes casaderas no les disgustaba que las observaran jarra de vino por medio, y en esas ocasiones había mucho regocijo en la posada.[32] Es verdad que Midwinter era propenso a impacientarse cuando se demoraba demasiado en pagarle, pero podemos perdonárselo. Thomas Betson prefería los pellones de Robert Turbot de Lamberton[33] y también negociaba con un tal John Tate, con Whyte de Broadway (otra famosa aldea lanera)[34] y con John Elmes, un mercader de Henley a quien los Stonor conocían muy bien. Midwinter, Busshe y Elmes eran traficantes de lana o *broggers* —es decir intermediarios— que actuaban como nexo entre los campesinos que ofrecían la lana y los *staplers* que la

compraban. Pero a menudo los *staplers* se entendían directamente con los campesinos y compraban lana tanto a los pequeños como a los grandes productores; y gracias a esas visitas anuales —esperadas con impaciencia en los vallecitos de Yorkshire y en los valles de los Cotswold— se consolidaban afectuosas amistades. Richard Russell, ciudadano y mercader de York, pone una nota simpática al legar en su testamento "veinte libras que serán distribuídas entre los campesinos del valle de York, a quienes compré lana, y de la misma manera, diez libras entre los campesinos de Lyndeshay" (1435).[18]

La correspondencia de los Cely ofrece muchos detalles acerca del tráfico de lana en Northleach. En el mes de mayo del mismo año en que aparentemente terminó la asociación entre Betson y Stonor, el viejo Richard Cely estuvo en Northleach al mismo tiempo que realizaba sus transacciones y daba cuenta de ellas a su hijo, "Jorge Cely en Caleys":

"Te saludo con afecto y te informo que he recibido una carta que me escribiste en Calais el 13 de mayo (de 1480), carta por la cual me enteré de que estuviste en los mercados y de que se vendió mi lana mediana, que fue solicitada por John Destermer y John Underbay. Por ese motivo con la ayuda de Dios estoy ocupado embarcando los 29 *sarplers* * mencionados, que compré a William Midwinter de Northleach; 26 *sarplers* son de lana fina según me dijo el embalador Will Breten, y los otros 3, que compré a un cura párroco, también son de lana fina, mucho más fina que la lana que embarqué antes de Pascua. En Londres han comenzado los embarques, pero yo todavía no he mandado

* *Sarpler*: Denominación que se daba a cierto tipo de saco para enfardar lana; por extensión, con esta palabra se denominaba una medida de cantidad empleada en el tráfico lanero. (*N. del E.*)

nada. Lo haré, después de estos días de fiesta, y para ello te daré una orden de pago a fin de que abones el flete y otros gastos. Hoy mismo tu hermano Richard Cely se dirige a Northleach con el propósito de examinar y embalar una clase de pellones para mí y otra para ti".[26]

En otra ocasión escribe: "Me aconsejas en tu carta que adquiera lana en los Cotswold, por lo tanto compraré 30 costales a John Cely y 40 costales al viejo Will Midwinter de Northleach. Me han advertido que no compre más, pues la lana de los Cotswold está demasiado cara (13 chelines 4 peniques el tod)* y es tan dificultoso ir por lana a los Cotswold, como nunca lo había sido en estos últimos siete años".[27] ¡Qué cuadro evocan estas palabras! ¡Nos imaginamos a los mercaderes recorriendo los caminos al trote de sus caballos con ese mismo aspecto con que tan a menudo los vio Chaucer!

Había un mercader de barba hendida,
vestido con traje abigarrado y encaramado en un caballo,
cubría su cabeza un sombrero flamenco de castor;
sus botas estaban abrochadas perfecta y elegantemente.
Exponía sus argumentos con gran solemnidad,
atento siempre al aumento de sus ganancias.**

Con frecuencia Betson debe haber encontrado en Northleach a sus colegas del *Staple*; entre otros, al viejo mercader Richard Cely, ya mencionado, y a su hijo George, quien cabalgaba con su halcón "Meg" posado en la muñeca y tenía un caballo llamado Bayard y otro que respondía al nombre de Py; acaso también haya encontrado a John Barton, oriundo de Holme, poblado cerca de Newark, el

* *Tod*: Medida de peso usada en el tráfico lanero; equivalía a unas 25 libras, si bien era fluctuante. (*N. del R.*)

** Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 270-275 (*N. del R.*)

altivo *stapler* que en los vitrales de las ventanas de su casa colocó estas palabras a modo de lema:

> Que la oveja haya pagado todo
> agradezco a Dios y se lo agradeceré siempre;[38]

aunque, por cierto, es poco probable que John Barton llegara hasta un lugar tan meridional como los Cotswold en busca de lana.

Betson acaso también haya encontrado en el camino a sus rivales, los robustos y mesurados flamencos, y los lombardos delgados y zalameros, de ojos negros y manos gesticuladoras, quienes no tenían nada que hacer en los Cotswold, ya que estaban obligados a comprar la lana en el mercado de Calais. Pese a todo iban y provocaban el enfado de los buenos ingleses con sus triquiñuelas, y quizá mucho más aún, con sus favorables transacciones. "Todavía no he enfardado mi lana en Londres –escribe el viejo Richard Cely, el 29 de octubre de 1480–, y este año no he adquirido ni un solo vellón, pues la lana de los Cotswold está comprada por lombardos, en consecuencia no tengo ninguna prisa en enfardar mi lana de Londres"[39]; y el 16 de noviembre su hijo le informa desde Calais: "Hay muy poca lana de los Cotswold en Calais, y según creo entender, los lombardos la compraron en Inglaterra".[40] Pero también es verdad que los Cely, al igual que otros mercaderes ingleses, de vez en cuando estaban dispuestos a hacer negocios privados en Inglaterra con compradores extranjeros. Dos años más tarde, William Cely, su agente, les escribe para advertirles que en ese momento dos mercaderes flamencos estaban tratando de comprar lana en Inglaterra –contrariamente a lo dispuesto por la legislación vigente– y que los funcionarios de Calais habían tenido noticias de ese asunto; por lo tanto, sus patrones debían precaverse y disponer que

Wyllykyn y Peter Bale pagaran en Calais. "Sin embargo, en lo que atañe a vuestras transacciones, nadie habrá de enterarse, a menos que se investiguen los libros de contabilidad de Peter Bale."[41] Sin duda, el honrado Betson no solía valerse de esas artimañas y sentía especial animadversión por los astutos y usureros lombardos, que tenían tanta habilidad para tramar ardides financieron destinados a engañar a los mercaderes ingleses, pues, ¿acaso no compraban la lana a crédito en Inglaterra, merodeando a su gusto por los Cotswold?

Asimismo también recorren a caballo los Cotswold
y toda Inglaterra, acopiando, sin duda,
cuanto les viene en gana con una libertad y franquicia
que supera a las que en cualquier caso gozamos los ingleses

Y, ¿acaso no es verdad que llevaban la lana a Flandes, vendiéndola allí al contado, con una pérdida del cinco por ciento, y después prestaban el dinero con elevado interés usurario, sobre todo a los mercaderes ingleses, de modo que cuando llegaba el día en que debían pagar en Inglaterra, habían obtenido grandes ganancias?

Y entonces ellos, si se lo consentimos,
nos limpiarán la nariz con nuestra propia manga:
y aunque se trate de un refrán
cotidiano y grosero, no obstante
es una observación plenamente cierta.[42]

Otra tarea esencial de la que debía ocuparse Betson era enfardar su lana y embarcarla con destino a Calais. Allí era atrapado por la red de regulaciones establecida por la compañía y por la Corona, que siempre estaban al acecho para que no se cometieran fraudes en el embalaje o en la identificación de los productos que se exportaban. La lana tenía que ser enfardada en el sitio de su procedencia, y había reglamentos muy estrictos que prohi-

bían que se la mezclara con pelos, tierra o desperdicios. Los recaudadores de la compañía, que ejercían sus funciones en las diferentes zonas laneras y que eran responsables ante las autoridades de la Tesorería Real, revisaban y sellaban cada fardo de modo que fuera imposible abrirlo sin romper el sello.

Después, los grandes costales eran transportados en caballos de carga, "y cruzaban Wiltshire y Hampshire Downs por los antiguos caminos de herradura que se utilizaban antes de la conquista romana; luego atravesaban Surrey y Kent, siguiendo la Ruta de los Peregrinos, hasta llegar a los puertos del Medway". En los diferentes puertos, los recaudadores de impuestos aduaneros se ocupaban de asentar en sus registros los nombres de los mercaderes que traficaban con lana, junto con la cantidad y el tipo de la embarcada por cada uno de ellos.[43]

Parte de la lana era conducida a Londres; allí trabajaban muchos *staplers* que tenían sus agencias en Mark Lane (Mark Lane es una corrupción de Mart Lane, es decir, callejón del Mercado); el producto era pesado en el Leadenhall a fin de establecer qué derechos de aduana le correspondían y qué impuestos debían pagarse.[44] Cuando se ocupaba de estas tareas Betson, era secundado por tres ayudantes (o "aprendices", como ellos se denominaban a sí mismos) de Stonor, cuyos nombres eran Thomas Henham, Goddard Oxbridge y Thomas Howlake; a este último le profesaba gran simpatía, pues el muchacho era muy amable con la pequeña Katherine Riche. A veces estaban en el depósito que Stonor tenía en Londres, y otras en su agencia de Calais; le ahorraban a Betson infinitas molestias, pues tenían experiencia suficiente como para vigilar no solo la tarea de enfardar la lana en Londres, sino también los trámites vinculados a su venta en Calais.

Una vez que la lana había sido enfardada, los funcionarios aduaneros la pesaban y la marcaban; luego era transportada con destino a Calais; en los casos que procedían precisamente de Calais mismo o de alguno de los puertos pequeños de las costas oriental o sudoriental de Inglaterra (que en su mayoría hoy en día se han convertido en simples villorrios), pues los barcos zarpaban no solo de Hull y Colchester, sino también en Brightlingsea, Rotherhithe, Walberswick (Suffolk), [illegible] (Essex), Bradwell, Maidstone, Milton, Newhithe, Milhall. En agosto de 1478, después de la esquila de verano, los Cely pagaron el flete de sus *sarplers* de lana a los patrones de veintiún barcos.[46]

El embarque proseguía todo el verano y se prolongaba hasta Navidad; pero durante los meses de invierno, los mercaderes solían despachar en especial pellones o badanas. Lo hacían después de la gran matanza de ovejas y de otras especies animales que tenían lugar en la festividad de San Martín, fecha en que las amas de casa salaban la carne que habría de consumirse en el invierno y los campesinos entregaban a los *staplers* los cueros y pellones cuya venta se había negociado con gran antelación.

A menudo la correspondencia de los mercaderes y los registros aduaneros nos facilitan los nombres de esos audaces barquichuelos y nos proporcionan informes sobre sus cargamentos. En octubre de 1481, por ejemplo, los Cely embarcaron en consignación una partida de pellones:

"Muy venerable señor, después de saludaros humildemente os hago saber que mi patrón ha embarcado sus pellones en el puerto de Londres, en este embarque de octubre de . . . , habréis de recibir esos pellones y pagar en primer término el flete, por la gracia de Dios, en el *Mary*, de Londres (patrón: William Sordyvale), siete fardos; suma:

2.800; al lado del mástil de popa hay un fardo que entre otras cosas contiene algunos pellones de verano marcados con la letra *O*; allí hay también tres fardos con pellones de William Dalton y debajo de ellos están los otros seis fardos de mis patrones. Además, en el *Christopher*, de Rainham (patrón: Harry Wilkyns), se embarcaron siete fardos y medio de pellones de Cots (los Cotswold), suma: 3.000 pellones. Están al lado del mástil de popa y debajo de ellos hay 200 pellones de Welther Fyldes y de William Lyndys, oriundo de Northampton, y están separados por corderillos. Además, en el *Thomas*, de Maidstone (patrón: Harry Lawson), van seis bolsas, con un total de 2.400 pellones; cinco fardos están cerca del mástil —debajo de la escotilla— y nada hay encima de ellos, y el otro está en la popa; los pellones de verano que hay en esos seis fardos también están marcados con una *O*. Además en el *Mary Grace*, de Londres (patrón: John Lokyngton), seis fardos que totalizan 2.400 cueros; están ubicados en la popa, debajo de los pellones de Thomas Graunger. La separación entre ambos está señalada en rojo. Los pellones que mi amo ha embarcado en esta oportunidad suman veintiséis fardos y medio; de éstos, 561 son pellones de invierno del país y están marcados con una letra *C*; los pellones de verano deben sumar más de 600, pues parte de ellos ha quedado aquí, ya que no pudimos hallar comprador para dos fardos; todos los pellones de verano están marcados con una *O*. Además, señor, también recibiréis en el *Mary*, de Rainham (patrón: John Danyell), vuestro cofre con los aparejos de tiro y un queso de Essex, señalado con la marca de mi patrón."

Y prosigue así, suministrando detalles sobre la cantidad de pellones embarcados en el *Michael*, de Hull, y en el *Thomas*, de Newhithe, donde hay, "junto al mástil de popa, debajo de los pellones per-

tenecientes a Thomas Betson", más de 11.000 pellones en total.[46]

¡Qué alentadora es esta nómina de barcos! Los cargueros son el más novelesco de los temas, sea que estén abarrotados de monos, de marfil y pavos reales, sea que lo estén de "deleznables baratijas".* Y, desde el día en que Jasón zarpó hacia la Cólquide, los pellones siempre se han contado entre los cargamentos más apasionantes. Además, cómo olían a sal aquellos marinos del tiempo viejo, Henry Wilkins, patron del *Christopher* de Rainham, John Lollington, patrón del *Jesu* de Londres, Robert Ewen, patrón del *Thomas* de Newhithe, y todos los demás, agitando las manos para despedirse de sus esposas y novias mientras sus barcos abandonaban las bahías pequeñas y centelleantes con los valiosos fardos de lana estibados a popa o en las bodegas: todos ellos eran hombres de mar que respondían a la imagen evocada por Chaucer:

> Mas su habilidad para calcular con acierto sus mareas,
> sus corrientes y los peligros siempre próximos,
> los refugios, la posición de la luna y el pilotaje
> no tenía rival desde Hull hasta Cartagena.
> Era intrépido y discreto en las empresas;
> muchas tempestades habían azotado sus barbas;
> conocía bien y en detalle todos los puertos
> desde Gootland hasta el cabo de Finisterre,
> y en todas las ensenadas de Bretaña y España.
> Su barco se llamaba *Magdalena.***

Sus naves sin duda eran similares al *Margaret Cely*, que compraron los dos hermanos Cely y que bautizaron con el nombre de su madre. Por ese barco pagaron la suma de 28 libras (que no era excesiva), sin contar aparejos y accesorios. La tripu-

* La autora alude a los *cheap tin trays* mencionados en el poema *Cargoes* de John Masefield. (*N. del R.*)

** Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 401-410. (*N. del R.*)

lación estaba integrada por un patrón, un contramaestre, un cocinero y dieciséis gallardos marineros; como el barco era un atractivo señuelo para los piratas, ¡estaba armado con cañón, arcos y picas, cinco docenas de flechas y doce libras de pólvora! Las provisiones consistían en pescado salado, pan, trigo y cerveza, y para servir a los intereses comerciales de los Cely, navegaba periódicamente hacia Zelandia, Flandes y Burdeos.[47] Probablemente desplazaba alrededor de 200 toneladas, si bien en su mayoría los otros barquitos eran bastante más pequeños, pues, como afirma el erudito editor de los documentos de los Cely, "sin duda los barcos de los pequeños puertos del Medway apenas si tendrían 30 toneladas a fin de navegar sin riesgos en el río; el *Thomas*, de Maidstone, acaso haya sido solo una barcaza, si tenía que pasar por el puente de Aylesford".[48] Sin embargo, recorrían el Canal de la Mancha y lograban despistar a los piratas, aunque a menudo, en Calais, Thomas Betson esperaba nerviosamente el arribo de la flotilla lanera y, al igual que el mercader de Chaucer:

Hubiera querido que el mar estuviese protegido contra toda sorpresa entre Middelburgo y el Orwell.*

En el muelle, al lado de George o de Richard Cely, con frecuencia debe de haber escudriñado ansiosamente el mar, mientras el viento salado agitaba la pluma de su gorro, y daba gracias a Dios cuando los barcos comenzaban a cabecear al alcance de su vista. "Gracias sean dadas a nuestro buen Señor —escribe una vez desde Londres a Stonor—: Sé de cierto que nuestro cargamento está llegando . . .

* Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 276-277. Middelburgo es un puerto flamenco y el Orwell es un río del condado inglés de Essex. *(N. del R.)*

a Calais. Hubiera callado estas noticias hasta el momento en que yo mismo llegara, porque es lo que corresponde, pero no osé ser tan atrevido a fin de que vuestra señoría, en presencia de esta apropiada oportunidad, pueda alegrarse y regocijarse con estas noticias, pues en verdad yo estoy contento y se lo agradezco a Dios de todo corazón."[49]

Tres semanas más tarde el "aprendiz" Thomas Henham escribe con tono similar: "Partí de Sandwich el día 11 de abril y llegué a Calais el pasado jueves de Carnaval con los barcos laneros; bendito sea Jesús porque he recibido vuestra lana a salvo. Además, señor, si place a vuestra señoría escuchar esto, he recibido la lana tan limpia e íntegra como ningún otro hombre de la flota sería capaz de hacerlo. Asimismo, señor, si place oír a vuestra señoría, sabréis que gran parte de vuestra lana fue almacenada la víspera de Pascua. Por otra parte, señor, si os place saberlo, os diré que el patrón del barco quedó satisfecho y que se le pagó el flete".[50] Los Cely también escriben en idéntico tono:

"Hoy, 16 de agosto, la flota lanera procedente de Londres y de Ipswich llegó a Calais a salvo, Dios sea loado, y este mismo día fue desembarcada parte de la lana, cotizándose a buen precio, gracias sean dadas a Dios."[51] Sus cartas también nos aclaran qué clase de peligros temían: "Ruego a Jesús que haga llegar aquí pronto y a salvo —escribe Richard a su 'bien amado hermano George' el 6 de junio de 1482—; Robert Eryke sufrió persecución con los escoceses entre Calais y Dover. Escaparon a duras penas."[52] Se han conservado testimonios de muchas persecuciones de esta índole y, asimismo, también tenemos noticias de que a veces la lana era quemada bajo las escotillas o arrojada al mar en el curso de una tormenta.[53]

Thomas Betson y los Cely muy a menudo atravesaban el Canal de la Mancha en estos barcos, que

transportaban pasajeros y correspondencia, y se encontraban casi tan cómodos en Calais como en Londres. A los mercaderes ingleses, cuando residían en Calais, no les estaba permitido alojarse donde quisieran y en cualquier parte de la ciudad: la compañía del *Staple* tenía una nómina de posaderos "con licencia" en cuyas casas podían ubicarse los *staplers*. Por lo general, en cada posada vivían varios mercaderes: los de mayor edad, más influyentes, circunspectos y respetables, comían en la mesa principal; los demás, en mesas laterales ubicadas en el salón.

Algunas veces disputaban por las tarifas; por ejemplo, en cierta oportunidad, William Cely remitió a Londres una carta dirigida a Richard y a George:

"Item, señor: debéis saber que, a causa de nuestro alojamiento, ha surgido una desavenencia entre nuestro posadero Thomas Graunger y quienes residimos aquí, pues Thomas Graunger, cuando se hizo cargo de nuestro hospedaje, nos aseguró que no pagaríamos por la comida más que 3 chelines y 4 peniques por semana en la mesa principal y 2 chelines y 6 peniques y medio en la mesa lateral, y ahora dice que no aceptará menos de 4 chelines por semana en la mesa principal y 40 peniques en las laterales; por lo tanto, todos se marcharán y buscarán alojamiento, ya sea en una, ya sea en otra posada: William Dalton estará en la de Robert Tomey y Ralph Temyngton, junto con el agente del señor Brown de Stamford, vivirá en la de Thomas Clarke; todos se irán salvo yo; por lo cual yo hago saber a vuestras señorías de modo que podáis disponer como mejor os plazca."[54] Pero Thomas Betson nunca riñó con sus posaderos: la única queja que acaso tuvieran era que se demoraba excesivamente escribiendo cartas de amor y llegaba tarde a la mesa.

Y había mucho que hacer en Calais. Ante todo, cuando llegaba la lana, tenía que ser inspeccionada por los funcionarios reales, quienes debían verificar si estaba rotulada correctamente; luego sus expertos enfardadores examinaban los fardos, los rehacían y volvían a colocar los sellos. Era ése un momento de ansiedad para aquellos mercaderes que sabían que entre los *sarplers* habría algunos con lana de calidad inferior. El honesto Thomas Betson, podemos afirmarlo con plena seguridad, nunca cometía fraudes, pero, en cambio, los Cely tenían bastante experiencia en triquiñuelas comerciales; cierta vez, cuando el funcionario de Calais tomó el *sarpler* número 24 para verificar su calidad, William Cely, su agente, que sabía que ésa era lana inferior, la sustituyó a hurtadillas por el número 8, que era de "lana buena", y cambió los rótulos, y así fue como estuvo en condiciones de escribir a Inglaterra: "Vuestra lana ha sido juzgada por el *sarpler* que saqué en último término".[57] Con razón decía Gower que el engaño reinaba en el *Staple*:

Siq'en le laines maintenir
Je voi plusours descontenir
Du loyalté la viele usance.[58]

Después había que pagar los derechos de aduana y los impuestos al alcalde y a la Compañía del *Staple*, que los cobraban en nombre del rey. Luego venía la tarea fundamental: vender la lana. Por supuesto, Thomas Betson prefería venderla tan pronto como fuese posible, a medida que llegaban los barcos, pero a veces el mercado estaba flojo y la lana quedaba en sus depósitos algunos meses. La lana de la esquila de verano que hubiera sido embarcada el mes de febrero o anteriormente y que no se vendiera antes del 6 de abril era clasificada como lana vieja; la Compañía del *Staple* estipulaba

que los compradores extranjeros debían llevarse un *sarpler* de esa lana por cada tres de la nueva, y aunque los flamencos protestaban y pretendían adquirir un *sarpler* de lana vieja por cada cinco de la nueva tenían que aceptar las regulaciones.[57] En gran parte Betson tenía que desarrollar sus actividades comerciales en el mercado de Calais, donde alternaba con los majestuosos mercaderes franceses —descendientes de antiguas familias y que tenían haciendas propias—, con los mercaderes más plebeyos, oriundos de Delft y Leyden, y con los traficantes de lanas de las soleadas ciudades de Florencia, Génova y Venecia. Entre los mejores clientes, tanto de los Stonor como de los Cely (pues se os menciona en la correspondencia de ambas familias), se contaban Peter y Daniel van de Rade, de la ciudad de Brujas. En cierta ocasión, Thomas Howlake informa que les vendieron cuatro *sarplers* de lana fina de los Cotswold a diecinueve marcos el saco, con un descuento de cuatro cloves * y medio en el saco de 52, y agrega: "Señor, confío en que esto os plazca; y en cuanto a los mercaderes mencionados, que han comprado vuestra lana, son tan buenos como el mejor que haya venido de Flandes y por eso les he demostrado mayor benevolencia y les he concedido todas las facilidades que es posible otorgar".[58]

Sin embargo, los *staplers* no hacían negocios solo en Calais, sino que también se trasladaban a las grandes ferias instaladas en Amberes, en Brujas y en otras poblaciones cercanas. "Tomas Betson —escribe Henham a su amo— llegó a Calais el último día de abril y luego partió con buena salud rumbo al mercado de Brujas, el primer día de mayo".[59]

* *Clove:* Medida de peso utilizada en el tráfico lanar. *(N. del R.)*

Sucedió, pues, que cierto día el mercader
resolvió disponer en seguida su equipo
para encaminarse a la ciudad de Brujas
a fin de comprar allí una porción de mercaderías,[60]

con la diferencia de que Betson se proponía vender en vez de comprar. El mismo escribe a Sir William: "Os complacerá enteraros de que la víspera del día de la Santísima Trinidad llegué a Calais y, loado sea el Buen Dios, tuve un viaje espléndido y, señor, con la ayuda de Dios, me propongo partir hacia el mercado el próximo viernes. Ruego al Buen Dios que me ayude y me dé éxito en todas mis empresas. Si todo marcha bien aquí, por la gracia de Dios, confío en hacer algo que será de provecho para vos y para mí. Hasta ahora, han llegado pocos mercaderes, pero con la gracia de Dios han de venir muchos más. No perderé el tiempo cuando sea el momento, os lo prometo... y, señor, una vez que regrese del mercado, os informaré de todo si Dios me ayuda."[61] Es indudable que en las ferias Betson se encontraba con gran cantidad de mercaderes procedentes de toda Europa, aunque muy a menudo, como resultado de las perturbaciones políticas, los caminos se tornaban peligrosos y los comerciantes siempre corrían el riesgo de que los asaltaran. Por lo común, se consideraba que los mercaderes ingleses eran los mejores vendedores y compradores de las ferias de Flandes y de Brabante, aunque a veces los flamencos solían quejarse pues aseguraban que los *staplers* establecían regulaciones en las que se disponía que sus asociados solo podían comprar el último día, cuando los vendedores flamencos, que tenían prisa por empaquetar y marcharse, vendían sus mercancías a precios muy desventajosos.[62]

El autor del *Libelo de la política inglesa* se

jacta de la actividad comercial que los ingleses introdujeron en esos mercados:

Pero los de Holanda en Calais compran nuestros pellones
y nuestras lanas vendidas por ingleses...
y nosotros vamos a los mercados de Brabante bien provistos
con géneros ingleses, muy buenos y vistosos,
y luego regresamos también, bien provistos,
con telas manufacturadas, especias y baratijas.
En esos mercados, que los ingleses llaman ferias,
cada país suele hacer transacciones monetarias;
ingleses y franceses, lombardos y genoveses,
catalanes, proceden allí según sus costumbres;
escoceses, españoles, irlandeses se instalan en las ferias
con gran acopio de cueros curtidos.
Y por mi parte afirmo que llegando a Brabante,
Flandes y Zelandia compramos mayor cantidad
de mercaderías de uso corriente que todos los demás países.
De esto me he enterado por relato de mercaderes,
y si los ingleses no acudieran a las ferias
las transacciones serían flojas y los beneficios nulos
porque compran más y del bagaje extraen
más mercadería que la que reúne cualquier otro.[63]

Aunque las ferias se instalaran en distintas épocas y en diferentes sitios, todos los años había cuatro grandes ferias "de temporada" que correspondían a las cuatro estaciones.[64] En invierno había un "Mercado Frío", al que Thomas Betson se encaminaba arropado de pieles, y los cascos de su caballo resonaban en la escarcha que cubría los caminos. En primavera había un "Mercado de Pascua", y en esa época Betson silbaba alegremente y se ponía una violeta en el gorro. En verano, en la época en que se celebraba la festividad de San Juan Bautista, se instalaba el "Mercado de San Juan"; Betson tenía calor, se enjugaba el sudor de la frente y en un puesto de Amberes le compraba a un genovés una pieza de satén leonado o de seda de Lucca para regalársela a Katherine. En otoño, aproximadamente alrededor del 28 de octubre, día de San Remigio (llamado San Bamis por los flamencos),

comenzaba a funcionar el "Mercado de Bammys"; en esa feria Betson podía comprarle a Katherine una piel de cordero o de visón; también podía comprarles a los mercaderes del Hansa, que se instalaban en el Mercado de Brujas, una fina mantilla negra. En esos mercados, los comerciantes del *staple*, mientras corrían de un lado a otro en busca de compradores para su lana, tenían que darse maña para cumplir cien triviales encargos de sus amigos, pues quienes vivían en Inglaterra solían ser dados a suponer que los *staplers* solo existían para que uno pudiera encomendarles diligencias en el extranjero y para enviar regalos a sus amistades. Uno quería un par de guantes de Lovaina, el otro azúcar en panecillos, aquél una pipa de vino gascón ("allá puedes conseguirlo más barato"), este otro una yarda o dos de paño de Holanda; además el jengibre y el azafrán siempre eran bien recibidos y podían comprarse a los venecianos, a quienes los Cely con singular ortografía denominaban *Whenysyans*. Además, por supuesto, los *staplers* tenían que hacer compras vinculadas a sus propias actividades; por ejemplo, adquirían bramante de Calais y lienzo de Arrás, Bretaña o Normandía, para enfardar la lana.[63]. En cuanto a los Cely, Thomas Betson solía decir que solo hablaban de deportes y de comprar halcones, excepto en una melancólica oportunidad, cuando George Cely cabalgó en silencio a lo largo de diez millas hasta que se decidió a revelarle que en Inglaterra su perra gris había parido catorce cachorros, pero que tanto la madre como los hijos habían muerto.[64]

Thomas Betson solía vender sus lanas y sus pellones sea en la agencia de Calais, sea en las ferias y mercados de la comarca; pero su tarea no terminaba allí, pues luego debía consagrarse a la complicada tarea de cobrar a sus clientes —los mercaderes flamencos— a fin de estar en condiciones

de pagar, a su vez, a sus propios acreedores, los traficantes de lana de los Cotswold. Los *staplers* tenían por costumbre abonar la lana con pagarés, a seis meses de plazo por regla general, y Thomas Betson sin duda debe haberse visto en figurillas para afrontar tales compromisos si los compradores extranjeros demoraban en saldar sus cuentas. Por añadidura, el problema de las cotizaciones acrecentaba sus penurias hasta extremos inconcebibles. Nosotros creemos que podemos formarnos una idea de las múltiples dificultades que plantean en la actualidad los cambios que, además de diferir sobremanera entre sí, fluctúan constantemente; pero nos es casi imposible imaginar los complejos cálculos y las continuas disputas que martirizaban el cerebro de un mercader del *Staple* en el siglo XV. No solo variaban en forma continua las valuaciones de Inglaterra y las del continente europeo, sino que, además, como señala el editor de los documentos de los Cely, "por un lado, la cantidad de potentados de toda especie que se atribuían el privilegio de emitir su propia moneda y, por el otro, el aspecto, con frecuencia tan sospechoso, de lo que hacían pasar por oro y plata dificultaba sobremanera la tarea de ajustar los valores y, en consecuencia, a los Cely no les quedaba más remedio que aceptar lo que podían conseguir".[67] Imaginad por un instante los problemas del pobre Thomas Betson cuando en su agencia se codeaban el florín Andrew de Escocia, el gulden * Arnoldus de Gueldres (muy falsificado), el *groat* Carolus de Carlos de Borgoña, las coronas francesas (las nuevas y las antiguas), el David y el *falewe* del obispado de Utrecht, el *groat* Hettinus de los condes de West-

* Moneda de plata usada en Holanda, cuyo valor era un chelín y ocho peniques. *(N. del R.)*

falia, el luis francés de oro, el *groat* de Limburgo, el *groat* de Milán y el de Nimega, el *Phelippus* o Felipe de oro de Brabante, las *plaques* de Utrecht, los *postlates* de distintos obispos, el real inglés (que valía diez chelines), el "jinete" escocés o de Borgoña (llamado así porque tenía grabada la efigie de un hombre a caballo), el florín Rhenau del obispado de Colonia y los *setillers*.[68] Betson tenía que conocer el equivalente de todos en moneda inglesa, tal como estaba fijado en ese momento por la compañía y, para colmo, la mayoría de esas monedas se falsificaba a espuertas. Pero, en este sentido, la moneda inglesa gozó de envidiable prestigio hasta que Enrique VIII empezó a adulterar el sistema monetario en beneficio de sus nefandos fines. Las cartas de los Cely abundan en irritadas referencias a los inconvenientes del cambio y, sin duda, mucho es lo que debemos compadecer a Thomas Betson, aunque es evidente que, al igual que el barbudo mercader de Chaucer*, "era muy hábil para negociar con escudos".

Para efectuar pagos entre Inglaterra y los Países Bajos los *staplers* solían valerse de las excelentes facilidades bancarias y de los instrumentos de crédito —letras de cambio, etcétera— que otorgaban los mercaderes italianos y españoles y los traficantes ingleses de telas, quienes combinaban el intercambio comercial con operaciones financieras. William Cely, por ejemplo, escribe a sus patrones:

"Pongo en vuestro conocimiento que solo he recibido de John Delowppys (a cuenta de la letra que me envió Adlington) la cantidad de 300 libras flamencas, de las cuales he pagado a Gynott Strabant 84 libras flamencas con 6 chelines y 6 peniques. Además, os he transferido, por intermedio de Benynge Decasonn, lombardo, 180 esterlinas no-

* Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 278. *(N. del R.)*

bles[*] pagaderas como de costumbre. Las cambié a 11 chelines y 2 peniques y medio flamenco a esterlina, y por lo tanto el total es de 100 libras flamencas, 17 chelines, 6 peniques y medio. Además, en la misma forma os transferí por intermedio de Jacob van de Base 89 esterlinas nobles y 6 chelines, pagaderas en Londres como de costumbre; las cambié a 11 chelines y medio penique flamencos por cada esterlina noble; ello totaliza 50 libras flamencas y aún tengo en mi poder lo que resta de vuestras 300 libras; por el momento no he de poder haceros otras transferencias, pues ahora ya no hay nadie que quiera cambiar dinero. En la bolsa el noble está a 11 chelines y 1 penique. Las únicas monedas que circulan son *groats* de Nimega, coronas, florines Andrew y florines del Rin, y el cambio empeora día a día. Además, señor, os envío —adjunto con ésta— las dos primeras letras de cambio arriba mencionadas. La letra de Benynge Decasonn está dirigida a Gabriel Defuye y a Peter Sanly, genoveses, y la de Jacob van de Base está dirigida a Anthony Carsy y Marcy Strossy, españoles: tendréis noticias de ellos en la Calle de los Lombardos."[6]

Una semana después escribe:

"He tenido conocimiento de que habéis recibido por intermedio de John Raynold, comerciante de telas, 60 libras esterlinas pagaderas el 25 del mes y por intermedio de Deago Decastron (Diego de Castro, un español), otras 60 libras esterlinas, pagaderas el 26 del mismo mes; y ambas obligaciones se harán efectivas en el día; en cuanto a Lewis More, lombardo, se le ha pagado y tengo en mi poder el recibo; su agente es un individuo penden-

[*] Antigua moneda inglesa que valía 6 chelines y 8 peniques. *(N. del R.)*

ciero que se niega a recibir otra moneda que no sean *groats* de Nimega."[70]

Sin duda, en su alojamiento Thomas Betson redactó muchas cartas similares a ésta: se quedaba trabajando hasta tan tarde que se veía obligado a escribir a sus amigos a la hora en que tendría que haber estado durmiendo; encabeza así una carta:

"En Londres, el día de Nuestra Señora, por la noche; confío en que vos estaréis en vuestro lecho; yo, en cambio, aún estoy despierto, y así Dios me ayude."[71] Pero, indudablemente, una de sus tareas más arduas era hacer el balance anual. Veamos cómo procedía:

> El tercer día levantóse el mercader
> y meditando discretamente sobre sus negocios
> se dirigió a su despacho
> para calcular consigo mismo, lo mejor que pudiese,
> cuál era su situación aquel año,
> cuánto había gastado de sus bienes
> y si los había acrecentado o no.
> Colocó ante sí, en la mesa,
> sus libros y gran número de talegas.
> Sus riquezas y sus tesoros eran inmensos,
> y por eso cerró cuidadosamente la puerta de su despacho
> y no permitió que nadie lo distrajera
> en sus cálculos durante ese tiempo.
> Y así estuvo sentado hasta pasada la hora prima.[72]

Así transcurría la vida de un mercader del *Staple*: cabalgando hasta los Cotswold en busca de lana; traficando en los despachos del Mercado de Lanas, navegando entre Londres y Calais y entre Calais y Londres; regateando con los mercaderes extranjeros en el mercado de Calais o yendo a las ferias flamencas. La Gran Corporación lo amparaba, disponía todo lo referente a su alojamiento, vigilaba la calidad de su lana, reglamentaba sus compras y sus ventas y cuidaba de que obtuviera justicia en sus tribunales. En el transcurso de estas actividades que, si bien eran arduas, no estaban des-

provistas de interés, se cimentó la historia de amor de Betson que epilogó en un matrimonio feliz. Sin embargo, no era su destino vivir mucho tiempo una vez que se recuperó de la grave enfermedad que lo aquejó en 1479; quizá solo se restableció a medias, pues murió alrededor de seis años más tarde, en 1486. Durante los siete años de vida conyugal (recordemos que ella contrajo matrimonio a la edad de quince años), la solícita Katherine le dio cinco hijos; dos varones, Thomas y John, y tres mujeres, Elizabeth, Agnes y Alice. Afortunadamente, Thomas Betson al morir disfrutaba de una situación desahogada, según podemos comprobarlo de su testamento, que aún se conserva en Somerset House. Había ingresado en la Compañía de Pescaderos y, asimismo, era miembro de la Compañía del *Staple*, pues en esa época las grandes corporaciones de la City ya no estaban integradas solamente por aquellas personas que se dedicaban en forma exclusiva a determinada actividad. En su testamento [73] Thomas Betson lega dinero para reparar el presbiterio de la iglesia parroquial de Todos los Santos (en Barking), donde fue enterrado; "treinta libras que habrán de emplearse para comprar alguna joya destinada a ornamentar la capilla del *Staple* en la iglesia de Nuestra Señora, en Calais"; asimismo, deja veinte libras a los Pescaderos para comprar vajilla. A la compañía mencionada en último término le encomienda la tutoría de sus hijos; lega sus dos casas a su mujer y cuarenta chelines a Thomas Henham, que trabajó junto con él para los Stonor; y, como era previsible, da las instrucciones necesarias con respecto a "los gastos de mi entierro, el cual no debe ser desmesurado sino sobrio, discreto y moderado, tal como corresponde al culto y alabanza de Dios Todopoderoso". Katherine (que quedó viuda y con cinco hijos a la edad de veintidós años) se casó en segundas nupcias con

William Welbech, tendero (los tenderos formaban una corporación muy rica), de quien tuvo otro hijo. Pero su corazón permaneció fiel al esposo que le había escrito aquella primera carta de amor, cuando todavía era una niña, y en 1510, antes de morir, dispuso que la enterraran en Barking, junto a Thomas Betson, en la iglesia de Todos los Santos. Allí tres *staplers* aún yacen debajo de sus laudes aunque no ha quedado ningún vestigio del marido de Katherine.[74] Que descansen en paz, olvidados desde hace tanto tiempo, pese a que son más dignos de recuerdo que muchos de esos caballeros revestidos con armadura que en nuestras hermosas iglesias medievales reposan en sepulcros cincelados.

Las guirnaldas se marchitan sobre vuestra frente;
¡ya no os jactáis de vuestras heroicas empresas!
Sobre el altar purpurino de la muerte
ved cómo sangra la victoriosa víctima.
Al frío sepulcro vuestras cabezas deben descender:
solo las acciones de los justos
perfuman y florecen en su polvo.*

* Pasaje del poema de James Shirley (1596-1666), *The Contention of Ajax and Ulysses*, III. *(N. del R.)*

CAPITULO VI

THOMAS PAYCOCKE DE COGGESHALL

UN PAÑERO DE ESSEX EN LA ÉPOCA DE ENRIQUE VII

> Fue éste, sin duda, un pañero cortes, cuya fama perdurara por siempre jamás.
>
> THOMAS DELONEY

El grande y noble comercio de la industria textil ha dejado múltiples huellas en la vida de Inglaterra, en su arquitectura y en su historia literaria y social. Ha colmado nuestra campiña de magníficas iglesias perpendiculares * y de encanta-

* En arquitectura se denomina *perpendicular* al último estilo del gótico inglés, que en términos generales abarca desde 1375 hasta la introducción del Renacimiento, en el curso de los siglos XVI y XVII. Su nombre deriva del predominio de líneas verticales en las ventanas y en los paneles de las paredes. El primer testimonio del período perpendicular es la catedral de Gloucester (*ca.* 1360); entre los ejemplos más característicos de este estilo pueden citarse la nave y los cruceros occidentales de la catedral de Cantórbery (1378-1411), la capilla de King's College en Cambridge (1447-1512), la capilla de Enrique VII en Westminster (terminada en 1512) y el salón *hall* del Christ Church College de Oxford (1630). *(N. del R.)*

doras casas construidas con vigas de roble. Ha introducido en nuestra literatura popular gran cantidad de consejos sobre los preclaros varones de Inglaterra, y en ella los pañeros Thomas de Reading y Jack de Newbury se codean con el fraile Bacon y con Robin Hood. Ha poblado de gentiles hombres nuestros condados, pues, tal como observó Defoe, en los primeros años del siglo XVIII, "muchas de las familias más destacadas de las regiones occidentales que en la actualidad se consideran parte integrante de la *gentry*, originariamente ascendieron y se afianzaron gracias a esta manufactura auténticamente noble". Ha introducido numerosos apellidos en los padrones —Weaver (tejedor), Webber (tejedor), Webb (tejido), Sherman (cortador), Fuller (batanero), Walker (caminante), Dyer (tintorero)— y ha sido la causa de que se designe a toda mujer soltera con la denominación de *spinster* (literalmente significa hilandera). Aún más, desde la época en que el comercio de telas desalojó al de la lana como principal tráfico de exportación de Inglaterra hasta el momento en que, a su vez, fue desalojado por el hierro y el algodón, constituyó el fundamento del poderío comercial inglés. "Entre todas las manufacturas —dice el bueno de Deloney— ésta es la única importante, porque sus productos son los que más han contribuido a hacer famoso nuestro país entre todas las naciones del mundo."[1]

A fines del siglo XIV, los pañeros ingleses ya estaban empezando a rivalizar con los de los Países Bajos en la manufactura de telas finas, como lo atestigua la Mujer de Bath, de Chaucer, que

> Tenía tal habilidad para tejer paños,
> que sus telas superaban a las de Ipres y de Gante *

* Chaucer, *Cuentos de Cantórbery*, 447-448. *(N. del R.)*

y en las postrimerías del siglo XVI de hecho no existía rivalidad porque las manufacturas inglesas habían obtenido una evidente victoria. Por otra parte, el desarrollo de esta actividad también originó cambios en su organización misma. Nunca había sido una industria que pudiera adecuarse con facilidad al sistema de gildas, puesto que la fabricación de una pieza de paño implicaba demasiados procesos independientes. La tarea previa de hilar y cardar siempre había sido una actividad secundaria realizada por las mujeres y los niños en sus propias cabañas; pero, en cambio, los tejedores que compraban el hilo, tenían su gilda y también la tenían los bataneros, que lo abatanaban, y los tundidores, que terminaban la tela, y los tintoreros, que la teñían. No era posible, que todos los artesanos se reunieran para vender la tela terminada, y por ello todos estaban vinculados por una estrecha relación de dependencia, pese a que cada grupo tenía su propia gilda, de modo que, según está atestiguado, a veces los tejedores contrataban a los bataneros, y a veces los bataneros contrataban a los tejedores. Aún más, como tejer es una tarea mucho más rápida que hilar, con frecuencia los tejedores perdían demasiado tiempo y les resultaba difícil reunir la cantidad de hilo necesaria para que sus telares no dejaran de funcionar; por otra parte, como el mercado de telas se ampliaba gradualmente, transponiendo los confines de las poblaciones en donde vivían los tejedores, algunos intermediarios comprendieron que era necesario dedicarse en forma exclusiva a vender la tela terminada, y así comenzaron a desarrollar sus actividades algunos agentes de negocios: compraban grandes cantidades de lana que luego vendían a los tejedores; más tarde, gracias a un proceso lógico, en lugar de vender la lana comenzaron a entregarla a los tejedores para que la te-

jieran, a los bataneros para que la abatanaran y a los tundidores para que la terminaran. Cada uno de los operarios recibía un salario y la lana regresaba a su dueño cuando todo el trabajo había sido hecho. Estos agentes se enriquecieron, amasaron capitales y estuvieron en condiciones de contratar a mucha gente para que trabajara a sus órdenes. Pronto resolvieron distribuir las tareas entre los diferentes operarios que participaban en la manufactura de una tela; sus servidores llevaban lana a las cabañas a fin de que las mujeres cardaran e hilaran; luego entregaban sucesivamente el hilo a tintoreros, tejedores, bataneros y cortadores; por último, los servidores llevaban el producto terminado al agente industrial —el pañero, como lo llamaban— quien, a su vez, lo remitía al agente mercantil, llamado *draper*.

Rápidamente los pañeros adquirieron riquezas e importancia, y en ciertas regiones del país se convirtieron en la espina dorsal de la clase media. Desarrollaron sus actividades en poblaciones campesinas, en lugar de hacerlo en las antiguas ciudades que gozaban de régimen autónomo, pues deseaban eludir las restricciones impuestas por las gildas. Fue así cómo gradualmente la industria textil emigró casi por completo a las zonas rurales.

Sobre la base de este sistema de "trabajo a domicilio", los pañeros prosiguieron desarrollándola en el oeste de Inglaterra y en East Anglia (aunque no en Yorkshire), hasta el momento en que la Revolución Industrial la trasladó de las cabañas a las fábricas y del sur al norte del país.

Las florecientes aldeas quedaron vacías, de modo que en la actualidad necesariamente tenemos que reconstruir, con ayuda de rostros dispersos, de edificios antiguos y de nombres más antiguos aún, la otrora familiar figura del pañero de East Anglia rodeado por su enjambre de atareados operarios.

Una de esas figuras familiares fue el bueno de Thomas Paycocke, pañero de Coggeshall (Essex); murió colmado de años y de renombre en 1518. Su familia era oriunda de Clare (Suffolk), pero a mediados del siglo XV una rama se estableció en Coggeshall, población que no distaba mucho de aquélla. Según parece, su abuelo y su padre se dedicaron a apacentar hacienda destinada al consumo de carne, pero Thomas Paycocke, su hermano y sus descendientes se consagraron a la "auténticamente noble industria" textil imprimiendo un carácter indeleble a la aldea en que habitaron. Coggeshall está situada en el famoso distrito textil de Essex del que escribió Fuller: "Esta región tiene una personalidad similar a la de Betsabé, 'que coge la rueca en sus manos y hace bailar el huso'.* No sería impropio rogar que el arado continúe roturando y que la rueca prosiga girando, a fin de que (puesto que somos alimentados por uno y vestidos por la otra) no se corra peligro, Dios mediante, de morir de hambre en nuestra patria".[2]

En todo el condado de Essex había aldeas famosas por su industria textil: Coggeshall y Braintree, Bocking y Halstead, Shalford y Dedham y, sobre todo, Colchester, el gran centro y mercado de dicha industria. Las aldeas florecieron impulsadas por esa manufactura y era difícil encontrar una cabaña en la que no zumbara la rueca, una calle en la que no hubiera talleres de tejedores, o cocinas donde el tosco telar no aguardara, junto a la pared, al amo de la casa que trabajaba en él. Era difícil que transcurriera una semana sin que se escuchara en las desordenadas callejuelas el barullo provocado por las acémilas que traían al villorio la lana que habría de ser tejida y se llevaban

* *Proverbios*, XXXI, 19. *(N. del R.)*

las piezas de paño que había que entregar a los pañeros de Colchester y de las aldeas vecinas. En todo el siglo xv, Coggeshall fue un centro importante solo superado por las grandes poblaciones de Norwich, Colchester y Sudbury, y sus dos posadas se han llamado hasta nuestros días *El costal de lana* y *El vellón*. Como ya dije, tenemos que rehacer el retrato de Thomas Paycocke y de sus colegas tomando como base rastros dispersos; pero, felizmente, tales rastros suelen abundar en muchísimas aldeas inglesas, y en la misma Coggeshall están al alcance de nuestra mano. Para volver a infundirle vida, disponemos de tres elementos: su casa, ubicada en la calle principal de la aldea, las laudes de su familia, que están en la nave lateral de la iglesia de la aldea, y su testamento, que se conserva en Somerset House. Una casa, una laude, un testamento . . . parecen poca cosa y, sin embargo, contienen toda su historia. Es un error garrafal suponer que la historia tiene que ser necesariamente algo que está escrito, porque también puede ser algo que ha sido edificado, y para quienes tienen ojos que saben leer, las iglesias, las casas, los puentes y los anfiteatros son capaces de narrar su historia con tanta claridad como un texto impreso.

La villa del período romano redescubierta gracias a las excavaciones después de haber permanecido sepultada durante siglos debajo de los ignaros talones de los labriegos . . . , esa villa, con su espaciosa planta baja, sus pisos adornados con magníficos mosaicos, su complicado sistema de calefacción y sus vasos destrozados, revela más claramente que cualquier libro de texto el auténtico significado del Imperio Romano, cuyos ciudadanos vivían de ese modo en una neblinosa isla en el confín extremo de su mundo. El castillo normando, con foso y puente levadizo, poterna, muralla, torreón y saeteras en lugar de ventanas, es más elocuente que

cien crónicas sobre los peligros que acechaban al hombre en el siglo XII. No vivía así, por cierto, un caballero en la época romana. La casa solariega campestre del siglo XIV, con su patio y su capilla, su gran salón y su palomar, vuelve a hablarnos de una era de paz, cuando la vida en mil pequeños señoríos giraba en torno del propietario rural, y cuando innúmeros ingleses volvían ilesos de la Guerra de los Cien Años, que marcó con cicatrices indelebles el bello rostro de Francia. Posteriormente, los mercaderes comenzaron a construir complejas casas perpendiculares en las ciudades y aldeas del siglo XV; esas casas que se levantaban junto al camino, tenían jardines en la parte posterior, vigas talladas, grandes chimeneas y un inequívoco aspecto de bienestar, señalan el advenimiento de una nueva clase social en la historia inglesa: la clase media, intercalada entre la nobleza y el campesinado, que avanza dispuesta a conquistar sus derechos. Los espaciosos días del reinado de la gran Isabel se reflejan en las hermosas casas isabelinas, en sus amplias alas y en sus inmensas habitaciones, en sus chimeneas y en sus ventanas provistas de vidrios, que no daban a patios interiores cerrados sino a parques abiertos y cubiertos de árboles. También es posible visitar una casa, construida o redecorada en el siglo XVIII; allí encontraremos sillas Chippendale, mesas laqueadas y empapelados chinos cubiertos con pagodas y mandarines; seguramente todo eso nos traerá el recuerdo de la época de los nababes, la época de John Company,* que vinculó a los productos del Lejano Oriente, la época en que el té remplazó al café

* *John Company*: Nombre peyorativo de la Compañía de las Indias Orientales, procedente de la denominación Jan Kompanie aplicada por los nativos de la Compañía de las Indias Holandesas. *(N. del R.)*

en las preferencias de los caballeros elegantes; la época en que Horacio Walpole coleccionaba porcelana, Oliverio Goldsmith idealizaba a la China en su libro *Los ciudadanos del mundo*, y el doctor Johnson era llamado el "Gran Kan de la literatura". Ahora, mirad estas figuras: observad esa hilera de casas mal construidas, cien en fila y todas exactamente iguales; contemplad, además, esta villa, moderna, con mucho tecno y escasas ventanas, cubiertas con vidrio de botella de mala calidad. Aquí tenéis el siglo XX. Por cierto, toda la historia social y gran parte de la historia política de Inglaterra puede reconstruirse con solo tomar como punto de partida su arquitectura; y, por lo tanto, no solicito que me disculpen por afirmar que la casa de Thomas Paycocke es una evidencia histórica sumamente valiosa.

De índole similar, aunque menos interesante, son los testimonios ofrecidos por las monumentales laudes que aún se conservan en casi toda Inglaterra y que abundan en East Anglia, en los condados de Middlesex, Surrey, Kent, Essex y en el valle del Támesis.[8] Su variedad es extraordinaria: hay laudes de eclesiásticos, revestidos con las vestimentas sacerdotales, las hay de doctores en leyes y teología, de doctores en letras vestidos con sus ropas académicas y de algunos abades y abadesas; hay laudes de caballeros cubiertos con sus armaduras; hay laudes que representan a damas acompañadas por sus perrillos y ataviadas con atuendos que atestiguan los cambios que ha experimentado la moda siglo tras siglo y aclaran todos los misterios de mantos y *cottehardies*, de tocas, y *partlets*, de guardainfantes y cofias, apropiados para cada una de las sucesivas modas. Las laudes, al igual que las casas, son testigos de la prosperidad de la clase media, puesto que en el siglo XIV los mercaderes se dedicaron a edificar moradas elegantes y, al mis-

mo tiempo, también comenzaron a colocar espléndidas laudes en sus sepulcros. Quizá las más hermosas sean las laudes de los mercaderes de lana, a quienes se representa apoyando el pie en costales o en ovejas; pero ellos no eran los únicos mercaderes. Abundan los alcaldes y regidores de distintas corporaciones: colocaban sobre sus tumbas sus marcas comerciales con la misma altivez con que los caballeros reproducían sus blasones y, en verdad, el sentimiento que los inducía a hacerlo es igualmente justificable. Un ejemplo característico de ese orgullo es la famosa laude de Robert Braunch en Lynn: yace entre sus dos esposas y a sus pies está grabada una escena que representa el magnífico banquete que ofreció en honor del rey Eduardo III, a quien agasajó con pavos reales. En Northleach hay un sastre con sus grandes tijeras, tan gloriosas como la espada de un cruzado, y en Cirencester yace un viñatero con los pies apoyados en un casco de vino. También hay otras personas de condición más humilde, menos favorecidas por la riqueza, pero que se sentían orgullosas de los utensilios de su oficio; dos o tres notarios públicos con lapiceros y estuches para plumas, un cazador con un cuerno de caza. En la iglesia de Newland se conserva la laude de un minero independiente de la Selva del Deán. Que está representado con gorra y pantalones de cuero atados debajo de la rodilla, una artesa de madera sobre el hombro, un pequeño zapapico en la mano derecha y una palmatoria entre los dientes. Esta clase de evidencia histórica nos ayudará a conocer a Thomas Paycocke. Las laudes de su familia fueron colocadas en la nave septentrional de la iglesia parroquial de San Pedro ad Vincula. Varias han desaparecido en el transcurso de los últimos ciento cincuenta años y por desgracia no se ha conservado la laude del mismo Thomas; no obstante, en la nave lateral to-

davía hay dos: la laude de su hermano John (que murió en 1533) y su mujer, y la laude de su sobrino, que también se llamaba Thomas (murió en 1580); en esas laudes aún puede verse la marca comercial característica de los mercaderes.

Por último, contamos con la evidencia de los testamentos de los Paycocke; en Somerset House se conservan tres: el testamento de John Paycocke (muerto en 1505); padre de Thomas y constructor de la casa; el de Thomas Paycocke (muerto en 1518) y el de su sobrino Thomas (el mismo cuya laude está en la nave lateral de la iglesia), quien nos ha dejado un testamento extenso y sumamente minucioso, con gran cantidad de datos sobre la historia local y sobre la organización de la industria textil. Hasta ahora quienes se dedican a la historia social quizá no han explotado adecuadamente todas las posibilidades que ofrece el estudio de los testamentos. Muy pocos, excepto aquellos que han hojeado una colección tan notable como la *Testamenta Eboracenia* [4] alcanzan a darse cuenta de la cantidad enorme de informes sobre la vida de nuestros antepasados que puede obtenerse en tales documentos. Gracias a los testamentos comprobaréis a cuántas hijas podía dotar un hombre, a cuántas hacía ingresar en un convento y qué educación disponía que se diera a sus hijos varones, sabréis cuáles eran los establecimientos religiosos más populares, quiénes tenían libros y de qué índole eran, qué proporción de su dinero creían conveniente legar con destino a obras de caridad y qué pensaban de la capacidad comercial de sus esposas. Encontraréis largas y deslumbradoras listas de las piezas que integraban la platería familiar, de tazas y platos predilectos que tenían nombres cariñosos, y nóminas de anillos y prendedores, cinturones y rosarios. Hay detalladas descripciones de vestidos y pieles, algunos esplén-

didos. otros comunes, porque la gente legaba sus ropas finas con tanto cuidado como sus joyas. Hay descripciones aún más asombrosas de lechos, con su ropa de cama y sus colgaduras, pues un lecho era un mueble muy valioso y, a juzgar por los testamentos, con frecuencia debe de haber sido un objeto realmente espléndido. Shakespeare se ha granjeado un baldón, bastante inmerecido, porque le dejó a Ann Hathaway su cama de segunda clase, pero admitamos que podría haberle legado la mejor.

Aún más espléndidos que los trajes, las camas o los cortinados, son las vestiduras sacerdotales bordadas y recamadas que se mencionan en los testamentos; también son muy interesantes las complejas instrucciones con respecto a las ceremonias fúnebres. Hay testamentos de todo tipo: los hay hasta de siervos, aunque en teoría sus posesiones pertenecían a su señor; se conservan testamentos de reyes y reinas, de grandes señores y de nobles damas, de obispos y párrocos, de abogados y tenderos. En ellos se encuentran nuevos testimonios de la prosperidad social de la clase media; hay detalles de sus actividades comerciales, se enumeran las mercaderías que poseen; se incluyen inventarios de sus casas, de sus fincas rurales (a veces) y de sus casas de renta urbanas (casi siempre); se nos dice cómo eran sus cofres adornados con plata y los atavíos de sus mujeres; se nos habla de sus aprendices y de sus gildas; de su filantropía, de sus casamientos con miembros de la *gentry* y de sus creencias religiosas. En una palabra, los testamentos de esas personas nos ofrecen una vívida imagen de su vida diaria.

Éstas son, pues, las tres fuentes que pueden utilizarse para conocer la vida y la época de Thomas Paycocke. Las tres —casas, laudes y testamentos— contienen múltiples testimonios de que en el curso de los dos últimos siglos de la Edad Media

tuvo lugar el desarrollo rápido y progresivo de una nutrida y próspera clase media, cuya riqueza no procedía de la posesión de la tierra, sino de la industria y el comercio. Ya hemos encontrado ejemplos típicos de esta clase social en las figuras de Thomas Betson y del anónimo Ménagier de París; ahora debemos ver qué nos dicen la casa, el testamento y las laudes de su familia sobre el pañero Thomas Paycocke. En primer término, y sobre todo, nos proporcionan innúmeros pormenores de la noble industria con la que se ganaba el sustento; la casa de Paycocke está colmada de vestigios de la industria textil. La marca comercial de los Paycocke —una cola de armiño que parece una hoja de trébol con dos peciolos— está reproducida en las vigas talladas de la chimenea, en los sotabancos de los hogares y en medio de la franja historiada que adorna el frente de la casa. Thomas marcaba así sus fardos de paños, ¿y acaso le hacía falta otro blasón? La casa íntegra es, en esencia, típica de la clase media; es la casa de un hombre que era *nouveau riche* en una época en que ser *nouveau riche* todavía no significaba en realidad ser vulgar. Su notable prosperidad se puso de manifiesto en una ornamentación refinadamente barroca. Una franja tallada corre a lo largo del frente de la casa y en su ondulado trazo florecen cien encantadores diseños: hojas, zarcillos, flores extrañas, cabezas humanas, rosas Tudor, un rey coronado y una reina tomados de la mano, un niñito que se introduce con sus piernecillas gordezuelas en el cáliz de una azucena; y en la parte central, la marca del mercader sobre un escudo y las iniciales del dueño de la casa. El salón tiene un magnífico cielorraso de roble tallado primorosamente, en el que vuelve a aparecer la marca del comerciante.

En la planta alta, las vigas colocadas en el cie-

lorraso del enorme dormitorio representan audaces molduras redondeadas; hay, además, una preciosa sahta, revestida con paneles de lienzo plegado, en cuyo sotabanco se advierten extraños animales tallados. Este edificio es típico; concuerda a la perfección con la iglesia de Coggeshall y con todas esas grandes iglesias de East Anglia (Lavenham, Long Melford, Thaxted, Saffron Walden, Lynn Snettisham), altivas y espaciosas, que los pañeros hicieron erigir, costeándolas con sus riquezas recientemente adquiridas. Hasta el estilo arquitectónico es típico —*nouveau riche*, como quienes lo pagaban—: los refinados ornamentos y los pomposos detalles del estilo perpendicular remplazan a la sencilla majestad del estilo inglés primitivo;* es exactamento el tipo de arquitectura que le complace pagar a un comerciante enriquecido. A la clase media le agradaba exhibir su dinero, pero la suya era una ostentación sin vulgaridad. Más de una vez, cuando contemplaba su hermosa casa o elevaba sus plegarias junto a las tumbas de su familia, en cuyas laudes relucía su marca comercial, sin duda Thomas Paycocke debe de haber bendecido la noble industria que le proporcionaba el sustento

Los testamentos de los Paycocke narran idéntica historia. Thomas deja legados no solo a su familia, sino también a la buena gente del vecindario que trabaja para él. Tenemos, por ejemplo, la familia Goodday,** de nombre
cuyos miembros eran tundidores (operarios que terminaban la tela); ellos recibieron importantes donativos: "Lego a Thomas Goodday, tundidor, veinte chelines, y a cada uno de sus hijos, tres chelines y cuatro peniques. Item, lego a Edward Good-

* El estilo primitivo prevaleció en Inglaterra en el período 1189-1272. (*N. del R.*)

** *Goodday* significa "buen día". (*N. del R.*)

day, fundidor, dieciséis chelines y ocho peniques, y a su hijo, tres chelines y cuatro peniques." También legó dinero a Robert Goodday, de Sampford, y a su hermano John y a cada una de sus hermanas, además de una suma adicional para Grace. que era ahijada de Thomas Paycocke. Y no olvida a Nicholas Goodday de Stisted, ni a Robert Goodday de Coggeshall, ni a sus respectivas familias, ni al pariente de éstos, John, que era sacerdote y recibió 10 chelines con el encargo de que oficiara un treintenario de misas. Todos estos Goodday indudablemente estaban unidos a Thomas Paycocke por vínculos en los que además del trabajo también contaba la amistad. Pertene[illegible] apreciada familia de Goggeshall, que a lo largo de sucesivas generaciones se había ganado la vida con la industria textil. El tocayo de Thomas Paycocke, que era su sobrino - nieto y cuyo testamento fue fechado en 1580, aún conservaba esa estrecha relación con los Goodday; lego a "Edward Goodday, mi ahijado, 40 chelines, y a cada uno de los hermanos y hermanas del mencionado Edward que estén vivos en el momento de mi muerte, 10 chelines, y a William Goodday, el mayor, 10 chelines". A la generación actual, apresurada e inquieta, le resulta difícil imaginar la inconmovible estabilidad de las aldeas de antaño; sus habitantes vivían generación tras generación y desde la cuna hasta la tumba en las mismas casas y en las mismas calles desiguales, y las personas del mismo apellido continuaban siendo amigas, tal como lo habían sido sus padres y abuelos antes que ellas.

Otros amigos y empleados de Thomas Paycocke también fueron recordados en el testamento. Lega 6 chelines y 8 peniques a Humphrey Stonor, "aprendiz mío en otro tiempo". Podemos imaginarnos a Humphrey Stonor, una helada mañana, bajando soñoliento del enorme desván donde quizá

solían dormir los aprendices. Sin duda estaba en términos amistosos con los tejedores y bataneros que trabajaban por cuenta de su amo; además era un much cho de buena familia, que quizá fuera pariente de aquellos Stonor para quienes trabajó Thomas Betson, pues, como afirma Deloney, "los hijos menores de caballeros y gentilhombres a quienes sus padres no les dejarían tierras, por lo común preferían aprender este oficio, pues de tal modo podrían vivir en comodidad y pasar sus días prósperamente". Dos amigos de Thomas Paycocke recibieron legados importantes. Al parecer, les había prestado dinero y deseaba cancelarles la deuda en su lecho de muerte, pues su testamento dice así: "Lego a John Beycham, mi tejedor, cinco libras si a tanto llegara la deuda, y una túnica y un jubón... Lego y perdono a Robert Taylor, batanero su deuda, y además le dejo tres chelines y cuatro peniques." Otros legados demuestran, con mayor claridad aún, la amplitud de sus actividades comerciales. "Lego a todos mis tejedores, bataneros y tundidores cuyos nombres no hayan sido citados explícitamente, doce peniques a cada uno, y aquellos que hayan trabajado mucho para mí que reciban tres chelines y tres peniques por cabeza. Item, lego la suma de cuatro libras para que se distribuya entre los peinadores, cardadores e hiladores de mi lana." Desfilan ante nosotros todas las ramas de la industria textil. Y aquí tenemos a Thomas Paycocke, pañero, que es el eje alrededor del cual gira la manufactura íntegra: proporciona lana a las mujeres para que la peinen, la carden y la hilen; la recibe de vuelta y la entrega al tejedor a fin de que teja el paño; después, el producto pasa a manos del batanero que la abatana y del tintorero que la tiñe. Una vez que las telas están terminadas, las agrupa por docenas y se las envía al mayorista, el *draper*, quien se encarga de venderlas; es po-

sible que tuviera por costumbre confiar sus telas a ese "Thomas Perpoint, *draper*", al que llama "primo mío" y a quien nombra su albacea. Todas las tareas diarias de Thomas Paycocke están implícitas en su testamento. El año que murió aún empleaba a gran cantidad de operarios, con quienes se mostraba afectuoso y benévolo. La construcción de su casa no significó su retiro de los negocios, como en el caso de Thomas Dolman, otro gran pañero, que puso fin a sus actividades comerciales suscitando por ese motivo los lamentos de los tejedores de Newbury:

Dios tenga piedad de nosotros, miserables pecadores. Thomas Dolman ha construido su casa nueva y ha despedido a todos sus tejedores.[6]

Tal como se desprende de su testamento, las relaciones entre Paycocke y sus empleados eran excelentes. Sin embargo, no siempre sucedía así, pues, si bien los pañeros de aquella época tenían algunas de las virtudes de los capitalistas, también contaban con muchos de sus defectos, y en el siglo XV la eterna lucha entre el capital y el trabajo ya había progresado bastante. Pero el testamento de Paycocke no nos ofrece un detalle que mucho nos complacería conocer: ¿empleaba solamente a tejedores "a domicilio", que trabajan en sus propios hogares, o tenía también algunos telares en su casa? La época de Thomas Paycocke se singulariza por el hecho de que junto al nuevo régimen de trabajo a domicilio ya comenzaba a perfilarse algo que acaso podría compararse a un sistema fabril en pequeña escala. Los pañeros estaban empezando a instalar telares en sus viviendas a fin de que trabajaran en ellos tejedores a jornal; por lo común, a los tejedores independientes este procedimiento les desagradó sobremanera, porque en algunos casos se

veían en la necesidad de renunciar a su condición de maestros independientes para engrosar las filas de los servidores asalariados que trabajan en el taller del pañero, y en otros no les quedaba otro recurso que rebajar sus tarifas para hacer frente a la competencia de los jornaleros. Por añadidura, a veces los pañeros tenían telares de su propiedad y los alquilaban a sus operarios, de modo que así quedaba anulada gran parte de la independencia artesanal de que habían gozado los tejedores. A lo largo de la primera mitad del siglo XVI, los tejedores de las zonas textiles continuamente presentaron peticiones al Parlamento, a fin de denunciar esta nueva perversión del capitalismo. A uno se le ocurre que mucho antes de que el industrialismo se difundiera en Inglaterra, los tejedores tuvieron una premonición del sistema fabril y del obrero a quien ya no le pertenecen ni su materia prima, ni sus herramientas, ni su taller, ni el producto de su labor, porque únicamente es dueño de su trabajo. El maestro tejedor descendió a la categoría de jornalero. Ciertamente, el sistema estaba prosperando en Essex, pues allí, unos veinte años después de la muerte de Thomas Paycocke, los tejedores presentaron un petitorio denunciando a los pañeros, quienes tenían en sus casas telares, tejedores y bataneros, de modo que los peticionarios estaban desamparados: pues los ricos, los pañeros, se han puesto de acuerdo y han convenido en mantenerse firmes y pagar una determinada suma por tejer las mencionadas telas"; pero esa cantidad era exigua y no les permitía mantener sus hogares, aunque trabajaran la jornada íntegra, en días laborables y en feriados, de modo que muchos perdieron su independencia y se vieron reducidos a ser servidores de otros.[7] Con todo, el sistema de trabajo a domicilio aún era el más común y no hay duda de que en su mayoría los operarios de Pay-

cocke vivían en sus propias cabañas, aunque es probable que el pañero tuviera, además, algunos telares en su casa, tal vez en el aposento largo y bajo del fondo (el cual, según supone la tradición, se utilizaba para tejer) o quizá en un cobertizo.

En *La agradable historia de Jack de Newbury*, Deloney* traza un idílico cuadro del funcionamiento de una de esas fábricas en miniatura, y por nuestra parte podemos entretenernos utilizando ese pasaje para describir la "hilandería" de Thomas Paycocke. Jack de Newbury es un personaje que existió en la vida real: era un pañero muy famoso llamado John Winchcomb, que murió en Newbury apenas un año después de Paycocke. Sin duda, Thomas Paycocke estaba enterado de su existencia, pues los burieles suyos eran célebres en toda la Europa continental y, además, el bueno de Fuller,** que le otorga un conspicuo lugar entre sus *Notabilidades de Inglaterra*, lo llama "el pañero más importante (sin fantasía ni ficción) que jamás haya conocido Inglaterra".[8] Las historias novelescas protagonizadas por Jack de Newbury se propalaron por todo el reino, y a medida que aumentaba su difusión, también crecían sus proporciones. En ellas se contaba que Jack de Newbury condujo a un centenar de aprendices suyos a la batalla de Flodden ***; que agasajó al rey y a la rei-

* Thomas Deloney (1543?-1600?), autor inglés entre cuyas obras principales se cuentan tres narraciones en prosa, en las que describe con fino sentido del humor la vida de las clases medias en los tiempos de Isabel I. *(N. del R.)*

** Thomas Fuller (1608-1661), eclesiástico inglés, autor de varias obras sobre diferentes asuntos históricos. En sus *Notabilidades de Inglaterra* incluyó biografías breves de santos, prelados, estadistas, etc. *(N. del R.)*

*** Flodden: paraje de Northumberland donde el 9 de setiembre de 1513 escoceses e ingleses libraron una famosa batalla, en la que perdió la vida Jaime IV, rey de Escocia. *(N. del R.)*

na en su casa de Newbury; que hizo construir parte de la iglesia de Newbury y que no quiso aceptar que se le confiriera la dignidad de caballero porque prefería "seguir vistiendo su casaca de tela rústica, como un humilde pañero, hasta el fin de sus días". En 1597, Thomas Deloney, el precursor de la novela, engarzó todos estos episodios en una narración discontinua, mitad en prosa y mitad en verso, que muy pronto adquirió extraordinaria popularidad. Y éste es el relato que puede servirnos como guía para trazar un cuadro imaginario del trabajo que se llevaba a cabo en la casa de un pañero; sin embargo, es prudente recordar que se trata de una fantasía, de una leyenda, y que, por cierto, el célebre John Winchcomb nunca tuvo en su casa la desmesurada cantidad de doscientos telares, en tanto que nuestro Thomas Paycocke posiblemente no contó con más de una docena. Sin embargo, el poeta tiene derecho a tomarse ciertas libertades, porque, después de todo, lo que importa es el espíritu de la balada, y siempre resulta agradable dejarse llevar por la rima:

En un aposento, que era largo y espacioso,
doscientos telares había, de gran consistencia;
y doscientos hombres, tenedlo por cierto,
formando una hilera en ellos tejían.
Junto a cada uno, un lindo muchachito
mantas hacía con ánimo feliz
y en otro sitio no lejano
un centenar de mujeres, gratamente,
cardaba la lana con júbilo y prisa
cantando melodías con voces cristalinas.
Y una cámara contigua
albergaba doscientas doncellas,
vestidas con faldas de bermejo paño
y tocadas con pañuelos blancos como leche.
Las mangas de sus blusas se parecían
a la nieve invernal que cubre los montes del poniente,
y cada manga, con sedoso lazo,
se anudaba diestramente en la muñeca.

Estas lindas doncellitas nunca reposaban
y el día entero hilaban en ese lugar.
Y mientras su trabajo proseguían, con voces entonadas,
cantaban muy dulcemente, como ruiseñores.
Luego, al pasar a otra habitación,
se hallaron niños modestamente ataviados:
cada uno, al escoger lana, con cuidado,
seleccionaba la más fina que podía encontrar.
Allí había ciento cincuenta niñitos,
hijos de padres humildes y pobres,
y cada uno, en pago a sus afanes,
recibía un penique al terminar el día,
amén de comida y bebida toda la jornada,
que así se tomaba placentera estadía.
En otro sitio, de igual modo,
cincuenta eran los hombres que se alcanzaba a divisar,
todos expertos en el arte de cortar,
desplegando su pericia y variados talentos.
Y muy cerca de ellos permanecían
trabajando con ahínco ochenta bogadores.
Había también un taller de teñido
y sus operarios no eran menos de cuarenta.
Aún más: otros veinte hombres
compartían las tareas que se encomiendan a los bataneros.
Cada semana diez buenas vacas gordas
en la casa se consumían, tenedlo por cierto,
amén de manteca excelente, queso, pescado,
y tantos otros saludables alimentos.
El año entero se empleaban los servicios de un carnicero
y un cervecero se ocupaba de la bebida,
en tanto que un panadero tenía el encargo de hornear el pan
que mantenía bien alimentado a todo el personal.
Había cinco cocineros, que en la enorme cocina
todo el año trajinaban preparando comidas,
y seis ayudantes a sus órdenes tenían
para lavar platos, cacerolas y sartenes,
además de los arrapiezos que por allí había
designados para hacer girar los asadores día a día.
El anciano que presenció este espectáculo
se sintió tan asombrado como es de imaginar:
éste fue, por cierto, un digno pañero,
cuya fama perdurará por siempre jamás.[8]

Pero no solo podemos reconstruir las actividades comerciales de Thomas Paycocke, también nos es posible evocarlo en la intimidad de su vida privada. Algo nos dice con respecto a su familia el

valioso testamento. Su primera esposa es aquella Margaret cuyas iniciales, junto con las suyas, engalanan el maderamen de su hogar, y, por cierto, es probable que el viejo John Paycocke hiciera construir la casa cuando se consagró la boda de su hijo. Sin duda, aquel día dichoso el edificio fue testigo de un jubiloso espectáculo, pues nuestros antepasados tenían el don de entusiasmarse sinceramente cada vez que alguien se casaba, y la "Alegre Inglaterra" se sentía más alegre que nunca cuando el esposo conducía a la recién casada al nuevo hogar. También en este caso podemos recurrir a la idílica obra de Deloney para evocar la escena:

"La desposada iba ataviada con una túnica de rústico paño y un manto de fina tela; le ceñía la cabeza una diadema áurea; el pelo, tan reluciente como el oro, le caía sobre la espalda, cuidadosamente peinado y trenzado según los usos de aquellos días; se encaminaba a la iglesia flanqueada por dos bonitos chiquillos que tenían lazos nupciales y flores de romero atados en torno de las mangas de seda. Además, delante de la desposada conducían una bella copa nupcial de oro y plata, en cuyo interior había una linda rama de romero finamente dorada, de la cual pendían cintas de seda multicolores; más adelante avanzaban los músicos, que ejecutaban melodías en todo el trayecto; detrás de la desposada marchaban las doncellas más ilustres de la comarca; unas llevaban grandes tortas de boda; otras, guirnaldas tejidas con espigas exquisitamente doradas; y por fin entraba a la iglesia. Es superfluo que mencionemos al novio, pues como gozaba de tanta estima, no carecía de acompañantes, y todos eran personas de calidad, amén de varios mercaderes forasteros que viajaban desde Londres para asistir a la boda. Una vez bendecidas las nupcias, regresaban conservando el mismo orden; se disponían a cenar y no fuera escaso el regocijo

ni estaban ausentes las melodías... Los festejos nupciales duraban varios días y, gracias a ello, mucha era la asistencia que recibían todos los pobres que vivían en las inmediaciones."[10]

Sin duda, la casa tuvo en cuenta lo mucho que se bailó bajo el techo magníficamente ornamentado del salón, y también fue testigo de las canciones, los juegos, los besos y el general esparcimiento. No obstante, la fiesta no terminaba cuando los recién casados se retiraban a la cámara nupcial de vigas redondeadas, pues el flamante matrimonio tenía que ofrecer, en el dormitorio y entronizado en el enorme lecho de cuatro columnas, una recepción a sus amigos más íntimos. Nuestros antepasados ciertamente no eran mojigatos. Como dice Henry Bullinger (no se parecía en nada al jovial Deloney, esto es indudable, pero era contemporáneo de Paycocke y además Coverdale lo tradujo; así, pues, dejémoslo hablar): "Después de la cena, una vez más tienen que recomenzar a tocar la gaita y a bailar; y aunque los jóvenes, fatigados por el bullicio y por el trajín, comparten el deseo de retirarse a descansar, les es imposible gozar de tranquilidad. Por lo tanto, debe reputarse de persona torpe y revoltosa a aquella que sea la primera en encaminarse a la puerta de la alcoba de ellos y entone en ese sitio baladas pervertidas y malignas que constituyen el triunfo supremo para el demonio".[11] ¿Qué no daríamos ahora por una de esas "malignas baladas"?

Margaret, la recién casada procedente de Clare —antiguo domicilio de los Paycocke de Coggeshall—, fue conducida a la residencia de Coggesnall ajustándose en cierto modo a esta jovial costumbre. Era la hija de un tal Thomas Horrold, por cuya memoria Paycocke mantenía vivo afecto y respeto, pues al disponer la erección de un capilla en la iglesia de Coggeshall declaró expresamente su de-

seo de que fuera en beneficio de su propia alma y de las almas de su mujer, de sus padres y de su suegro, Thomas Horrold de Clare. Asimismo, legó cinco libras con las cuales sus albaceas tenían que "proveer otra lápida en la iglesia de Clare, destinada a mi padre político Thomas Horrold, en la que debe reproducirse su imagen, juntamente con la de su mujer e hijos" (es decir, una laude); a lo que era menester agregar cinco vacas o en su defecto tres libras en efectivo para la iglesia de Clare, con el propósito de "mantener y recordar la memoria de mi padre político, Thomas Horrold". También dejó dinero al hermano y hermanas de su mujer. Margaret Paycocke murió antes que su marido, sin dejar hijos; los únicos niños de su estirpe que Thomas vio jugar en su soberbia sala o trepar al aparador para descubrir la cabeza —tan pequeña como una nuez— oculta en los paneles tallados fueron sus sobrinos y sobrinas: Robert y Margaret Uppcher, hijos de su hermana; John, hijo de su hermano John; Thomas, Robert y Emma, hijos de su hermano Robert: y quizá su ahijadita Grace Goodday. Tal vez con el deseo de tener un hijo a quien legar su propiedad y apellido, Thomas Paycocke volvió a casarse con una muchacha llamada Anne Cotton, que fue la compañera de su vejez, "mi buena esposa Anne", cuya presencia debió animar la hermosa residencia, silenciosa y abandonada desde la muerte de Margaret. En el testamento de Thomas Paycocke se menciona al padre de Anne, George Cotton, y los hermanos y la hermana de ella —Richard, William y Eleanor— recibieron legados sustanciosos. Pero Thomas y Anne solo disfrutaron una vida conyugal breve; ella le dio su único hijo, que no llegó a conocer porque antes de que el niño naciera su padre fue arrebatado por la muerte. En su testamento provee a Anne con abundancia; habría de recibir quinientas esterli-

nas y la bella residencia sería suya mientras viviese; pues, a sus minuciosas disposiciones testamentarias agrega: "a condición de que mi casa en que resido sea empleada a su albedrío por mi esposa Anne mientras viva, juntamente con el palomar y el huerto en que se halla". Un vacío en los anales de la familia Paycocke nos impide determinar si el hijo de Thomas Paycocke vivió o murió; pero en apariencia murió o fue una niña, ya que, en el caso de no tener descendencia masculina, Paycocke legaba la residencia a su sobrino John (hijo de John, su hermano mayor), y en 1575 la hallamos en manos de este John Paycocke, en tanto que la casa de al lado pertenecía a Thomas Paycocke, hijo de su hermano Robert. Este Thomas murió hacia 1580 dejando solamente hijas; con posterioridad murió John Paycocke en 1584, tristemente rememorado en el registro parroquial como "el último de su prosapia en Coxall". De ese modo, la hermosa residencia dejó de pertenecer a la gran familia de pañeros que la había poseído por espacio de casi un siglo.[12]

Es posible conjeturar hasta cierto punto el carácter personal de Thomas Paycocke a través de su testamento. Sin duda, era un empleador generoso y benevolente, según resulta manifiesto de la preocupación que demuestra por sus operarios y por los hijos de éstos. A menudo le solicitaban en Coggeshall que fuese padrino de los niños, pues en su testamento dispone que en su sepelio y en las ceremonias que se repitieran a la semana después y "al cabo de un mes" hubiera "veinticuatro o doce niños pequeños en roquetes, con cirios en las manos; y el mayor número posible de ellos que sean mis ahijados y reciban seis chelines y ocho peniques por cabeza, y los restantes niños, cuatro peniques por cabeza . . . aparte de que todo ahijado reciba además seis chelines y ocho peniques

por cabeza". Todos estos niños probablemente eran pequeños jornaleros, empleados desde muy temprana edad en la tarea de clasificar la lana de Thomas Paycocke. Según Thomas Deloney, "la pobre gente, a la que Dios despreocupadamente bendijo con numerosa prole, conseguía por medio de esta ocupación encaminar a sus hijos, de modo que al llegar a los seis o siete años de edad estaban en condiciones de ganar su propio sustento;[13] y cuando Defoe se trasladaba de Blackstone Edge a Halifax, mientras observaba la manufactura pañera que daba trabajo a todas las aldeas de West Riding, uno de sus principales motivos de admiración consistía en que "todos (se hallaban) empleados, desde los más jóvenes hasta los más viejos; apenas si sobrepasaban los cuatro años, pero ya sus manos bastaban para que pudiesen mantenerse a sí mismos."[14] El trabajo infantil desde una edad que consideraríamos excesivamente temprana no fue en modo alguno un fenómeno nuevo introducido por la Revolución Industrial.

Que Thomas Paycocke tenía numerosos amigos, no solo en Coggeshall, sino en aldeas vecinas, queda atestiguado por el crecido número de sus legados. Su testamento también demuestra que era hombre de profundos sentimientos religiosos. Pertenecía a la hermandad de los Frailes de la Cruz de Colchester, a quienes dejó a su muerte la suma de cinco libras para que oraran "por mí y por aquellos por quienes entretanto estoy en la obligación de orar". En la Edad Media se acostumbraba en los monasterios a otorgar privilegio de la fraternidad de la congregación a los benefactores y a las personas de distinción. La recepción tenía lugar en una larga y elaborada ceremonia, durante la cual el *confrater* recibía de los hermanos el ósculo de paz. Un indicio del respeto que merecía Thomas Paycocke lo hallamos en el hecho de que fue-

se incorporado a la hermandad de los Frailes de la Cruz. Al parecer, demostró especial afecto por las órdenes de frailes: a los franciscanos de Colchester y a los frailes de Maldon, Chelmsford y Sudbury les dejó a razón de diez chelines por un treintenario de misas y tres chelines cuatro peniques para la reparación de sus edificios;por su parte, a los frailes de Clare les dejó veinte chelines por dos treintenarios de misas "y para la cuaresma, después de mi fallecimiento, un barrilito de arenques". Paycocke sentía gran interés por la abadía de Coggeshall, ubicada a menos de una milla de su casa, en la que a menudo tiene que haber cenado con gran ceremonia en fiestas de guardar, acompañado por el abad en la mesa de huéspedes; así como también debió asistir a misa en la iglesia de la abadía. Cuando yacía en su lecho de muerte, recordó la abadía, y el repique de sus campanas que llamaban a vísperas penetró suavemente por la ventana en el tibio aire de setiembre; y dispuso dejar "a mi señor el abad y al convento" uno de sus famosos paños finos y cuatro libras en efectivo "para un responso y misa y para que repiquen las campanas cuando se realice mi sepelio en la iglesia y asimismo a la semana y al cabo de un mes, con tres treintenarios simultáneos, si ello fuese posible, o como les acomode mejor, por la suma de diez libras esterlinas".

Su piedad también se muestra en los legados a las iglesias de Bradwell, Pattiswick y Markshall, parroquias cercanas a Coggeshall, y a las de Stoke Naylond, Clare, Poslingford, Ovington y Beauchamp St. Pauls, no lejos del perímetro de Essex, en la región de donde procedía originariamente la familia Paycocke. Pero su mayor preocupación, por supuesto, estaba consagrada a la iglesia de Coggeshall. Un miembro de la familia Paycocke probablemente había erigido la nave septentrional,

cuyo altar fue dedicado a Santa Catalina; las tumbas de todos los Paycocke se encuentran allí. Thomás Paycocke dejó instrucciones para que lo enterraran ante el altar de Santa Catalina y dispuso las siguientes donaciones para la iglesia: "Ítem, lego al altar mayor de la iglesia de Coxhall la suma de cuatro libras, en compensación de diezmos y otras obligaciones desantendidas. Ítem, lego al Tabernáculo de la Trinidad en el altar mayor y al de Santa Margarita en la nave de Santa Catalina, allí donde está Nuestra Señora, la suma de cien esterlinas para obras de entalladura y dorado. Ítem, en recompensa por la iglesia y por las campanas y por mi permanencia en la iglesia, la suma de cien nobles".* Asimismo, creó allí una capilla y dejó dinero para que semanalmente se distribuyera entre seis pobres que asistiesen a misa en su capilla tres veces por semana.

Estos legados a congregaciones y a iglesias hablan bien a las claras de piedad y de orgullo familiar. Otro grupo de legados, que asume una forma típica de la caridad medieval, probablemente atestigua las costumbres de Thomas Paycocke. Con frecuencia debe de haber salido de Coggeshall, para visitar a sus amigos en las aldeas cercanas, o debe de haber llegado hasta Clare, primero para ver la comarca de sus antepasados, luego para cortejar a Margaret Horrold, su novia, y más tarde para visitar en compañía de Margaret a su bienamado suegro. Ya se trasladara a pie hacia la iglesia de Coggeshall o cabalgara por sendas rurales, no cabe duda de que a menudo se lamentaba durante la marcha por el estado del camino; con frecuencia, durante el invierno debía luchar a través de torrentes pantanosos y durante el verano

* El *noble* es una moneda actualmente en desuso; equivalía a ocho chelines y seis peniques. *(N. del R.)*

tropezaba en los pozos: ello se debía al hecho de que el cuidado de los caminos durante la Edad Media, dependía de la caridad privada o eclesiástica, de modo que con toda seguridad permanecían descuidados, con la sola excepción de las calzadas principales. En su *Piers Plowman*, Langland menciona la necesidad de corregir "la mala senda" (lo cual no se refiere a las costumbres depravadas, sino a los caminos descuidados) como una de las obras caritativas que los ricos mercaderes deben llevar a cabo para salvación de sus almas. La elección de caminos que hace Thomas Paycocke refleja sin lugar a dudas más de un viaje fatigoso, del que regresaba embarrado y malhumorado a fin de ponerse al amparo de "mi servidor John Reyner" o de "mi criado Henry Briggs", y de Margaret que aguardaba su regreso ansiosamente asomada al mirador. En su propia localidad deja no menos de cuarenta libras, de las cuales la mitad estaba destinada a reparar la calle occidental (donde se levantaba su casa) y las otras veinte debían "invertirse en los deficientes caminos entre Coxhall y Blackwater, donde resulte más necesario"; sin duda, había sufrido los inconvenientes de este camino en sus visitas a la abadía. En zonas más distantes dejó veinte libras para el "deficiente camino" entre Clare y Ovington y otras veinte para la calzada entre Ovington y Beauchamp St. Pauls.

Sin duda, a medida que su existencia se acercaba al fin eran menos frecuentes sus salidas campo afuera. Para él, los días transcurrían pacíficamente: sus negocios prosperaban y en todas partes era querido y respetado. Se enorgullecía de su hermosa residencia, cuya belleza acrecentaba añadiendo un detalle aquí, otro allá. En el fresco del atardecer, a menudo hubo de permanecer asomado a la glorieta, mientras contemplaba a lo lejos a los monjes de la gran abadía que pescaban en el es-

tanque, o debió elevar sus ojos hacia los últimos rayos del sol que caían oblicuamente sobre la techumbre mohosa del granero y en dirección a las filas de arrendatarios que transportaban por el camino sus gavillas de cereal; y acaso pensaba en que John Mann y Thomas Spooner, sus propios arrendatarios, eran buenos y fieles amigos a los que sería justo dejar a su muerte alguna ropa o una libra. En su último o penúltimo año de vida también debió sentarse en compañía de su mujer en el huerto del palomar, donde contemplaba los blancos pichones que volaban en torno de los manzanos, y hubo de sonreír ante los canteros de flores que ella cultivaba. Y en las tardes invernales hubo de vestir a veces su capa de pieles para deambular hasta la Posada del Dragón, donde Edward Aylward, "mi posadero", habría de saludarlo con una reverencia, luego de lo cual se sentaría para beber un tazón de vino generoso junto con sus vecinos, lenta y ceremoniosamente como correspondía al principal pañero de la localidad, mientras contemplaba con benevolencia a sus contertulios. Pero en ciertas ocasiones hubo de fruncir el entrecejo al advertir que un pícaro monje de la abadía se introducía furtivamente para echar un trago, pese a todas las prohibiciones del obispo y del abad; ante ese espectáculo probablemente movía la cabeza con desaprobación y se lamentaba de que la religión ya no estuviese a la altura de los buenos y viejos tiempos; sin embargo, tal como lo demuestra su testamento, no paraba mientes en ellos y ni en sueños se le ocurrió imaginar que veinte años después de su muerte, el abad y los monjes serían dispersados y que los funcionarios del rey venderían en pública subasta el plomo extraído del techo de la abadía de Coggeshall; asimismo ni aun en sueños supuso que su casa se conservaría en el mismo sitio al cabo de cuatrocientos años, encantado-

ra y añeja, con sus talladuras y su orgullosa enseña mercantil, cuando la iglesia de la abadía solo fuese una sombra en la superficie de la campiña estival y todos los edificios se hubiesen reducido a una ruinosa galería, vilmente destinada a cobijar de la lluvia a los azules carretones de Essex cargados de heno.

De ese modo fue llegando a su fin la vida de Thomas Paycocke, en medio de la paz y de la belleza que es copia del condado más inglés, "fértil, fructífero y pleno de fecundos recursos",[13] cuyas pequeñas colinas ondulantes —con sus olmos y su vasto cielo nublado— tanto le complacería a Constable reproducir en su pintura. Llegó un día de setiembre en que las tinieblas se cernían sobre las calles de Coggeshall, cuando las ruecas quedaron silenciosas en las cabañas y los hilanderos y tejedores permanecieron en grupos, ansiosos, en las cercanías de la hermosa residencia de la calle occidental; pues en el piso alto, bajo el espléndido cielorraso de la alcoba nupcial, el gran pañero yacía en su lecho de muerte y su mujer lloraba a su lado, pensando que nunca vería a su hijo. Pocos días después, las cabañas quedaron nuevamente vacías y una muchedumbre llorosa acompañó a Thomas Paycocke hasta su última morada. La ceremonia del entierro estuvo a la altura de su dignidad; no solo incluyó servicios el día del sepelio, sino también una semana después y nuevamente al cabo de un mes. Estas disposiciones se hallan mejor expresadas en el testamento, con sus propias palabras, pues Thomas Paycocke de acuerdo con las costumbres de su época dejó a sus albaceas órdenes precisas acerca de sus ritos fúnebres: "Deseo que mis albaceas tomen las siguientes provisiones en el día de mi entierro, una semana después y al cabo de un mes: en mi sepelio

que haya un treintenario de oficiantes y que en el responso, maitines y laudes haya tantos como se obtengan ese día para servir el treintenario, y si hubiese alguna ausencia, que se repare en el séptimo día. Y al cabo del mes, que sea provisto totalmente por mis albaceas otro treintenario, y que el responso, maitines y laudes se dispongan tal como se indicó antes; con tres misas mayores cantadas, una del Espíritu Santo, otra de Nuestra Señora y la tercera de Réquiem, tanto en el sepelio cuanto a la semana y al cabo del mes. Y los oficiantes que intervengan en esta ceremonia recibirán cuatro peniques por vez y los niños dos peniques por vez, doce con antorchas en el sepelio, seis al cumplirse la semana y doce al cabo del mes, con veinticuatro o doce niños pequeños en roquetes, con cirios en las manos; y el mayor número posible de ellos que sean mis ahijados y reciban seis chelines y ocho peniques por cabeza y los restantes niños cuatro peniques por cabeza; y todo hombre que sostenga antorchas en cada uno de esos días que reciba dos por cabeza; y cada hombre, mujer o niño que extienda la mano en cualquiera de los tres días, que reciba un penique por cabeza; aparte de que todo ahijado reciba además seis chelines y ocho peniques por cabeza; y a los campaneros, por el conjunto de tres días, diez chelines; y para comida, bebida y para dos oraciones fúnebres de una persona letrada y también para un responso en casa o cuando me lleven a la iglesia, la suma de una libra."

Esto difiere bastante de las modestas exigencias que tenía Thomas Betson: "El costo de mi sepelio que no resulte escandaloso, sino sobrio, discreto y humilde, para que sirva de veneración y alabanza a Dios Topoderoso". El respetable y anciano pañero tampoco descuidaba la veneración y alabanza de Thomas Paycocke, de modo que unas quinientas libras en dinero actual se invirtieron en

las ceremonias fúnebres, suma igual o mayor que la empleada en la erección de su nueva capilla. Sin duda, fue afortunado que sus ojos se cerraran para siempre antes de que la Reforma trajera consigo la abolición de todas las capillas de Inglaterra y, junto con ellas, también la capilla de Paycocke en la nave de Santa Catalina, que había provisto una limosna semanal para seis pobres. Thomas Paycocke pertenecía a los viejos y buenos tiempos; al cabo de un cuarto de siglo después de su muerte, Essex ya estaba cambiando. Los monjes habían sido dispersados y la abadía carecía de techo; la vibrante lengua latina ya no resonaba en la iglesia, ni los sacerdotes oraban allí por las almas de Thomas, de su mujer, de sus padres y de su suegro. Inclusive la industria pañera se transformaba, y el condado llegaba a ser todavía más próspero con la aparición de tipos de paño más finos —traídos a la comarca por extranjeros de manos habilidosas—, la "nueva pañería" que era conocida como "bayeta y sarga". Pues dice el adagio:

De lúpulo, reforma, cerveza y bayeta
en solo un año Inglaterra se ha visto repleta.

Y Coggeshall estaba destinada a adquirir mayor fama aún en razón de un tipo nuevo de paño denominado "tela blanca de Coxall", que los sobrinos de Thomas Paycocke fabricaron cuando éste ya se hallaba en la tumba.[14] Sin embargo, hubo algo que no cambió, ya que su hermosa residencia aún permanecía en la calle occidental frente a la casa parroquial y era delicia de cuantos la miraban. Todavía está allí, y al contemplarla en la actualidad, pensando en Thomas Paycocke que alguna vez la habitó, ¿no nos vienen a la memoria las celebradas palabras del *Eclesiástico*?

"Alabemos a los varones gloriosos y a nuestros padres que
nos engendraron.
Grande gloria les confirió el Señor, y magnificencia desde
el principio . . .
Hombres ricos dotados de habilidad, que vivieron pacíficamente en sus moradas:
Todos ellos fueron honrados entre sus contemporáneos y
fueron la gloria de su tiempo."

NOTAS Y FUENTES DOCUMENTALES

CAPITULO I

EL CAMPESINO BODO

A. FUENTES DIRECTAS

[1] El registro del abad Irminon —catastro de la abadía de Saint Germain des Prés en las cercanías de París— escrito entre 811 y 826. Véase *Polyptyque de l'Abbaye de Saint-Germain des Prés*, publicado por Auguste Longnon, t. I, *Introduction*; t. II, *Texte* (Société de l'Histoire de Paris, 1886-95).

[2] Capitular de Carlomagno, *De Villis*, instrucciones a sus administradores acerca del manejo de sus propiedades. Véase Guerard, *Explication du Capitulaire "de Villis"*, en Academie des Inscriptions et Belles-Lettres, *Mémoires*, t. XXI, 1857; págs. 165-309; incluye el texto, la traducción francesa y un minucioso comentario.

[3] *Early Lives of Charlemagne*, edición de A. J. Grant, King's Classics, 1907; incluye las biografías de Carlomagno escritas por Eginardo y por el monje de Saint Gall; al respecto, véase Halphen, citado más adelante.

[4] Distintos informes sobre la vida social pueden espigarse en los decretales de los Concilios de la Iglesia, en los encantamientos y poemas del antiguo alto alemán y del inglés antiguo, y en el *Colloquium* de Elfrico (algunos fragmentos de esta obra están traducidos en el tomo de la serie "Fuentes históricas inglesas" de Bell titulado *The Welding of the Race*, 449-1066, que compiló J. E. W. Wallis, 1913). Para un panorama general del período véase